Fray Mocho

Revista Semanal



Nº. 897

Lina Bruna Rasa

TEATRO COLON
TEMPORADA OFICIAL 1929

CONCESIONARIO
FAUSTINO DA ROSA

ULTIMAS CREACIONES DE LA MODA FEMENINA



1 — Blusa de crespón Georgette claro abierta por delante sobre un chaleco de Georgette rosa con corbata negra. Puños de Georgette rosa. — 2 Blusa recta confeccionada con marrocain de seda color beige, adornada con bordado punto de cruz de cordoncillo azul ultramar. El escote redondeado está adornado con una tira de tela igual a la de la falda, y anudada a un lado. En el talle lleva también una tira de tela llana azul ultramar picada sobre la blusa. Falda de marrocain azul ultramar. — 3 Blusa de crespón de China color rojo laca con aplicaciones de falla negra y de falla blanca. — 4 Blusa para el vestido sastre, ejecutada en crespón de China blanco y guarnecida con estrechos ribetes de satén negro. Monograma bordado en negro y cinturón de cuero barnizado, color negro, con hebilla de acero. Falda de crespón de China plisada.

FRAY MOCHO

Fundado el 3 de Mayo de 1912 — Dirección, Redacción y Administración: CERRITO 607

Año XVIII — Buenos Aires, julio 2 de 1929 — No. 897





FUE ACERTADO EL FALLO DEL JURADO MUNICIPAL DE LITERATURA

Los premios de la Municipalidad a la producción literaria del año pasado fueron distribuídos excepcionalmente con un acierto digno de toda ponderación.

Decimos excepcionalmente porque, por regla general, los ediles proceden en materia de literatura con un criterio aplicable a la jerga técnica de las ordenanzas.

En años anteriores, la manera en que se asignaban los premios levantaren un revuelo de protestas. Por contraposición, la ordenanza respectiva no venía a ser de estímulo sino todo lo contrario. Los autores jóvenes y calificados concurrían al concurso por simple espíritu gregario, seguros de ser defraudados en sus esperanzas, con beneficio de los menos probos y capaces. Tanto es así, que a menudo la condición de premiado degeneró en título de inconducta y depreciación literaria; y que, en los últimos tiempos, algunos autores desertaron del concurso con expresa constancia pública de las razones lógicas que obligaban a tal actitud.

Pero esta vez el Jurado Municipal de Literatura volvió por sus prestigios.

Sus premios se distribuyeron de acuerdo con los términos precisos de la ordenanza y con un criterio amplio de responsabilidad.

Roberto Gache, Jorge Luis Borges, Enrique y Raúl González Tuñón son valores positivos de nuestras letras, en medio del floripondio en prosa y verso a que parecen propicios el clima y la sensibilidad de muchos espíritus. ¡Ojalá la corrección del procedimiento y el buen gusto del Jurado Municipal no sean cosas de circunstancias.

Existe el deber de administrar con justicia esos dineros que la Municipalidad destina para estímulo de los hombres que piensan y sienten, y cuya obra honra a Buenos Aires tanto o más que cualquiera otra actividad práctica.

UN ESCARMIENTO EJEMPLAR: LA CONDENA DE ROURA

Roura, el famoso empleado infiel que se alzó un día con los quinientos mil pesos que le confiara la casa en donde se hallaba empleado, fué condenado a sufrir la pena de seis años de cárcel. Penas menores, de dos años condicionales alcanzan a los complicados en la crecida defraudación.

El juez doctor Pessano, que dictó la sentencia, sienta así un escarmiento ejemplar. En tal sentido debe entenderse el fallo que comentamos.

El caso Roura fué, como se recordará, desconcertante. El impulso malsano que caracteriza a cierto público, — no a todo el público, felizmente — y que se sobrepone a menudo a las puras virtudes sobre las cuales repora la organización de la sociedad, hizo que Roura adquiriera por momentos figura de héroe romántico. Su desaparición y la incertidumbre e indecición con que obraron al principio las autoridades, se prestó por parte de ese público a comentarios entusiastas para Roura. La misma magnitud de su defraudación — 500.000 pesos — era un motivo de simpatía hacia el "insigne" sujeto.

Cuando fué apresado en Rosario, secuestrándosele la mayor parte del dinero, algo de su extraordinaria y lamentable fama se vino al suelo.

Así y todo, a su arribo engrillado y custodiado, a Buenos Aires, una muchedumbre lo aplaudió y él no perdió ocasión de mostrarse despreocupado y sonriente. Saludó como si, en efecto, fuera un personaje de alta categoría.

Se había echado en olvido su situación, cuando la noticia de su condena viene a reparar el triste efecto moral de su delito. Seis años de prisión acaso obliguen a pensar en que no impunemente es factible traicionar la confianza que se deposite en un empleado. Y, lo que es más saludable, acaso decidan a Roura a emprender otra vez el camino de la honra y el trabajo del cual se apartó, en un instante de debilidad, sugestionado por el falso espejismo del dinero habido malamente.

Después de todo, Roura es un hombre joven a quien la vida colocó en un trance doloroso; pero del que saldrá saneado si hay en él un hombre de bien.

FALTAN BUZONES EN BUENOS AIRES

Es una observación que nos llega en la carta de una importante casa industrial: faltan buzones en Buenos Aires.

Para echar la correspondencia mucha gente se halla obligada a dirigirse a las sucursales de Correos que, a decir verdad, tampoco son muchas; y estas quedan a menudo a diez y más cuadras de distancia, todo lo cual ocasiona entre otros perjuicios una considerable pérdida de tiempo.

El Director de Correos y Telégrafos, señor Amallo, cuya dedicación inteligente a las funciones que ejerce es de pública notoriedad, subsanará seguramente la deficiencia que apuntamos y que, desde luego, no le es imputable.

La falta de buzones es consecuencia del crecimiento constante de las actividades urbanas, de su desarrollo cada vez más pronunciado, de su población más densa cada día.

Advertimos, pues, que no se trata de desorganización, que lo sería sí, en el supuesto caso de que los buzones fueran trasladados de un lugar a otro menos poblado y, por consiguiente, cuya correspondencia fuera más considerable.

Con relación a esto conviene señalar también, el detalle de que las estampillas no tienen otro punto de venta que las mismas sucursales de Correo. Y si bien ello no incomoda al comercio, ni a las personas que sostienen correspondencia activa, puesto que con adquirir las estampillas por serie se resuelve el caso, en cambio perjudica visiblemente a la población humilde — la más numerosa — que, a veces, para adquirir una estampilla debe ambular hasta dar con una de las sucursales.

El señor Amallo, que desde que se hizo cargo de la importante dependencia, encaró con ánimo resuelto la organización práctica de los servicios de Correos y Telégrafos podrá fácilmente establecer la verosimilitud y trascendencia de las deficiencias anotadas; fácil es suponer entonces, que, no dando tregua a su inteligente dirección, adoptará las medidas necesarias para resolverlas de acuerdo con el vivo interés público que existe al respecto.





El collar de perlas

POR A. DANVILA JALLERO

—Dime, pescador, ¿por ventura es Tebas aquella población que se distingue en el horizonte?

Así preguntaba un apuesto mancebo a un anciano que en una hermosa mañana del mes de Paofi (octubre) recogía del Nilo una pequeña red, a través de la cual se veían coletear prisioneros varios siluros de plateadas escamas.

El viejo miró a su interlocutor, que permanecía de pie, encorvando contra el suelo un grueso junco que tenía en la mano, y dijo en tono sentencioso:

—Sí, Tebas; ¡la ciudad del vicio!

El joven alzó los hombros.

—¿Eres esclavo de algún poderoso?, preguntó el pescador a su vez reparando en el desgarrado calisiris y las viejísimas sandalias del viajero.

—Soy libre, contestó este con arrogancia; no tengo señor, pero voy en busca de uno que pague bien mis servicios.

—Malos andan los tiempos, refunfuñó el viejo, y presumo que hubieras hecho mejor quedándote en el pueblo donde has nacido.

—Tú ignoras mis propósitos, que solo puedo realizar en la corte de los Faraones.

—¡Insensato! Es muy posible que hayas dejado sin saberlo la riqueza en tu país para venir a perecer de hambre bajo los pórticos regios.

Dichas estas palabras, tomó una cestilla de mimbre donde había metido su pesca y se encaminó hacia unas chozas vecinas.

Por su parte el joven, cuya petulante sonrisa se había modificado con las sensatas palabras del pescador, continuó su camino hasta la entonces residencia del poderoso Amenofis I.

Antes, sin embargo, de llegar a la ciudad de las cien puertas, nuestro viajero se sintió cansado, y se detuvo ante un muro de ladrillos, a cuyo pie se disfrutaba la agradable sombra producida por los grandes árboles que crecían en el interior. Cerca de ellos advirtió una puertecilla, en cuyo hueco podía fácilmente descansar, y encaminó sus pasos hacia ella.

Dejóse caer sobre la húmeda hierba; más al apoyar su espalda contra la hoja de madera, cedió ésta dejando ver el interior risueño y apacible de un hermoso parque.

El viajero podía percibir desde el sitio donde se hallaba sentado las verdes alamedas de sicomoros y sinamomos, los dilatados cuadros de flores y las paredes multicolores de los kioscos encerrados en aquel recinto.

Un silencio profundo reinaba en el jardín, interrumpido tan sólo por el canto de las aves y el murmullo de los surtidores al caer en las tazas de piedra.

Impulsado por la curiosidad nuestro personaje, levantándose, avanzó con temor sobre la fina arena que cubría el suelo, dispuesto a retroceder en cuanto notase la presencia de algún ser humano. Nadie, sin embargo, se presentó a su vista. Poco a poco llegó hasta la orilla de un dilatado estanque, donde millares de dorados peces se revolvían entre las plantas acuáticas.

El mancebo, temeroso siempre, se retiraba ya, cuando el leve rumor que produce la anhelosa respiración de alguien dormido, le hizo volver la cabeza. A su derecha, y dentro de un cenador cubierto de pámpanos y madreselva, un hombre reposaba tendido sobre una magnífica piel de tigre. Gruesos brazaletes de oro adornaban sus muñecas, y un soberbio collar brillaba sobre su robusto pecho.

El joven se acercó con precaución, observando la majestuosa fisonomía del desconocido. Al mismo tiempo, un objeto se agitó entre la húmeda hierba que tapizaba el suelo, y una pequeña víbora perteneciente al género que los egipcios llamaban "seytala", irguió su achatada cabeza a poca distancia del dormido personaje.

El mancebo se detuvo, pensando con tristeza que si se alejaba cobardemente de aquel sitio, la muerte del hombre dormido era casi cierta.

La seytala, en tanto, abrió sus rojizas fauces moviendo su ahorquillada y venenosa lengua. Un momento más, y el daño era irremediable.

El joven, no pudiendo contener los impulsos de su corazón, adelantó un paso, y con el mismo junco que tenía en la mano descargó un certero golpe sobre el mortífero reptil, que cayó al suelo partido por medio.

Al silbido del junco, el hombre que descansaba sobre la piel abrió los ojos y comprendió que el desconocido acababa de salvarle la vida.

—¿Quién eres?, preguntó incorporándose sin que emoción alguna se pintara en su impasible rostro.

—Señor, me llamo Kemis, y soy un desgraciado habitante de Phenicon.

—¿Eres desgraciado en efecto?

—Sí, soy uno de esos seres a quienes el genio del mal destruye todas sus ilusiones y malogra sus más caros proyectos. En cambio, otros caminan de placer en placer y sin tomarse siquiera la pena de ambicionar, porque la suerte prevé la satisfación de sus menores caprichos. Estoy seguro que si una seytala se me hubiera acercado estando dormido, nadie se hubiera tomado el trabajo de hacer lo que yo he hecho por tí.

Cuéntame tus pesares, veremos si me es posible hacer algo en tu favor, contestó el personaje con afectuoso acento.

—Ya te he dicho que soy de Phenicon. En ese pueblo ejercía la profesión de armero y vivía tranquilo con mi suerte y con el amor de la huérfana Teory. Nada empañaba nuestra felicidad, cuando una noche desde mi casa, cercana a la suya, ví entrar un hombre en ella. Aguardé su salida, y loco de celos me precipité en la morada de Teory, esperando que me aclararía aquel misterio. En vano; Teory se negó obstinadamente a desvanecer mis sospechas. Tal conducta me demostró su culpabilidad, y desoyendo mentidos juramentos, la abandoné decidido a olvidarla y a consagrar mi cariño a un corazón más puro. Muy luego mis ojos encontraron otra hermosa joven que llenó el vacío de mi alma. Me amó. Su padre, antiguo hierogramata de la corte, se enojó. Huí del pueblo desesperado, y su hija Satú me vió partir con lágrimas en los ojos.

¿Qué había de hacer yo en Phenicón? Al abandonar mi casa, parecíame que una voz interior me decía: "Ve a Tebas; allí con tu habilidad y tu trabajo puedes crearte una fortuna, y con ella poseer a Satú. "Tomé mi bastón de junco y me puse en tu camino. Algún Dios que te protege me hizo entrar en este jardín y encontrarme contigo a tiempo que...

—Y yo agradecido, interrumpió el personaje voy a darte esa fortuna que esperabas hallar en Tebas.

—¿Tú?, repuso asombrado Kemis. ¿Quién eres?

—Nada te importa mi nombre. Toma, añadió quitándose el collar. Llévale al hierogramata, y no dudes que te concederá la esposa que anhelas; y al mismo tiempo dejó en manos del mancebo las ricas sartas de perlas negras, entrelazadas con insectos de oro y culebrillas de esmalte que momentos antes ostentaba sobre su pecho.

ERA UN POBRE PEREGRINO

Era un pobre peregrino,
oro y miel el corazón,
que buscaba una ilusión...
¡Era tan largo el camino!

Canté bajo las ventanas
mis canciones aflictivas,
dejando meditativas
a las rubias castellanas;

pero me lanzaron flechas
en epigramas sutiles;
al ver las damas gentiles
que el cantor de las endechas,

llevaba capa raída,
sin el pliegue que pregona
la altivez de una tizona,
debajo de ella escondida.

Busqué un corazón sencillo
en un valle de pastores,
suspirando mis amores
en rústico caramillo,

y hubo una zagala recia
con frescuras de fontana,
a quien hablé una mañana
de los idilios de Grecia.

Me miró la hermosa un rato
odiosamente perpleja,
y corrió tras una oveja
que se escapaba del hato.

Continúa el peregrino,
oro y miel el corazón,
sin encontrar su ilusión...
¡Y ya se acaba el camino!

B. Fernández MORENO

—¡Oh! Al darme la riqueza me das la felicidad.

—Joven, quiera Osiris que no reconozcas en breve la falsedad de las palabras que han pronunciado tus labios.

—¿Y no podré saber el nombre de mi generoso bienhechor?, dijo Kemis arrodillándose ante el desconocido.

—No; y si algún día el azar te descubre quien soy, guárdate de decir lo que has hecho por mí. Nadie puede acercarse impunemente a mi persona cuando duermo, ni aún para librarme de la muerte. Vuelve a Phenicón.

Kemis miró asombrado al personaje, que extendiendo el brazo le señalaba la entrada del parque.

El joven besó la fimbria de su túnica dorada, y salió rico y alegre de aquel edén, donde había entrado pobre y triste.

II

Ya próximo a Phenicón, y en la calzada que desde Tynteris conducía a Berenice, se levantaba una pequeña mansión de rojos ladrillos sombreada por varios grupos de palmeras, habitación del hierogramata Farés.

Tendida bajo el pequeño pórtico que precedía a la casa en un cómodo sillón, su hija, la encantadora Satú, vistiendo una ajustada túnica de lino que modelaba sus formas, y con el cabello peinado en menudas trenzas, sujeto por una cinta azul, se entretenía viendo desfilar ante sus ojos los largos cordones de acémilas que conducían variados artículos a los pueblos enlazados por el camino. Los mercaderes y conductores se detenían un momento al pasar, admirando la belleza de la joven, que hablando con una antigua sirvienta, aparentaba no advertir el efecto que en cuantos la veían causaba su belleza.

De pronto Satú se incorporó sobre el sillón, y dijo a la anciana, señalando a un hombre que venía por el camino:

—¡Aquel es Kemis! ¿Para qué volverá ese necio a Phenicón?

—¿Quién sabe si se habrá enriquecido ya?, objetó con malicia la sirvienta.

La joven lanzó una carcajada, diciendo:

—Y yo que casi le amaba creyéndole digno de mi amor. ¡Un miserable obrero!

—Modera tu alborozo. Se halla ya bastante cerca y pudiera oírte..., no conviene provocar el enojo de los hombres, sino más bien dominarlos con la astucia.

Kemis en tanto había divisado a la joven, y corriendo hacia la casa, subió anhelante los peldaños que elevaban el pórtico sobre el camino.

—Satú, traigo un tesoro.

Y al decir esto, el joven levantaba en alto un objeto con la siniestra mano.

—¡Un tesoro!, repitieron ambas mujeres.

La astuta doncella, dominando su asombro, añadió, dirigiéndose a su compañera con fingida emoción:

—Ya te lo decía yo.

En tanto, el afortunado amante había desenvuelto la tela que formaba el paquete, y mostraba el rico presente del desconocido.

—¿Ese tesoro te pertenece?, preguntó Satú.

—Sí, es mío y... tuyo.

—¡Padre, padre!, exclamó ella entrando precipitadamente en la casa, seguida de Kemis y de la anciana.

A sus voces, un hombre entrado en años, que sentado sobre un taburete copiaba un pápiro, se levantó arreglando los pliegues de su blanca calisiris.

"cartucho", afirmó el viejo, tomándole y enseñando a su hija un encuadramiento elíptico en cuyo centro se divisaban pequeños jeroglíficos.

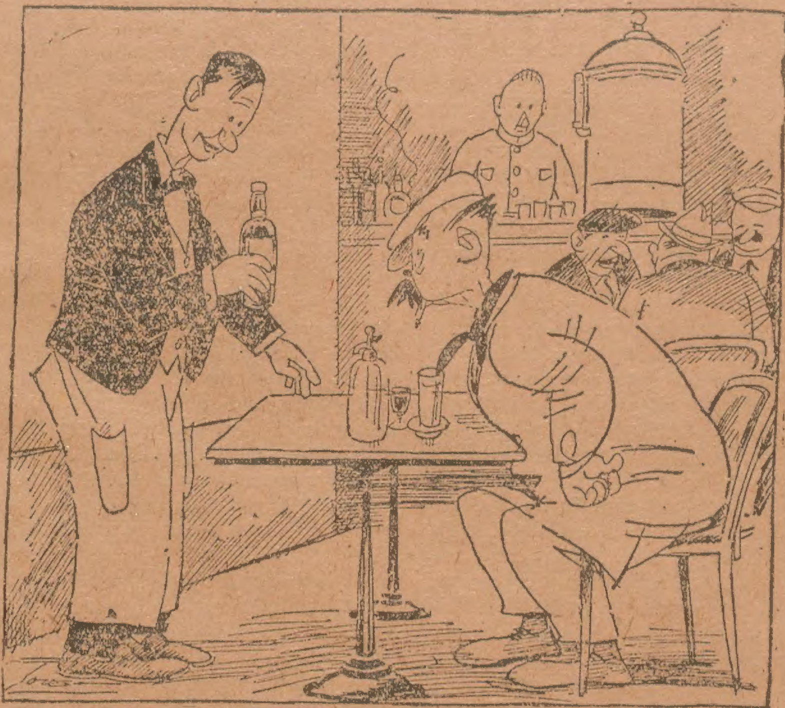
Un estremecimiento convulsivo agitó el cuerpo del desgraciado Kemis, que con voz ahogada balbuceó:

—Esa joya es el presente de un desconocido que...

—¡Un desconocido poseer joya de tal valía! Mientes, contestó el hierogramata. Huye de estos lugares. ¡Ay de tí si los emisarios del Faraón descubren que eres el ladrón de esta rica prenda!

Kemis, turbado, dirigió a Satú una suplicante mirada; mas ella, señalándole la entrada de la estancia, le dijo friamente:

LA NOCHE DEL SABADO



—¿Pero qué es esto, señor Práxedes? A usted, que siempre la ha tomado de tinto, ¿le gusta ahora el "wisky"?
Es que ahora hago semana inglesa.

Al ver a Kemis hizo un gesto de disgusto, y exclamó con aspereza:

—Otra vez en mi casa? ¿Qué deseas?

—Padre, contestó Satú sonriendo, Kemis es rico, y...

—¿El rico? Imposible.

—Mira, dijo Kemis con aire de triunfo, alzando el collar de perlas a la altura de sus ojos.

El hierogramata dejó caer la pluma que tenía en la mano, y se acercó a examinar la rica presea que le presentaba el joven. Al fijarse en sus detalles dió un grito, el asombro se pintó en su macilento rostro y sus hundidos ojos brillaron al gritar:

—¡Miserable!, ¿dónde has adquirido este collar?

—¿Qué importa, si es mío?

—¿Tuyo? Esa alhaja es robada.

—¿Robada?, repitió con espanto el joven.

—Conozco este collar, mira su

—Olvida hasta mi nombre.

—Pues bien, dijo el joven recobrando su energía, dadme el collar, le quiero. Y avanzó hacia Farés con ademán agresivo.

Las mujeres lanzaron agudos gritos, y el hierogramata alzando la voz gritó también:

—¡A mí! ¡socorro, socorro!

Sintióse el rumor de gentes que se aproximaban por el jardín. Kemis comprendió lo falso de su situación, de un salto bajó precipitadamente los escalones del pequeño pórtico, mientras el iracundo anciano le gritaba:

—En vano huyes, la justicia del Faraón sabrá alcanzarte.

Kemis, aterrado con las palabras que acababa de oír, corría sin saber adonde. De pronto un velo de sangre pareció extenderse a su vista y vaciló, apoyóse en el tronco de una acacia, las fuerzas le faltaron y cayó al suelo exhalando un gemido.

III

Kemis abrió los ojos y dirigió una atónita mirada a cuanto veía en rededor suyo. Se hallaba en una pequeña estancia blanqueada con esmero. Rústicos muebles de cedro la adornaban, y los rayos del sol, templados por una esterilla de junco, penetraban hasta su pobre lecho. Junto a él, un hombre de avanzada edad, en cuyo rostro se veía la huella de los sufrimientos, hablaba con tenue acento a una joven, entregándole al mismo tiempo un puñado de hierbas.

Kemis suspiró involuntariamente.

La joven volvió con presteza su rostro, y el enfermo al verla exclamó con asombro:

—¡Teory!

—Sí, yo que te recogí ayer moribundo, y que con la ayuda de mi padre te he vuelto a la vida.

—¡Tu padre!, repitió el joven. ¿No me dijiste que había muerto?

—Hícelo así por su mandato. Víctima de una infame calumnia hubo de abandonar a Tynteria y ocultarse. Para evitar toda persecución esparcí la noticia de su muerte. Sólo yo sé que vive porque viene secretamente a verme. Tú también le viste una noche, y... pero no hablemos de esto, añadió Teory enjugándose una lágrima: hoy arriesgando su libertad, ha salido al campo en busca de estas hierbas que restablecerán tu salud por completo.

—¿Con qué podré pagar tales beneficios? ¿Cómo reconquistar tu perdido amor?

—Devolviéndome tu confianza.

—Perdón, perdón, dijo el joven incorporándose y besando las manos de Teory. Culpas fueron de mi excesivo amor. Bien cara pago mi desconfianza y loca ambición.

Y al decir estas palabras Kemis dejó caer tristemente la cabeza.

—Cuéntame tus desgracias, dijo cariñosamente el anciano. Aquí sólo hay corazones que desean participar de tus penas.

Kemis refirió los sucesos que conocen nuestros lectores. Al acabar la relación de sus desventuras, Teory, volviéndose a su padre, le dijo:

—¡Ah, padre mío, nosotros no le abandonaremos aunque sea pobre!

—Nunca Termot preguntó a su huésped si era pobre o rico, monarca o esclavo.

Kemis iba a demostrarle su agradecimiento, cuando una fuerte trepidación producida por varios carros de bronce conmovió las paredes de la casa de Termot.

—Es sin duda Amenofis, dijo el anciano, que sube de caza a Sakará.

Dos golpes sonaron en la puerta de la pobre morada. Termot añadió sin inmutarse:

—Aguarda un instante mientras me oculto en lugar seguro.

La puerta fué golpeada de nuevo. Teory abrió.

Un hombre de elevada estatura penetró seguido del hierogramata Farés. Sobre el pecho del noble personaje brillaba el collar origen de las desventuras de Kemis. En la calle estacionaban multitud de carros de caza y una turba de oeris y soldados.

—Señor, dijo Farés, ¿queréis conocer al infame que osó apoderarse de la regia joya? Hele aquí, y extendió su mano señalando el lecho donde yacía el joven.

—Es inocente, exclamó Teory arrojándose a los pies del desconocido, en quien había adivinado al Faraón, gracias a la víbora de oro que adornaba su "tesch" (gorro militar).

—Levanta, Teory, dijo Amenofis I.

—¿Conoces mi nombre?, exclamó ella con la mayor sorpresa.

—Sí, Kemis le hizo llegar hasta mis oídos antes de que yo le entregase este collar como un recuerdo.

—¡Un recuerdo!, murmuró el hierogramata confundido.

—¿Crees, continuó Amenofis dirigiéndose a Farés, que existe en Egipto quien ose tocar las insignias regias? Y tú, Kemis, ya que mi don no te ha hecho tan feliz como tu creías, dime que deseas.

—Señor, contestó Kemis, que había permanecido silencioso, perdonad a Termot, es inocente, y este perdón puede hacer nuestra felicidad.

—Sea como dices; y para completar tu dicha, te nombro intendente de mis dominios en este "nomo". Y tú, hermosa Teory, que no has vacilado en amparar a tu desgraciado amante, engalánate el día de tu enlace con esta joya, causa de la pasajera desgracia y de la felicidad de Kemis.

Y al decir esto rodeó la garganta de Teory con el precioso collar de perlas.

La joven quiso arrojarse a sus pies, mas el Faraón la detuvo y salió de la cámara.

Aún se oía el ruido producido por los carros y los caballos que se alejaban en dirección a los bosques de Sakará, cuando un estrecho abrazo unía a los amantes y a Termot, que no encontraba palabras para ensalzar la generosidad de Amenofis I.

* * *

El escritor griego que nos trasmite la anterior anécdota afirma haberla visto consignada en un antiguo pápiro, sin embargo de lo cual no podemos responder completamente de su autenticidad, sabiendo que en la literatura oriental existen multitud de hechos semejantes, que así pueden aplicarse a los tiempos faraónicos como a los del fantástico Harun-al-Raschid.

Juzgue el lector de la verdad como le aconseje su buen juicio.

HUMORISMO

La historia de la Gran Bretaña es la historia del ejército inglés. Cada regimiento ha contribuído a ella.

Acaso los Cuerpos que tengan más brillante carrera sean el de 'Rifleros del Rey' y la 'Brigada de Rifleros'; el primero de los cuales ha obtenido treinta y cuatro distinciones y veintinueve el otro.

Al crearse el regimiento de 'Rifleros del Rey' — año 1755 — se le denominó 'Rgimiento Real Americano'. El nombre actual no se le dió hasta el 1830, pues antes eran muy frecuentes los cambios en la constitución y denominación militar, ni más ni menos que en la actualidad. En sus primeros tiempos los esforzados rifleros de la guerrera verde, hacían en América la mayor parte del servicio, y en atención a su comportamiento en la ocupación de Quebec, en donde capturaron al heróico Wolfe, se les concedió el título de 'Celer et audaz' ('Pronto y atrevido').

La 'Brigada de Rifleros' se formó en 1800, y por más de un siglo estuvo peleando en toda la extensión comprendida entre Copenhague y Cabo de Colonia.

En la guerra de los boers, esta brigada se distinguió de un modo excepcional, ganando uno de sus oficiales la primera Cruz de la Victoria, concedida durante las hostilidades. Fué éste el coronel Congreve, entonces capitán de las llamadas "Fuerzas de repuesto de Ladymith", el cual ganó la codiciada condecoración en un valeroso ataque, que salvó la vida al lugarteniente Roberto en la batalla de Colonso.

Ninguno de los cuatro regimientos de rifleros tiene bandera, al paso que los demás Cuerpos de Infantería tienen dos.

Son éstas conocidas respectivamente con los nombres de real y regimental. La primera es igual en todos ellos. Lleva el escudo nacional en campo azul. La otra es particular en cada regimiento.

Como decimos, la bandera real es azul en los Cuerpos de Infantería y blanca en los demás, salvo los de Escocia e Irlanda, en los cuales es respectivamente verde y amarilla. De todos se distingue el 'Regimiento del Kent oriental', que la usa parda.

Toda bandera de regimiento — la *regimental* — lleva en un extremo el escudo nacional y, al centro, rodeados de una guirnalda de rosas, trébol, acantos, etc., y coronados por su correspondiente cimera, el nombre y títulos del Cuerpo. Rodean a la guirnalda los nombres de las batallas en que ha tomado parte desde su fundación. Los batallones de línea llevan además una cruz roja en campo blanco, llamada San Jorge.

Muchos regimientos se han ganado sobrenombres o apodos, que tienen muy a gala. El más famoso de éstos es el de 'los muchachos de la muerte o la gloria', dado al 17 de lanceros, por la calavera y canillas cruzadas que llevan en el ros. Se fundó en 1759, llamándosele entonces 'el 18 de Dragones ligeros', denominación que cambió en 1823 por la actual. Al '10 de Húsares' se le llama 'la Cadenita diez', al paso que el '11 de Húsares' está orgulloso con su mote 'los Cereceros' — Cherry-picker —. El '14 de Húsares' es apodado 'la Brigada andrajosa'. Al '7.o de Húsares' se le llama 'los descaraños' — (saucy). Al '5.o de Guardias Dragones', 'el caballo verde', y al 7.o 'el caballo negro'.

Con anterioridad a los tiempos de la reina Ana, cada coronel equipaba su regimiento como le parecía. Hasta el 1808 no se suprimieron las llamadas colas de lechón — pig-tails — y se adoptaron los pantalones.

Una reliquia de la época de los peluquines es el relumbrón que usan los oficiales del regimiento de 'Fusileros Reales Galesianos'. Consiste en un trozo triangular de seda blanca que les cuelga del lugar de los omoplatos. Una distinción aún más antigua es la trencilla o borde negro añadido al galón dorado que usan los 'Avanzados de Infantería ligera'. Se cree que este privilegio sólo se concedía al regimiento que tomaba parte en una batalla en que moría el comandante en jefe. La última honra de esta clase se concedió a los que pelearon en la batalla de Quebec.

Poco nos importa a los paisanos tales distinciones, pero para el soldado han de tener grandísima importancia.

LA MORAL ETERNA

La moral, para muchos, consiste en el arte de engañar a los demás diestramente, sin el menor peligro propio. Invocándola cometen las mayores inmoralidades, y aparecen más justos que Catón, más virtuosos que Arístides, más desinteresados que Cincinato.

Todo, gracias a la máscara.

Ellos son los grandes moralizadores, así como los grandes predicadores del patriotismo son precisamente los desvergonzados mercaderes de la patria.

Se habla mucho de los muertos ilustres; por eso, casi desaparecido ya el honor cívico, suena a la contínua su nombre augusto. Ese nombre es un magnífico pabellón entre cuyos pliegues se esconde la verdadera hidalguía lo mismo que la deslealtad, la mentira y la ingratitud...

De igual manera bajo el pabellón de los cielos, brillan los héroes y se arrastran los asesinos, se enciende la lámpara del cerebro humano y se difunde la ponzoña mortal de los insectos venenosos....

Todo sube hacia Dios, que juzga.

* * *

El hombre pone el concepto del valor, que es variable y casi siempre falso, por encima del concepto de la bondad, que es eterno.

Los buenos resultan cobardes a los ojos de los malos, que suelen ser valientes. Pocos comprenderán la mansedumbre de Jesucristo ofreciendo la siniestra mejilla al golpe del enemigo que le abofeteó la diestra, ni el rasgo del pagano que dijo: pega, pero escucha...

En cambio, la mayoría aplaude la certeza de una estocada que mata bajo la invocación del honor.

Y el duelo que disfraza de bravura el asesinato, entusiasma a las muchedumbres. ¿Por qué? Porque, en el fondo, la eterna perversidad se regocija del mal y desprecia el bien.

Las que fueron en lo antiguo excelentes plañideras, en lo moderno muestran singular aptitud para conmoverse en presencia de las ejecuciones capitales.

Algunas serían capaces de adorar a quien les proporcionara un puesto de primera fila junto a un caldalso o cerca de la barra de un tribunal, donde la horrible palabra "muerte" va á caer sobre la cabeza de un reo antes de que caiga la cuchilla del verdugo...

Tan impresionables son esas damiselas, que, no satisfechas con haber sufrido un ataque de nervios frente al sentenciado o al supliciado, llorarán luego amargamente sobre el cadáver del perrito predilecto...

Y aún les quedarán lágrimas para regar, más tarde, el pecho del amante preferido.

¡Cuánta elocuencia en esos lagrimales!

Francisco GONZALEZ DIAZ

La seda en las aduanas Australianas

La administración de aduanas australianas no admite como suficiente la denominación Rayan o Artsilk para los tejidos de seda artificial importados a Australia. Exige que debe ser completada con las palabras Artificial Silk.

Entonces, Suiza debía adoptar los términos que aclarasen la naturaleza química de la seda artificial empleada en sus tejidos. Siguiendo su modo de fabricación se denominarían Viscoceli, Cuproceli, Nitroceli. La seda de acetato conservaría ese nombre.

El no comprende

Por V. ACHARD

Ruido de copas, de fuentes, de platos. Rumor de sillas. Murmullos, carcajadas, pasos rápidos. Miles ecos característicos de una gran fiesta pública. Lámparas eléctricas agrupadas en racimos y multiplicadas hasta el infinito en los espejos.

Volutas perfumadas que ascienden de las bandejas acrobáticamente conducidas por los mozos.

Tambores, saxofones, violines; complicado alarido salvaje.

Se baila, se bebe, se olvida. Todo es luz y placer.

Encontré a Max, lo presenté a Fanny. Los traje a pasar la noche aquí. Pero al primer sorbo de "capri" un pensamiento molesto amenaza indisponerme sin motivo contra mi joven amigo que, cuando no habla de los automóviles que nunca tuvo ni de las amantes que nunca tendrá, es un muchacho interesante.

Max tiene poco más de veinte años. Mi amiga frisa en los cuarenta. Yo yo, ya he dado la vuelta al codo fatal de los siete lustros. Si Fanny hace un rápido balance de nuestras edades, estoy perdido. Max es un rival peligroso.

Este absurdo, indigno temor ha traído una deplorable consecuencia. Sólo me preocupo por impedir que sus ojos se encuentren, que se establezca entre ellos esa comunicación magnética que podría hacerme perder mis derechos de provisoria exclusividad sobre Fanny.

Examino la mesa en desorden: botellas, flores, una montaña de fruta, un plato cubierto de conchas de ostras y de gajos de limón exprimidos. En un momento de lucidez recuerdo que las ostras han seguido a las bananas en nuestra cena. Todo porque Max no quiere respetar la jerarquía gástrica consagrada por la experiencia de los siglos. Max está ebrio, tal vez. Parlotea con mi amiga, pero espía de reojo, de tiempo en tiempo, a una bailarina sentada algunas mesas más allá en compañía de un hombre de aspecto fúnebre. En redor nuestro todo es algarabía y griterío.

De pronto, Fanny bebe de un sorbo una copa de licor. Me toca el brazo y me dice:

—¿Bailamos?

—No. prefiero beber y brindar a tu salud.

Bebo. Fanny hace un gesto de indiferencia, posa su mano cargada de anillos en el hombro de Max:

—¿Usted tampoco baila?

—Tampoco — contesta Max.— La epilepsia musical del chárleston me pone melancólico.

Las parejas giran, giran alocadas, empujándose en la pista. Fanny parece enfadarse, y observa a la bailarina que llama la atención de Max. Se considera despreciada y protesta:

—¿Así es la juventud de hoy? ...Aunque usted, Max, no es un joven sino un niño...

—¿Niño? No tanto... He nacido en 1905... Tengo mis veinticuatro años bien sonaditos.

Fanny palidece extrañamente y mira con fijeza de alucinada un botón de mi chaleco. Yo la observo y la encuentro vieja. Quiero entonces vengarme de Max, y le digo:

—Haces bien en no querer bailar con ella. Fanny podría ser tu madre.

La rudeza de mis palabras sacude a Fanny, que levanta la cabeza y me contempla. ¿Qué dicen sus grandes ojos negros? No sé, no lo sospecho.

Yo esperaba una frase de queja, de rebelión. Pero no. Nada, Fanny sólo habla para pedir que le sirvan más licor.

De repente mira a un hombre sentado en un rincón:

—¡Oh, aquel es Brodec!... Brodec, sí. Ha venido al dancing con su mujer. Así son los hombres modernos... Yo conocí a Brodec hace veinticinco años, en París...

—¿Cuánto? — inquiere Max.— ¿Veinticinco años? ¿Y aún se conmueve usted al ver a ese espantapájaros?

—No me conmuevo. Pienso, solamente, que entonces Brodec era muy distinto de como es ahora... Un muchacho elegante, distinguido, como usted, Max.

—Gracias.

—Elegante y distinguido como todo parisiense.,.

—Gracias, gracias. ¿Sabía usted que yo era parisiense?

—Lo adivino en seguida. Los parisienses nos reconocemos a simple vista, en cualquier parte que nos hallemos.

Max sigue bebiendo.. La intoxicación alcohólica lo predispone a las confidencias, pues dice:

—Sí; soy parisiense, como usted. Y también soy un náufrago, como usted. ¡Oh, no se asuste, Fanny! ¡Las mujeres como usted y los hombres como yo somos náugrafos! Estamos solos, sin nadie en quien confiar, en quién esperar, en quién soñar...

—Max — intervengó,—habla de otra cosa; no nos eches a perder la noche. Háblanos del nuevo coche de la condesa Barbleu. Lo prefiero...

Max me petrifica con una mirada furibunda, y continúa:

—Pero entre nosotros hay una diferencia. Usted eligió la vida que lleva. Yo no. A mí el destino me echó a rodar de un puntapié. Usted se siente feliz sabiéndose sin lazos familiares, sin deberes que cumplir, sin hijos que...

—Eso no. Tengo un hijo — le interrumpe Fanny casi con violencia.—No sé dónde está ni qué hace; tampoco sé si vive o si ha muerto. Pero lo quise mucho cuando lo tuve a mi lado. Un día me lo quitaron. Y yo seguí corriendo mundo sin saber nada de él... La vida, sin embargo, continuó pareciéndome hermosa... Pero ahora, ahora sí quisiera saber algo de mi hijo. Es tarde. Mi hjio, si me viese, renegaría de mí... Sírvame usted otra copita de licor... No; licor no... whisky, deme whisky...

Observo a Fanny. Nunca la he oído hablar así, nunca la he oído llorar. Se restrega los ojos escocidos por el "rimmel" disuelto.

Max no quiere servirle whisky porque dice que el alcohol la pone sentimental y lacrimosa; y él no puede soportar que las mujeres, sobre todo en la mesa, se pongan sentimentales y lacrimosas.

—Mire usted—contesta a Fanny.—Creo la historia que me cuenta, porque es una historia vulgar y no me conmueve. Mi historia tiene muchos puntos de contacto con la suya: podría ser la de su hijo, Fanny. He nacido en París. Mi padre debió ser un tipo como Brodec, un tipo cualquiera... Recuerdo haber vivido algún tiempo con mi madre. Algunos detalles surgen aislados en la bruma de mi memoria... Un departamento en no sé qué barrio de París... Una alcoba llena de flores y de chucherías. No me mire así, Fanny... Parece usted una madre inclinada sobre la cuna del hijo... No me mire así, le digo, o no le cuento nada más... Bueno. De eso me acuerdo. De mi madre, de su cara no. Mi madre es para mí una sombra que flotó un tiempo a mi lado, nada más. Un

buen día...

—¡Max! — le ordeno resueltamente.—¡Basta! Cambia disco. Esta música no es un comentario adecuado a tu melancolía, aunque tú te obstines en sostener lo contrario. Tú no has nacido para contar esas cosas, porque te falta nobleza de sentimientos. Avergüenzate. Y nosotros no hemos nacido para escucharlas, porque...

Pero de nada vale razonar con un ebrio. Max levanta la voz y sacude rabiosamente la cabeza:

—Un buen día alguien vino a buscarme y me llevó a un colegio. Salí de allí a los diez y ocho años para entrar en una casa de comercio. Ahora tengo veinticuatro años y gano mucho dinero, porque soy inteligente. Y aquí estoy casi enamorado de usted, Fanny... Perdón... Quiero contar otra cosa que recuerdo tan bien como si hubiese sucedido hace un año. La contaré para conmoverla, Fanny, y para dar un pretexto a esas lágrimas que le velan los ojos...

"Mi mente se enfermó gravemente. No me permitían verla. Pero una vez, no sé cómo, conseguí penetrar sin ser visto en la penumbra de su alcoba. Me acerqué al lecho, llamé a mi madre. Ella no abrió los ojos, no se movió, no me habló. La llamé durante una hora, acaso durante dos, tres horas, arrodillado en la cama, con los ojos fijos en aquel rostro que no consigo recordar. Vinieron, me sacaron de allí brutalmente, me encerraron en otra habitación. Arrinconado en un ángulo, lloré, lloré mucho. Levantando los ojos vi en la pared el cuadro de una Virgen. Y me pareció que aquella Virgen me miraba. Entonces, no sé cómo, me puse de hinojos ante el cuadro y junté las manos... Yo, sí; yo junté las manos para rezar. Quizá fué esa la única vez en mi vida. De la casa de al lado llegó hasta mí una música de violines. Tan dulce era la música, que lloré. Y con el rostro bañado en lágrimas, con las rodillas doloridas, rogué a la Virgen que no dejase morir a mi madre, que escuchase la música de los violines. Los ángeles, yo estaba seguro de ello, tocaban aquellos violines únicamente para mí.

"Más tarde me acordé muchas veces de esa música.

"Era el Ave María, de Gounod,

"Pero mi madre tal vez se murió lo mismo. No sé,

"A-ve Ma-ri-iaa..."

Max, cantando a media voz, toma un clavel que se entristece sobre el desorden de la mesa, lo arroja al aire, lo baraja con la mano abierta y lo manda hasta el pecho, afanoso de Fanny, de una Fanny que da miedo.

—Para tí, divina Fanny—dice, y sonríe.

—¡Calla!—le grito.—¡No ves? Mírala... ¿No comprendes?...

El la mira, la mira largamente, con los ojos entornados y la boca contraída en su sonrisa ambigua, Fanny le toma las manos, se las estrecha, le clava las uñas en la carne y, casi sin voz, murmura:

—Maximiliano...

El no comprende, porque está más ebrio que nunca. No, no comprende. Se echa hacia atrás en la silla, desprende sus manos de las de Fanny y protesta:

—¡Córtate las uñas, mujer!... Me has lastimado...

Y volviéndose a mí, me pide:



—¿Y usted qué profesión tiene?
—Escritor vanguardista.
—Hombre! Eso no es una profesión, es una desgracia

—Llévatela, hombre; llévatela... ¿No ves que está borracha?... ¿No ves que está borracha?...

Pero ahora los ojos de Fanny me miran a mí, fulgurantes de lágrimas y de desesperación. Luego poco a poco, despacio, muy despacio, la pobre mujer inclina la cabeza morena sobre el mantel blanco y un sollozo le destroza la garganta.

"—Es él... Que no sepa que no sepa... ¡Ah, Dios mío!... ¿Por qué no me matas?..."

Me ha parecido oírle murmurar esas palabras. Pero Max no las oye, Max no comprende, Max no sospecha. Bebe, sigue bebiendo con la indiferencia de quienes ya no necesitan beber una sola gota más para embriagarse.

Entretanto, el ruido de las copas, de las fuentes, de los platos, se va haciendo más intenso. El rumor de las conversaciones desordenadas también sube de tono, y parece que nada logrará entenderse en medio de ese torbellino de sonidos diversos.

La orquesta ataca un chárleston. Tambores, saxofones, violines en combinación de diabólicos compases, y las jóvenes y alegres parejas se dislocan en la danza.

De pronto Max mira a Fanny con ojos hoscos y dice:

—Quería librarte de este tu insoportable amigo. Pero renuncio a ello. Eres una sentimental. Y una persona bien educada no debe ponerse sentimental en la mesa. Carlos: paga la cuenta y llévatela... ¿No ves que está borracha?... ¿No ves que llora?...

Fanny inclina aún más la cabeza. Una guedeja de sus cabellos negros como el ébano se hunde en el líquido rubio de la copa que tiene delante.

Max bebe de un sorbo una última copa.

Ya no puede más. Se balancea. Y cae de bruces sobre la mesa.

Sobre el mantel blanco, sus cuerpos así inclinados parecen rezar o llorar a un muerto.

De pronto, Brodec pasa ante nuestra mesa del brazo de su esposa. Yo vuelvo la cabeza para que no me reconozca. Pero adivino que Brodec mira la mesa, mira los dos cuerpos y sonríe siguiendo su camino.

Y una misteriosa revelación me sacude brutalmente: Brodec es el padre de Max.

¿Le molestan los sabañones?

Produciéndose esta afección por un defecto de nutrición de la piel, basta para curarlos someterlos a un régimen adecuado. Siendo la Pasta Vaserol el mejor remedio para restablecer la piel y fortificarla, después de un baño caliente friccionese bien con ella todas las noches antes de acostarse en las partes afectadas, y verá como desaparecen con facilidad. Es completamente inodora.

La consideración a los actores del teatro romano

Los actores en Roma eran muy despreciados: se reclutaban entre los esclavos o los libertos. Sin embargo, en la época de Cicerón, el actor trágico Esopo y el actor cómico Roscio, eran considerados y recibidos por la mejor sociedad; éstas eran excepciones por tratarse de verdaderos genios.

En tiempo de Plauto y de Terencio, los actores se reunían en compañías, "greges", bajo la dirección de un jefe, "dominus gregis", que también era esclavo o liberto, y a veces se dedicaba a escribir, como lo hicieron Livio Andrónico y Platón, las obras que su compañía representaba.

Las representaciones teatrales formaban parte de las diversiones que el Estado ofrecía gratuitamente al populacho romano.

Autores y actores estaban muy mal retribuídos por los magistrados que presidían la fiesta.

Parece que cuando era silbado un actor no cobraba.

El día de los enamorados

Todos los enamorados de los Estados Unidos gozan de una época del año en que se permiten las más afectuosas libertades. Es el 14 de febrero, día de San Valentín. La costumbre proviene de una tradición irlandesa. Aquel día se va a misa por el novio, o por la novia, se cambia el primer beso o se multiplican los ya recibidos.

Aquel día Eros y Cupido cambian sus atributos mitológicos por un corazón escarlata, traspasado por un dardo de oro. Este corazón y este dardo se reproducen hasta el infinito en sendas tarjetas postales. Las leyendas más poéticas suelen ilustrar estas tarjetas y el cable y el telégrafo cooperan con el correo para poner en contacto a lo enamorados.

El canario de oro

Por Filiberto BURGOS JIMENEZ

Emma, para tu cumpleaños he escrito un cuento amable y vas a oírlo.

Había una dulce niña que se llamaba como tú, y que era a la vez tan bella y cariñosa como tú. Desde un país distante, el poeta le envió un canario color de oro, cautivo en su jaula también de oro.

—Cuídalo, mímalo — le dijo— tú que eres tan buena, a él que es tan pequeñito, pero que te pagará con el tesoro de su garganta canora.

Emma quedóse encantada con su cajita de música.

"¡Pajarito mío! ¡Pajarito de oro!", llamaba al canario, habiéndolo colocado en el risueño salón, en donde había pintorescos tibores llenos de rosas de Francia, y garridos grupos de porcelana, y hermosos paisajes en diminutos cuadros de madera finísima.

Antes de que el primer rayo de sol se filtrara en el vitral para iluminar la alcoba, era despertada la niña por la alegre y maravillosa música del pájaro cantor, para quien ella tenía mil cuidados, llamándolo con frases halagüeñas, que el alado prisionero comprendía, porque demostraba sentirse feliz.

Los trinos del áureo pajarillo llegaban hasta el jardín, en donde los cisnes heráldicos y las palomas candorosas oían atentos, como en éxtasis.

Una paloma de pecho tornasol iba a posarse sobre el Cupido de mármol que se alzaba en el centro de una fuente, para escuchar; y no bien cesaba el canto, correspondía con arrullos tan amorosos, que no hubieran sido quizá ni para su palomo galán en la más lírica luna de miel.

¿La felicidad llegó a la casa de Emma en forma de pajarillo? Debió ser así, porque la niña era un ángel, y tú ya sabes que para los ángeles de la tierra son los preciosos presentes.

La niña nunca perdía nota del melodioso canto, y se quedaba largos instantes en fascinada contemplación, ante la jaula de oro, como asombrada de que el pequeño cuerpo del pájaro pudiera dar cabida a tal prodigio de armonía; pareciéndose entonces a una linda muñeca, de esas que tanto amabas de pequeña, que llegan del extranjero en su caja primorosa y poseen finos bucles y sonríen encantadoramente.

Cuando la niña escribió al poeta, le dijo, refiriéndose al canario: "Lo adoro más que a tí..."

———

Un día en que el canario se esmeraba en producir los más sútiles arpegios, llegó desde no se sabe dónde un gorrión y se detuvo en la copa de un árbol cercano, hablando al pajarillo de esta manera:

—¡Eh, pájaro bobo! Bien se conoce que necesitas cantar para comer, pues te pasas las horas del día haciendo derroche de tus trinos, para regalar los oídos de tu ama. Ella se acuerda así de que existes bajo el inmenso cielo y te da el sustento a precio de tus melodías. Y dime: ¿qué es lo que ganas con estar allí encerrado como mala gente? Si tu dueña está contigo que parece que vive por ti, no ha de ser porque te ame ni mucho menos, pienso yo: sino porque sabe el valor de tu garganta privilegiada. Te mima, te sonríe constantemente y aún te llama "pajarito de oro"; pero podrás ver lo que significas, dejando de cantar. (El canario había suspendido su trino, poniéndose a oír.) Toma ejemplo de mí, pájaro amigo — continuó el gorrión — que soy libre, y tan pronto estoy en el campo, como en el jardín cerca de los cisnes. El roble es mi amigo y me brinda sus frutos y me protege cuando me presta sus ramajes, en donde encuentro sueño sosegado. Y como el roble, todos los árboles son bondadosos conmigo. El Padre Sol me saluda cuando nace el día, porque tiene en gran concepto a los pájaros libres, para quienes son los admirables espectáculos que ofrece la Naturaleza. Soy, además, pájaro enamorado y siempre correspondido... Aún tienes tiempo de reflexionar y dejar de creer en monerías con que tu dueña te halaga, para aspirar al bien supremo de la libertad. Te queda el recurso de suspender el canto y esperar a que la niña se fastidie de ti como de un juguete inútil y te abra las puertas de la jaula, desde la cual apenas contemplas un fragmento de este cielo azul, que es infinito...

Vino a interrumpir el discurso del gorrión la voz de la niña que, sorprendida por el repentino silencio del pajarillo, interrogaba a éste con frases que eran tiernas como un ruego, ofreciéndole su más deliciosa sonrisa. El pajarillo se quedó mirándola, y así parecía que después de oír al gorrión, dudaba de la ingenua expresin de bondad que brillaba en los adorables ojos fijos en él.

* * *

La alegría huyó de la casa de Emma cuando el pajarillo dejó de cantar. Todo semejaba estar envuelto en un denso velo de tristeza, y la niña, antes sonriente y feliz, se entregó a una melancolía tan honda, que la buena mamá ya pensaba en mandar en busca del señor doctor para que investigara el violento cambio experimentado en aquella fresca flor de juventud. ¿A qué hubieran venido las drogas?

La niña sentía la falta de equel celeste canto, que en otros días escuchaba desde su grato despertar, antes de que el primer rayo de sol entrara a saludarla. En vano multiplicaba sus mimos para el pajarillo, que había enmudecido como si estuviese agotado para siempre el caudal de sus arpegios.

"Pajarillo mío, tu Emma te cree enfermo, y se desconsuela, y está triste por ti"—exclamaba la niña aproximando el rostro angelical hacia la jaula. — pero no se oyó más el melodioso trino, y en el jardín los cisnes heráldicos y las palomas candorosas observaban, conmovidas, la melancolía de Emma.

La paloma de pecho tornasol se suicidó, ahogándose en la fuente.

* * *

Cierta vez en que la niña estaba abstraída en una gris meditación, entró en la estancia, procedente del jardín, una mariposa de alas transparentes, que fué a abatir su vuelo sobre la jaula del canario, y hablar al prisionero en un lenguaje jamás perceptible a los tímpanos humanos:

"Pequeño príncipe de armonías — comenzó diciendo; — permite que censure tu conducta, con decirte que haces mal al seguir el

El sacamuelas Enolt

En las postrimerías del Mercado Viejo, se instalaba por las tardes frente a la Ciudadela y sobre 18 de Julio en un gran coche fantásticamente adornado y con su sequito de ayudantes, un célebre "sacamuelas", francés de origen, y apellidado Enolt, arrogante, buen mozo, varonil y de verba desbordante y cálida, que pregonaba en pintoresco castellano las excelsas bondades de un específico contra el dolor de muelas. A su lado paraba un coche tripulado por un quinteto de músicos, los cuales, provistos de instrumentos de viento, bombo y platillos, se encargaban de atraer a la clientela.

Cuando ya el auditorio merecía que el arrogante francés le prestara su atención, iniciaba su verborragía para elevar a la quinta esencia de la eficacia su específico que aplicaba con unos toquecitos en la carie de la muela, a cuya panacea había bautizado con el nombre de "Malaguita".

Otra especialidad del francés, era la de "sacar muelas sin dolor", según así lo afirmaba en sus discursos, gracias a un anestésico que también vendía y cuya eficacia la demostraba prácticamente.

—¡Vamos a veg! decía, — si alguno de ustedes con dolog de muelas se la quiegue extraeg y absolutamente gratis, para demostrag a la distinguida concuquencia que no soy ningún chaglatán.

Y allá subía al fantástico carromato, un pobre desgraciado, con la cara atada, quien, desesperado por los dolores, se aventuraba en la operación, aunque en ello se le fuera media carretilla. Pálido por el sufrimiento físico y por el miedo, ocupaba el asiento instalado de modo que se destacara perfectamente bien y que el público lo contemplara sin mayores esfuerzos, mientras que Enolt aprovechaba esa oportunidad para espetar un nuevo discurso, el final del cual se proveía de una de aquellas viejas llaves para extracciones, capaces de hacer temblar al hombre mejor templado.

—¡Abra la boque...!!! ordenaba imperiosamente al paciente, al mismo tiempo que, dirigiéndose disimuladamente a los músicos, agregaba: ¡¡Música!!!

Y mientras dominaba aquella batalla del pistón, del trombardino, del bajo, del bombo, platillos y redoblantes, el charlatán, bien aferrado con sus rodillas a las piernas del paciente iniciaba la larga serie de tirones hasta sacar la muela que algunas veces solía llevar como complemento, un pedazo de maxilar.

Como es natural, los gritos del paciente no llegaban hasta el auditorio porque los ahogaba el estrépito de la música que respondía a las mil maravillas a las instrucciones del avispado francés; pero lo que no se podía evitar en algunos casos, eran los gestos y contorsiones del sometido, en sus esfuerzos por escapar al tormento, en cuyo caso, monsieur Enolt se justificaba así:

—¡Son los negvios, los pícaros negvios de este hombre...!!!!

¡Gagantido; sin dolog!!

Montevideo — Rómulo F. ROSSI.

consejo del gorrión. Posada en un gallardo girasol no perdí sílaba del discurso del extraño pájaro que en mala hora logró convencerte. El te habló del vuelo inconmensurable del pájaro libre, y de los maravillosos espectáculos de la Naturaleza, y de la generosidad del roble paternal; pero al hacer el elogio de la libertad y decirte que él, en gracia de ella, vive feliz como ninguno, te olvidaste tú de que hasta ese día no te hizo falta mover las alas para alejarte de donde te sentías dichoso y alegre, en tu cautiverio, desde el cual imponías vasallaje a tu misma carcelera. Mala fe puso el gorrión en sus palabras. Y es que él te envidia como las rosas del jardín, a quienes he oído murmurar que están celosas de ti, porque la niña te prodiga cuidados que para ellas nunca han sido, no obstante que aroman el aire y son gala de la Primavera. Si recapacitas, hallarás pronto los motivos de tu extraño consejero, que, con ojos envidiosos, observó que eras feliz en tu jaula, más que todas las aves libres, recibiendo en las frases cariñosas y los mimos de tu gentil carcelera, el dulce amor que no se paga con todas las armonías que has vertido, trocándolas en oro. Jamás podrán mentir los lindos ojos que tanto han sido para ti, ni jamás el alma de lis de esa niña acertará a fingir cariños. Ella es tal como se te brinda en cada gesto, en cada acción, en cada palabra. Tú eres su tesoro. ¡Te ama! Todo el jardín lo entiende así. Los cisnes y las palomas se compadecen de que ella, tan bella y sensitiva, esté ahora tan triste. Convéncete tú mismo, mirando hacia donde está...

Y cuando el pajarillo se volvió a mirar a la niña, entró un rubio rayo de sol que pareció gritarle a él: "¡ingrato!"

El rayo de sol iluminaba el rostro encantador de Emma, cuando dos lágrimas, resbalando por las mejillas sonrosadas, cayeron convertidas en diamantes.

La mariposa alzó su vuelo y abandonó la estancia, no sin antes besar los hermosos cabellos de la niña, semejando un alado pensamiento errante.

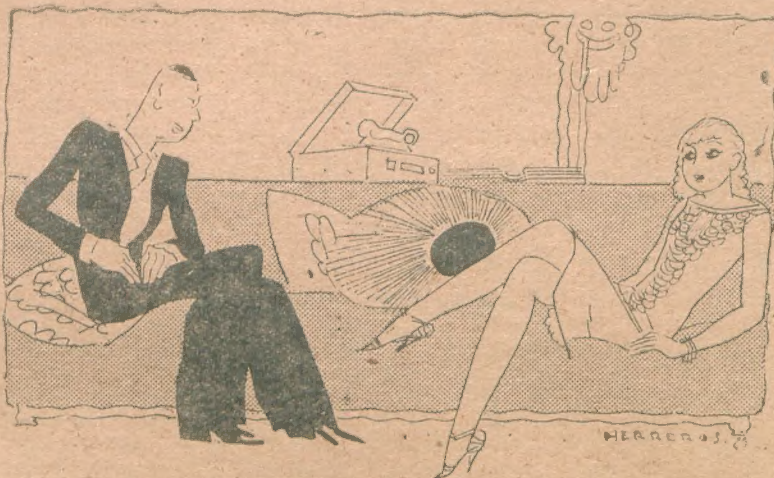
Y bien. Allí había tristeza, y el pájaro se dió cuenta de su culpa y de su ingratitud, y cantó maravillosamente como nunca, y aquellos trinos, en torrente, inundaron la casa, llegando luego al jardín, en donde una ráfaga los arrebató, esparciéndolos a manera de una música celeste.

La mágica armonía del pajarillo devolvió súbitamente al rostro y al corazón de Emma la felicidad y la alegría; y como lo hubieras hecho tú de pequeña a la vista de un regalo primoroso, la niña se puso en pie, poseída de un júbilo radiante, y dando al aire la opulenta cabellera se lanzó hacia la jaula, aplaudiendo, al par que agradecía con mil frases amorosas, a su pájaro cantor.

* * *

Has oído el tierno cuento que escribí para tu cumpleaños.

¿Que si volvió el gorrión a importunar al pajarillo? No lo sé... Pero cuando fijas en mí tus lindos ojos negros y sonríes, como el gorrión me quedo envidiando el dulce cautiverio del canario de oro.



—¿Cuándo crees que debo hablar a tu padre?
—Después de casados.

La cómplice

Eran los días en que hondas divisiones intestinas turbaban la pequeña República de las islas Pacíficas. El general que mandaba las tropas del Gobierno, después de una visita de inspección, regresaba al cuartel general, deseoso de volver a ver a su mujer.

Antes de ir a su casa se dirigió a las oficinas.

—¿Hay algo nuevo? preguntó al jefe de su Estado Mayor.

—Sí, mi general.

Y le dió cuenta de que la noche anterior se había producido un movimiento rebelde en los alrededores de la ciudad, por lo que se había enviado una compañía para combatirlos. Los sublevados habían sido disueltos; pero la compañía había perdido al teniente García, que la mandaba, muerto de un balazo.

—¿Y García mandaba la compañía? ¿Pues y el capitán? —preguntó asombrado el general.

—Eso es lo más grave — repuso el jefe del Estado Mayor —. Al ser avisado el capitán Gómez para que se pusiese al frente de su compañía no se le encontró, y no se supo de él en toda la noche.

—Eso es grave. Le estaba prohibido ausentarse, y acaso por su culpa ha resultado muerto el teniente.

—A primera hora de la mañana regresó el capitán Gómez. Le he interrogado y me ha dicho que no puede explicarme la razón de su ausencia porque va en ello el honor de una dama. Entonces ordené que fuese arrestado.

—Bien dispuesto. Mande usted que venga.

—Ha muerto. Poco después de ser arrestado se disparó un tiro en la sien.

—Ha hecho bien. ¡Estas mujeres! ¡Ella es la que debiera morir! ¿Y no se sospecha quien es la causante?

—Nada. El capitán Gómez era muy discreto.

—Ya lo sabremos. Las mujeres de nuestro país, cuando aman sólo viven para su amor. Y la pícara debía andar ol capitán. Guapo, valiente, distinguido, con un porvenir brillantísimo... ¡Y dos oficiales muertos por esa mujer! Ella se matará también. Tal vez no sepa todavía lo ocurrido.

—¡Oh! Todo el mundo está ya enterado. Hasta la generala ha llegado la noticia, y me ha llamado hace un rato para que se la confirmase.

—Claro; un drama de amor es cosa que apasiona a todas las mujeres.

El general se dirigió a sus habitaciones.

—¿Y la señora?

—Está en su gabinete — contestó el asistente.

Llamó a la puerta. Nadie respondió. Insistió. Estaba cerrada con llave. Abrió de un violento empujón. La generala estaba tendida en el suelo. Se acercó creyendo que estaba desmayada. Vió con espanto que tenía clavado en el pecho un puñal hasta la empuñadura.

Jean REIBRACH

Teatro Romano

La forma del teatro romano era idéntica a la del teatro griego; sin embargo, sus disposiciones materiales se diferenciaban en numerosos detalles. Un teatro romano, casi nunca se edificaba junto a una colina, sus asientos eran de mampostería, el escenario tenía más profundidad que el del teatro griego, un número mayor de actores figuraba en él y tenía un telón "aulaea, sparium", que en lugar de descender, como ahora sucede, ascendía. Estaba protegido contra la intemperie por un gran 'velum".

Los italianos siempre se han distinguido por su disposición para la mímica; así es que un género de teatro como el romano pudo, sin duda alguna, nacer y desarrollarse fuera de la influencia del teatro griego. Mucho antes de ser conocida la literatura helénica en Italia, ya se daban representaciones cómicas.

Los primeros histriones fueron los etruscos. Según Tito-Livio, la denominación histrón deriva del etrusco hitser, equivalente a ludio (cómico), del latín. Las obras recibieron forma literaria en la época de Sila y de Cicerón; pero la música y la danza se representaban más al gusto de los romanos. En tiempo del Imperio, la pantomima dominó en casi todos los teatros.

El drama helénico fué introducido en Roma por un esclavo griego, Livio Andrónico, de Tarento, Navius, Paeuvius, Ennnius fueron sus sucesores. Estos escritores se dedicaron a traducir del griego al latín tragedias y comedias. Planto Caecilius, Terencio, Titinius y Afranius, compusieron únicamente comedias. Había dos clases de tragedias; una, puramente griega. "Palliata"; otra, llamada "praetexto o praetextatata", cuyo argumento era sacado de la historia romana. También había dos clases de comedias, la "palliata", cuyo argumento pasaba en Grecia y donde los actores usaban el 'pallium', y la 'togata'. Las únicas obras que quedan de aquella época, la más floreciente de la historia del drama romano, son las comedias de Plauto y de Terencio, cuyos argumentos están tomados de la comedia ática, en particular de las obras de Filemón y de Menandro. Algunas de esas obras, como la "Heautontimorumenos" ("El atormentador de sí mismo"), son traducciones; otras, son adaptaciones más libres o misceláneas. Las obras romanas se dividieron, generalmente, en cinco actos; pero esa división era desconocida en la comedia ática y también de Plauto y Terencio. La regla de cinco actos fué adoptada en Grecia en la época alejandrina y en Roma, únicamente en tiempo de Varron. A la inversa de las obras griegas, las obras romanas no pueden representarse sólo con tres actores. Diez de las comedias de Plauto exigen cinco actores, y en dos de Terencio, seis.

EL MOTIVO

Por Federico Boutet.

Cuando Vernage lanzó en el Círculo la noticia de que Pablo Leval se casaba se produjo gran expectación. Pablo Leval, rico, director de varias grandes empresas industriales, político de altura, orador elocuente, artista y muy enamoradizo, era uno de los socios más ilustres del Círculo. Sus amores contribuían a su fama. Sin alardear de ser un don Juan, sus atractivos le habían proporcionado la amistad íntima de algunas mujeres de nota en el mundo aristocrático y literario. Se hablaba de Roberta Ortiz, la novelista; de Silvina Fray, la cantante; de Laura Riviere, la pintora; de Luisa Avril, la célebre pianista... ¡Y se casaba! ¿Qué mujer excepcional había logrado su conquista? ¿Sería Claudia Traive? ¿Acaso la señora de Lorge, la viuda del embajador?

—Con ninguna de esas — respondió Vernage. — Voy a contarles lo ocurrido. Saben ustedes que Pablo y yo somos amigos de la infancia. Esta mañana me dijo que iba a casarse, y como yo me limitara a felicitarle, repuso: "¿No me preguntas con quién? No es con Claudia Traive, con la que rompí hace algún tiempo, ni con la señora de Lorge, a pesar de los rumores que han corrido de que nuestras relaciones acabarían en boda. Me caso con una primita mía de provincias, la señorita Berta Thouars. Ya te la presentaré cualquier día. No necesito decirte que serás testigo de boda." Y esto es todo lo que sé. Cuando conozca a la señorita Berta les diré mi opinión sobre ella, aunque desde luego puede asegurarse que es una mujer excepcional cuando mi amigo se decide a unirse con ella por el lazo del matrimonio.

Las palabras de Vernage aumentaron la curiosidad. ¿Por qué se casaba un hombre como Pablo con aquella provinciana? Tal vez por el dinero; pero la idea se descartó por inverosímil. Pablo era varias veces millonario. Sin duda se trataba de una mujer bellísima, dotada de una inteligencia excepcional.

Pocos días después Vernage conoció a la prometida de su amigo. Era una joven de unos veintiocho años, regularmente bella. Hablaba poco y su conversación era banal. No llamaba la atención por nada. Una mujer vulgar, a juicio de Vernage, el cual no cesaba de preguntarse: "¿Dónde está la seducción de esta mujer? ¿Por qué se casa con ella?" La misma pregunta se hacían aquellos amigos de Pablo a los que éste presentó a su futura.



Una noche, al salir del Círculo, Leval, que ya llevaba dos años de matrimonio, dijo a Vernage:

—Confiesa que nunca has podido explicarte mi boda con Berta.

—Te diré..., yo..., en efecto. Tu esposa es una mujer encantadora; pero tú podías ser...

—El marido de una mujer superior, ¿verdad? Eso opináis todos. Yo, que he tenido relaciones con tantas mujeres brillantes, distinguidas, inteligentes, podía haberme casado con una de ellas. Eso pensáis y no comprendéis las razones de mi boda. Vas a saberlas. Pude haberme casado con Claudia Traive; una artista genial, una mujer excepcional, o con la señora de Lorge, un modelo de distinción y mujer también superior. Pues precisamente por ser estas dos mujeres superiores, como lo fueron las que les precedieron en mi vida, no quise casarme con ninguna de ellas. Como me creían un hombre excepcional, trataban de ponerse a mi altura, y vivía con ellas en plena tensión intelectual. Música, literatura, filosofía, discreteos mundanos, discusiones artísticas, políticas, sociales... Querían probarme que eran dignas de mí, y como realmente eran mujeres de mérito, figúrate la emulación. No quería parecerles inferior a mí mismo. Defendía mi decoro intelectual. Era siempre Pablo Leval. Después del intenso trabajo del día, me quedaban a su lado las horas más fatigosas de la jornada. Y toda mi vida ha sido así. Mujeres superiores. Te aseguro que no podía más, y por eso me casé con mi prima Berta, a quien conocía perfectamente. No pongas esa cara de asombro; es que no has comprendido todavía. Fíjate bien. Estaba harto de mujeres superiores, y Berta...

Pablo Leval hizo una pausa, y luego agregó:

—Es torpe o ignorante. ¡Qué descanso para mí!

Un caso jurídico

Por Pedro Barrantes

Se hablaba de casos jurídicos notables.

—¿Comprendéis, dije a mis amigos, que en la vista de un proceso por asesinato en que existen las agravantes de nocturnidad y alevosía, el criminal sea absuelto y sobre los hijos de la víctima recaiga sentencia de cadena perpétua?

Mis amigos, llenos de asombro, se miraron unos a otros.

—No me explico como puede ser eso, dijo Vicente, después de un momento de silencio.

—Me parece tan raro... añadió Julio.

—¡Imposible!, replicó Tomás.

—Pues oíd, dije arrellanándome en la butaca y encendiendo un cigarrillo.

El protagonista de este célebre proceso es un tratante de caballos, llamado Ramón.

A unas dos leguas del pueblo en que reside, y junto a la carretera, hay una posada donde Ramón acostumbra a hospedarse en los viajes que hace con frecuencia a los pueblos de la provincia para vender sus potros y sus mulas.

Es la época de feria. La más concurrida de aquellos contornos es la de C., pueblo diez leguas distante del en que vive Ramón.

Este prepara los mejores animales de sus cuadras, y se pone en camino.

Cerca de las doce del día llega a la posada y se detiene a almorzar.

Entre el ventero y Ramón se entabla el diálogo siguiente:

—¿Conque a la feria, señor Ramón?

—Sí, amigo Lucas. No hay más remedio que trabajar para ganarse la vida.

—Muchas y buenas bestias lleva usted este viaje.

—He escogido lo mejor que tenía. Ya sabe usted que allí se presenta un ganado excelente.

—¡Superior! Y se hacen grandes negocios, porque se vende bien. Hay una pausa.

Lucas añade:

—De fijo que yendo regularmente las cosas le quedarán a usted limpios de polvo y paja unos... tres mil pesos.

—Eso es, aproximadamente lo que yo calculo.

—Y ¿cuándo piensa usted estar de vuelta?

—A mucho tardar dentro de diez días.

Lúcas sale a disponer el almuerzo, y vuelve al cabo de un rato diciendo:

—¡Vamos a la mesa, señor Ramón, que tendrá usted ganas!

Ramón almuerza y se despide de Lúcas, que, deseándole buena suerte, le ve marchar entre la nube de polvo que levanta el trote de la recua.

* * *

Es la hora del anochecer. Ramón regresa de la feria, satisfecho por haber realizado un negocio en condiciones inmejorables. Su cabalgadura, una jaca andaluza, de pura sangre, marcha al paso largo.

De pronto el animal da un resoplido y se para en seco, al mismo tiempo que dos hombres enmascarados, blandiendo enormes navajas, aparecen cada uno por un lado, como si los vomitaran los árboles que festonean el camino, y se apoderan de las bridas de la jaca. Uno de ellos dice: "Entrega el dinero."

Ramón, instintivamente levanta la fusta y la descarga sobre los ojos de uno de los bandidos, a quien el dolor hace soltar la rienda, mientras el generoso bruto, adivinando el peligro que corre su dueño, da un terrible bote a cuya violencia se desprende el otro enmascarado, y parte con toda la velocidad que le permiten sus remos ligeros y poderosos.

* * *

Ya es de noche cuando Ramón llega a la posada. Al verle Lucas palidece ligeramente.

—Bien venido, señor Ramón, exclama saludándole. Ha ido bien,

¿eh? ¿Se vendió todo el garade? ¡Vaya, me alegro! Pero ¡cómo ha hecho usted correr a la jaca! ¡Qué barbaridad! ¡Si por cada pelo le cae un chorro de sudor!

Entonces Romón refiere lo que acababa de sucederle. Lúcas lo oye impasible.

—Pero ¿a quién se le ocurre, dice, no llevar un revólver, sabiendo que anda tanta gente mala por el mundo?

—Bien sabe usted, replica Ramón, que por aquí no se suelen dar estos casos. Veinte años hace que vivo en la comarca, y jamás me ha ocurrido cosa semejante. Por eso he viajado siempre desprevenido.

—En la confianza está el peligro, señor Ramón, objeta Lúcas, y si no, mire usted; enmascarados y todo, prueba de que usted los conoce.

—Indudablemente, exclama Ramón. Y la voz del que me dijo "entrega el dinero" es una voz que he oído...; pero, es natural; ¡vaya usted a recordar el timbre del acento de cada una de las personas con quienes habla!

—En fin, dice Lúcas, voy a preparar a usted el cuarto de arriba y en seguida haré la cena, porque tendrá usted ganas de descansar. Ahora estoy solo. Los chicos se fueron hace quince días al cortijo de mi hermano para ayudarle en sus tareas de vendimia, y como el mesón dá tan poco, no puedo tener siquiera una mala criada.

* * *

Ramón acaba de acostarse, y fatigado por el cansancio empieza a conciliar el sueño, cuando oyó golpes misteriosos en la puerta de la posada y el chirrido que ésta produce al abrirse suavemente.

Presta atención, y al escuchar un murmullo de voces que por lo bajo sostienen animado diálogo, salta del lecho como si le hubiera picado una víbora, se dirige de puntillas a la ventana, que está situada sobre la puerta, la entreabre procurando no hacer ruido, y con el cabello erizado, oye la siguiente conversación:

—¿A ti te dió con la fusta en los ojos?

—Si no hubiera sido por eso, no hubiera soltado la brida.

—Al mismo tiempo la jaca saltó espantada y a mí me hizo rodar por tierra.

—¡Vive Dios, qué torpes! Y ahora, ¿qué hacemos? Porqué dejar escapar la ocasión, sería una lástima, y matarle en casa es comprometido.

—¿Se ha acostado ya?

—Hace un instante.

—A ver si le parece a usted bien lo que voy a proponerle.

—Dí.

—El vendrá cansado y dentro de poco estará hecho un tronco.

—Sin duda.

—Bueno: Nos da usted un saco de los más grandes. Deja usted pasar un rato, para tener la seguridad de que duerme; sube usted con sigilo, le "santigua" y arroja el cadáver por la ventana. Luego lava usted bien las manchas de sangre... Así no hay peligro ninguno.

—Y vosotros...

—Metemos el cuerpo en el saco y lo llevamos a enterrar lejos.

—No está mal. Y adónde vais a enterrarle?

—Con tal de que sea lejos, a cualquier sitio. ¿Le parece a usted bien debajo del puente del Moro?

—Perfectamente. Cortaís por la trocha, que es el camino más solitario.

—Saque usted el talego.

Lúcas entra en la posada y vuelve a salir en seguida.

—Ahí está. Pero ¡mucho ojo! no sea que alguien lo advierta.

—Descuide usted, padre.

—Y haced profundo el hoyo, porque los perros son temibles.

—No tenga usted miedo.

Lúcas, sin producir el menor ruido, cierra la puerta.

* * *

Como chacal acorralado por el círculo de cazadores, Ramón busca a tientas por los rincones de la habitación algo con qué defenderse, un arma, un palo, cualquier cosa. Es inútil. En aquella especie de desván no hay otros muebles ni objetos más que el lecho, una silla para desnudarse y una tabla que sirve de mesa, empotrada en la pared. Huír es imposible. Abajo está Lucas. Junto a la ventana sus hijos, esperando la presa fúnebre.

De repente Ramón es asaltado por una ráfaga de esperanza. Recuerda que en el bolsillo del chaleco lleva siempre un cortaplumas para afilar el lápiz cuando hace sus apuntaciones. Se precipita hacia la silla, tantea la ropa como un loco hasta dar con el arma insignificante, la abre disponiéndose a librar desigual y bárbara lucha, y se coloca junto a la puerta de modo que pueda coger a espaldas al asesino.

Pasada media hora de angustias mortales, más que oir presiente las pisadas silenciosas de Lúcas que sube. Ya está allí. La puerta se abre en silencio, y Ramón, con la fuerza que infunde en los momentos críticos el amor a la vida, se arroja sobre el ventero y hunde en su garganta, rajándola ferozmente, la hoja del cortaplumas.

Lúcas cae desplomado, partida la yugular, de donde brota la sangre a borbotones. Ramón arrastra el cuerpo hacia la ventana y le precipita por ella. Los hijos del posadero embuten apresuradamente el muerto en el saco, y cogiendo cada uno por un extremo, marchan a campo traviesa con toda la velocidad que les permite su horrible carga.

Ramón los ve alejarse; pasados unos momentos, conforme se encuentra, en ropas menores y lleno de sangre, salta por la ventana, corre al puesto de la guardia civil, distante media legua de la posada, da cuenta del hecho, e inmediatamente, con dirección al puente del Moro, sale una pareja que llega casi al mismo tiempo que los hijos de Lúcas. Estos, aterrados, confiesan la verdad de lo ocurrido.

Y he aquí como se da el caso, en este proceso tan original como ruidoso, de que el asesino, sobre quien pesan las agravantes de nocturnidad y alevosía, sea absuelto, y sobre los hijos de la víctima recaiga sentencia de cadena perpétua.



ANHELO

He soñado gozar otra vida más dulce y serena
que ésta que ahora vivo, tan vana y prosaica;
recitar versos de oro, con la frente a los aires,
en las cumbres de aquellas montañas
que tocan al cielo, como si llamasen
a las puertas azules, a las puertas doradas
de un palacio quimérico que nadie conoce
porque está muy alto...

Yo siento mi alma
que tiembla, que vuela, como mariposa
de frágiles alas,
de frágiles alas sutiles...
¡Mariposa de luz, que tiene alas blancas!

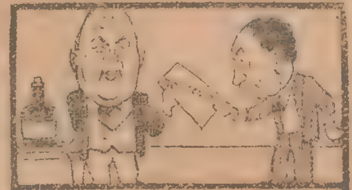
No sabe mi espíritu de luchas crueles.
Espíritu niño, la vida le cansa
y goza el anhelo de desvanecerse,
como una luz clara,
en el misterioso seno de la muerte,
la noche que nunca se acaba.

A veces, yo siento
que a mi puerta llama
una mano triste,
muy triste y muy pálida...
Y digo escuchando
su lenta llamada:
Entra, que hace muchas
horas que te aguardan
mis labios exangües
que la fiebre abrasa...
¡Préstales tu tierna
y alada fragancia!

Y la mano suave,
muy triste y muy pálida,
se transforma en mis manos en una
azucena, tan pura y tan blanca,
que creo que la luna baja de los cielos
para darle su luz temblorosa en un rayo de plata.

He soñado otra vida más pura...
Si me muero, que me lleven a aquellas montañas,
a vir si desciende la mano piadosa
que en horas de fiebre mis labios besaban;
si desciende la mano piadosa de la rubia Princesa de Ensueño
que habita el palacio de las puertas azules, doradas,
y me lleva a los cielos con ella, la noche más tibia
de esta Primavera triste y perfumada...

Manuel F. Lassó de la VEGA



Irigoyen, que es un rana,
de un amigo recibió
un **HIERRO QUINA BISLERI**,
y ministro lo nombró.



EL HÉROE DE PENJAMO

(Relato mejicano)

Por Alfonso Camín

La situación de las tropas rebeldes se sabría por aquellos documentos. De las órdenes que iban en ellos dependía la gran batalla, después de numerosos combates y escaramuzas. Si no llegaban a su destino, no habría avance posible, sin abandonar el resto de la fuerza, aislada a la otra parte del río bajo las nubes que iban borrando las montañas. De caer en manos del enemigo aquellos papeles, la causa de la revolución estaba perdida. La flor de las tropas de ataque quedaría segada por la tormenta del plomo, como un bosque de esqueletos después de la quemazón.

El general clareó, uno a uno, el corazón de sus soldados. Se paró frente a uno:

—¿Tú, de dónde eres?

—De esta región, mi jefe.

—¿Del mero Guanajuato?

—Del merito, mi general.

—¡Me cuadra, me cuadra! Es necesario que hagas a la causa una buena valedura. ¿Te atreves?

—¡Pos pa qué estamos, mi jefe!

—Pues luego luego. Hay que llevar estos planos al general Grajera. Si no puedes burlar las avanzadas de esos coyotes, que han de estar a todo lo largo de la sierra, procura valértelas por tus caminos, aunque sea pasando por mal ranchero. Pero ten en cuenta que si te agarran y descubren nuestro plan de operaciones, estamos perdidos. Fregados de a tiro.

—No será así, mi jefe

—Y además te fusilan.

—¡Ah, qué, mi jefe! ¡Estaría de Dios!...

Siguió el general clareando a otros soldados, el paso firme, el ceño fruncido. Volvió a enfrentarse con el Guanajuato:

—Hace falta que te acompañe otro. Pero, la mera verdad, tienen que ser muy hombres...

—Pos mi primo no más, mi jefe.

—¿Quién es tu primo?

—Refugio Rifón.

—Que venga luego, luego.

El general les entregó las órdenes. Bajo las primeras sombras nocturnas, desperdigadas por los campos, ganaban la sierra los dos inditos, blindados de corazón, tenaces, silenciosos, humildes, ligeros. Sólo rompían el panorama, distante y monótono, la aparición y la fuga de los sombreros de palma y los pantalones de paliacate, tan pronto visibles como borrados en la maleza.

* * *

Hicieron alto en el corazón de la sierra. Pancho López y Refugio Rifón se tumbaron a la fresca, el pecho abierto a la luna.

—Ya oíste las órdenes, Pancho.

—Pos sí, mi compadre...

—No hay que ser coyones.

—Ya me conoces...

—Aunque nos truenen.

—Aunque nos maten. Para eso vamos a la cargada. Cuando menos se piensa, la china Hilaria que nos visita...

Calló Refugio Rifón. Comentó luego:

—Lo malo es zanjar el río.

—Ya lo prevengo. Mira: aquí van no más, en la flauta. No creo que le den por cantar, como el grillo en el canuto.

—¿Y eso?

—Date cuenta. El río está lleno de bambúes. Vemos el enemigo, y tirarla no más con las otras. Clavada. ¡Así no recelan!

—¡Ah, qué reteáguila es mi compadre!

—Nopal no más, compañero.

—Pues vamos a ver qué pasa con la serpiente. Lo malo será que nos afusilen.

—Lo dicho, mano. Estaría de Dios que nos truenen. Para eso somos los pinches soldados de la causa. Lo malo son la vieja y los chamacos...

Pancho López miró el rostro de su compadre. Rifón estaba triste.

—Mala cosa — rumió Pancho López.

—¿Qué decís?

—Que ya mero amanece... Vámonos ya. No se te olvide. Aquí van los papeles en la cañita. Si nos sorprenden, la dejamos en abandono, con gran disimulo.

No contestó Rifón. Siguió andando.

Iban vadeando el río, medio ocultos entre las ramazones de cañas bravas. Surgían y se ocultaban como pájaros salvajes.

Rifón apuntó:

—¡Mira allá mero...!

—¡Ah, qué repinches federales! Ya nos avistaron.

—¿Qué hacemos?

—Túmbate no más. Que sea lo que quera Dios. Estamos copados. ¡Si parecen hormigas los condenados! Por todas partes nos salen como racimos de tunas...

Sonó un tiro, seguido de un alto y una blasfemia. Los ecos iban apedreando los senderos. Estaban perdidos.

—Ya sabes — dijo Pancho. — ¡Por si me truenan! Aquí se queda el fajo dentro del canuto. Entre los otros, que son milientos, iguales.

Las voces sonaban cerca. Pancho López y Rifón se hacían los sordos.

—¡Alto ahí, pelados! ¡Adónde se van?

—Al pueblo.

—¡Pos buen rodeo!... ¿No son de la región?

—Yo soy de Morelos — alegó Pancho, tranquilo.

—Yo, de Torrión — dijo el compadre.

Los dos prisioneros no aparentaban emoción alguna. Habló el teniente de los federales:

—Atenlos con la reata.

—¡Si no somos forajidos federales! ¿Pa qué nos atan? — dijo Pancho, el de Pénjamo.

El compañero habló por lo bajo:

—No alegues, Pancho. Que nos afusilan...

* * *

Llegaron atados ante el jefe de la tropa enemiga.

—¿Son éstos?

—Los mesmos.

—Ustedes sos espían rebeldes.

Habló Pancho López:

—Pos aquí nos tienen mansitos, mi jefe.

—¿Que, no son rebeldes?

—Verdad de Dios que no lo sabemos. Ya el mero jefe nos llamó bandidos, como si fuera un mero padrecito...

—Tenemos confidencias. Son ustedes espías peligrosos. Ya verán lo que les sucede.

—Mansos y humildes, mi jefe.

—Estos son los que traen los planos. Regístrenlos.

Alzaron los brazos.

—Nada, mi general

—Que les quiten las suelas a los zapatos.

Se hizo la operación. Los dos compadres se vieron descalzos.

—Nada, mi general — dijo el jefe de la guardia.

—¡A ver: que formen el cuadro! Truénemelos. Cinco minutos no más para que mediten. O dicen dónde están los documentos o me los tiende ahí mismo.

Pancho López miró de soslayo a su compañero. Refugio estaba pálido. Le bailaban las piernas. Pensaba en la vieja, en los chamacos. Comenzó a caerle una lágrima.

—Digamos dónde están, Pancho — balbuceó Rifón. — Ve que en ello nos va el pellejo. ¡Qué hacer! Ya cumplimos. Salvemos la vida.

—Sí, Refugio, tienes razón. ¿Pero no habrá otro remedio?

—Pos no. O los planos o la cabeza.

—Faltan dos minutos... ¡Si fuera posible ser hombres!

—No es posible. Nos truenan. Si tú no quieres, yo hablaré.

Los fusiles estaban preparados.

—Güeno. Yo hablaré — acabó por decir Pancho López.

—Desátenlo.

Ya frente al general, le dijo en voz baja:

—Lo diré todo. Pero con una condición.

—¿Cuál es?

—Que me fusilen a ése. Luego, entrego los planos. Pero si él vive me delatará hoy o mañana. Porque ése, tarde o temprano, se escapa con los revolucionarios. Y luego me fusilan a mí, si me cogen.

—Traiciones a tu amigo. Mejor que te fusilen a ti. Y él nos dirá...

—Como quera. Pero él trae la comisión de atentar contra mi general. Tendrá que afusilarlo mañana.

—Pues sí que tienes razón. Que lo truenen ahorita.

El general dió una orden. Partió el ayudante. Desde el jacal. Pancho López oyó la terrible detonación. Vió caer a su compañero como un guiñapo por tierra, llevándose las manos al vientre.

—¡Ahora, jijos del maíz, afusílenme a mí! Yo no digo nada. Mi compadre tenía miedo. Todo fué para que no hablara. Que me perdone. Murió como un hombre.

Se colocó él mismo de pie, junto al cadáver de su compadre:

—¡Y ahora, tírenme al pecho, barbones de treinta lunas!

Sonó otra fuerte descarga. El cuerpo de Pancho López cayó violentamente hacia adelante, sobre las bocas de los fusiles

EL CANTO

¡Canta en voz baja, pon tu órgano a la sordina, oh, buen viento de la tarde! Canta para el marino que partirá para un largo viaje cuando alegre el agua azul la armoniosa visión del blanco vuelo de goletas; canta para el pescador, que tenderá la red; canta para el remero negro risueño y de grandes gestos elásticos; para el chino que va a pescar todavía con la divina modorra de su poderoso y sutil opio. Y canta mientras la marea sube, para los viajeros y los errantes, para los pensativos, para los que van sin rumbo fijo, tendidas las velas, por el mar de la vida, tan áspero, tan profundo, tan amargo, como el inmenso y misterioso océano.

RUBEN DARIO.

Los cubiertos del marqués

Por Sara Insúa.

Cuando el marquesito de Olmo Nevado se reveló apto para comer solo, la "miss", sentada frente a él, en la galería de la "nursery", y llamándole la atención sobre los cubiertos que rodeaban su platito de porcelana, le dijo:

—Fíjate, Fernando, vas a usar estos cubiertos que te regalaron cuando naciste. Son de oro y plata de ley, bellamente decorados, y tienen al dorso de cada pieza tu monograma y tu corona. Comerás siempre con ellos; así corresponde a un Olmo Nevado, y espero que aprendas a manejarlos como igualmente te corresponde.

El marquesito asió la cuchara, cuyo tamaño era suficientemente reducido para las manecitas de un niño, pero que hubiera podido utilizar también un hombre, y tomó irreprochablemente la primera cucharada de sopa.

Años después, ya adolescente, el marquesito fué admitido en la mesa de los mayores.

En torno a su gran plato de porcelana inglesa había unos hermosos y macizos cubiertos de plata iguales a todos los de los comensales.

El marquesito, acostumbrado a los suyos, ligeros y simpáticos al tacto, los manejaba torpemente. Se atrevió a preguntar a su madre, bella dama que empezaba a peinar canas.

—Mamá, ¿sería un trastorno que yo siguiera utilizando aquí mis cubiertos de niño?

—En modo alguno, hijo mío.

Y la marquesa, sonriente y complaciente, dió la orden al mozo de comedor.

Siguieron transcurriendo los años. El marquesito se hizo hombre, terminó su carrera, se casó, tuvo hijos, perdió a sus padres. Acontecimientos todos que seguían un curso natural.

Era, pues, el jefe de la familia de Olmo Nevado, y en la gran mesa del amplio comedor ocupaba, frente a la marquesa, su esposa, la presidencia. Pero usaba siempre sus infantiles cubiertos de oro y plata.

Capricho inocente que nadie pensó siquiera en combatir.

Y tal vez no pensó nadie en combatir este capricho ingenuo del marqués porque los que le rodeaban vivían esclavos de grandes caprichos.

La marquesa, terriblemente frívola, suspiraba continuamente por una nueva joya o una nueva "toilette", y los hijos, por un caballo de carreras, por una hetaira de moda o por un "negro" que faltaba siempre.

El marqués, sencillo, un poco ingenuo como sus caprichos, un poco infantil como sus lindos cubiertitos de plata y oro, vivía un poco al margen de la realidad, o más bien de las realidades que le rodeaban.

Con frecuencia el administrador se el acercaba libros en mano:

—Señor... La señora marquesa me ha pedido veinticinco mil pesos..., diez y seis mil don Fernando, ocho mil don Gustavo y seis mil don Adolfo...

—Bien, déselos usted...

—Es que la cuenta corriente del señor marqués está agotada. Será preciso vender otro título.

—Pues venda usted, hijo mío, venda usted...

Y el marqués firmaba unos papeles que no leía.

Sin embargo, cuando el administrador le anunció con cara de circunstancias que estaba totalmente arruinado se sorprendió bastante; pero ¿qué había de hacer sino resignarse?

Hubo entonces en la familia de Olmo Nevado, ante la catástrofe, un gran revuelo de desorientación.

Al fin la marquesa optó por morirse antes de salir del aristocrático palacete que los acreedores reclamaban. "Su salvación" — valga la paradoja — fué un ataque cardíaco.

En cuanto a los "herederos", prefirieron emigrar a cubrirse con los harapos de la ruina.

Quedó el maqués solo, pobre y triste, contemplando su desgracia con ojos atónitos y un poco infantiles.

Era ya casi viejo, se sentía sin fuerzas para emprender "la lucha por la vida". ¡La vida! Esa cosa indefinible que desde la niñez le había parecido hermosa y amable y que de improviso se le manifestaba horrenda y hostil.

También él hubiera querido morir, no por vergüenza como la orgullosa marquesa, sino por desilusión. Pero no era cardíaco; el equilibrio de su organismo perfecto y la simplicidad de su alma, casi perfecta también, le obligaban a vivir.

El golpe recibido no podía matarlo.

Siguió, pues, contemplando con mirada de dolor su propia caída, sin esbozar siquiera un ademán de defensa, dejándose llevar por la desgracia, aceptándola como algo irremediable y fatal, o más bien sintiéndose incapaz para hacerle frente.

Al fin, tras la pobreza, llegó la miseria absoluta, y el momento en que se encontró sin techo ni pan.

No le quedaba nada más que la ropa puesta — ropa bien cortada, todavía elegante —, y en el bolsillo tal vez sólo un fino pañuelo con la corona de marqués en una esquina.

Fué a ver a su administrador, que "le había servido" hasta el último instante.

Le recibió respetuoso, siempre en su puesto.

—El señor puede vivir a crédito una temporada todavía. Del pequeño crédito... En los comercios lo tiene todavía... No ha dejado de pagarse una sola cuenta y...

El marqués lo detuvo con un ademán sobrio:

—¡No, amigo mío! Quiero ser correcto hasta el final...

—Entonces puede organizarse una subscripción... Sus antiguos amigos... Entre tanto, está casa es del señor y...

Un nuevo gesto de la mano aristocrática lo detuvo.

—Tampoco. No quiero ser gravoso a nadie... ¡Mis amigos! — y el marqués sonrió. — Pudieron ofrecerme su ayuda... No... No quiero ni recordarles que existo... Quiero más bien borrarme, anularme, y lo que te pido a ti es que me poporciones una plaza en aquel asilo de ancianos al que entregábamos como donativo cien pesos mensuales, me parece... ¿Te acuerdas?... Me considero con cierto derecho...

El administrador protestó; pero el marqués estaba decidido.

* * *

El día de su ingreso en el asilo, don Fernando Arlaz, marqués de Olmo Nevado, buscó a la hermanita encargada del refectorio, y tendiéndole unos objetos brillantes, pulidos por el uso, le dijo:

—Yo quisiera que en la mesa me pusieran estos cubiertos... He comido siempre con ellos...

La hermana no supo negarse a complacerlo, y desde aquel día, durante bastantes años, el marqués comió la humilde pitanza del asilo con sus ricos cubiertos de plata y oro.

Cuando murió, de viejo, las hermanas consultaron al capellán sobre el destino que debía darse a aquellos objetos; y el capellán, que había confesado muchas veces al marqués y del que llegara a ser grande amigo, les contestó:

—Haremos con ellos una patena...

GENEROSIDAD

Di mi perfume, canté mi canto:
Jardín sellado, fuente de olvido.
Ya decir puedo: a puro llanto
He florecido.

En sol de dicha se fué la infancia:
Romanticismo de primareva.
Ya decir puedo: a la distancia
Besé tu boca por vez primera.

Mas el romance tomó otro giro:
Amor iluso, sin gloria alguna...
Pues, que así he dado, por un suspiro,
Todos los bienes de mi fortuna!

UN POETA DE PROVINCIA EN BUENOS AIRES

De selva y de montaña tiene un poco
Boscaje en flor y arcilla en flor también;
Y así un día domingo, nuestras calles
Se echará, forastero, a recorrer...

Y los ojos atónitos de la urbe
Un andarín de circo en él verán,
—Sombrero alón, corbata voladora.
Que a campo abierto cruza la ciudad...

Santos AGUILERA

El retorno del más allá

Por Kurt Muenzer

En aquella gran ciudad, todos los domingos en la tarde nos reuníamos algunos jóvenes para olvidar la tristeza y la soledad de nuestra vida Apenas regresó la señora Clara de su largo viaje y nos abrió su saloncitos tan agradables y tan tranquilos, tuvimos otra vez alegres ratos. Su llegada bastó para enriquecer nuestros pensamientos, para alentar nuestros p l a n e s. Comprendía nuestra juventud, nuestro dolor y nuestro gozo...

Hablaba poco, hallaba un placer en oirnos y en abrir nuestros corazones con su mirada. Era el amor en persona, era la madre...

Estaba sola. Hacía diez años era viuda y no había tenido el cariño de un hijo. Y por ello, a nosotros jóvenes, nos cuidaba y nos amaba. La mayor parte del tiempo la pasaba en Berlín; sólo dos meses del verano estaba en Zurich, donde su esposo reposaba en el cementerio. Esta ocasión había durado su viaje más tiempo del acostumbrado. Ya noviembre azotaba la ciudad, cuando llegó. Y esta vez, acompañada. Una joven morena, esbelta, extraña en sus maneras y sus gestos, tranquila, como los lagos profundos escondidos entre el bosque.

"Es mi hija", nos dijo la señora Clara, cuando presentó a la simpática extranjerita en nuestro círculo. A su lado nos pareció ella misma bella y digna de admiración; con su pelo blanco, sus ojos aún jóvenes y su boca tan fresca.

"Es mi hija. Se llama Antonia. Ustedes bien saben que mi esposo se llamó Antonio. El es su padre". Nunca nos hubiésemos atrevido, "alguna vez os lo contaré. Os veo admirados, más tened una poca de paciencia".

Y unas semanas después habló. Nos contó cómo había encontrado a su hija. Parecía un cuento de espantos, más comprendimos bien que salía de su corazón. Lo maravilloso no era más que su don de amar. Todavía sentía a su amado esposo, ya muerto, y su corazón la obligaba a cumplir los deseos nunca expresados. Todo el secreto de este suceso lo revelaba una palabra: cariño...

Y hasta ese momento comprendimos una cosa de la que nunca nos había hablado: el hondo cariño que sentía por su esposo. Tal vez lo amaba más ahora, ya que la tierra lo había acogido en su seno. Cuando vivía, no sabía su secreto. Y ahora el Destino se lo había revelado. Y esto fué lo que oímos.

* * *

Mi esposo pasó la mayor parte de su vida de estudiante en Zurich. Amaba tanto esta ciudad, que más tarde, cuando su situación se lo permitió, alquiló ahí una casa, en donde disfrutábamos las vacaciones. Tanto quería esta bella ciudad, a orillas del Lago, que yo muchas veces me burlaba de él un poco: Le decía yo que la amaba como un ser humano, como una madre a su hijo consentido, como un niño a su madre querida, y entonces reía y con su manera fascinadora me tomaba en sus brazos, me llevaba a la ventana, me enseñaba el lago, los montes escondidos entre las nubes del atardecer y murmuraba que adoraba más esta ciudad de su vida de estudiante porque me la podía mostrar, a mí, su único cariño, porque me podía guiar por sus calles y explicarme sus encantos.

Eramos tan dichosos... y bien lo sabía. Teníamos tanta felicidad, que su partida no me ha desesperado hasta ahora, pues para mí no ha muerto. Sólo está en otra parte, aún me alcanzan sus pensamientos.

Y él por su parte, sólo tenía una pena: la falta de un hijo. Yo todo le había dado, únicamente este deseo no le pude cumplir nunca. El quería una hija, una niña que se pareciese a mí... Soñaba con otra Clara...

Después de diez años de casados perdimos toda esperanza. Nunca más hablamos de ello. Y así como los niños mueren, también nuestro deseo murió. En secreto lloramos ante su tumba invisible y la regamos con lágrimas no lloradas. Los años pasaron en cariñosa amistad. Nunca desapareció la juventud de nuestros afectos; siempre estábamos contentos. Y cuando celebramos nuestras bodas de plata, con una excursión por el amado lago, con una cena en la terraza del hotel, con un paseo nocturno por las orillas azules de

las tranquilas aguas, entonces nos pareció como si en ese momento nos hubiésemos encontrado y desde luego nos hubiésemos tenido que amar. Y dos meses después, cuando murió, comprendí todo: que aún no lo conocía bastante y que no había tenido tiempo para amarlo y que por ello, al perderlo, no lo había poseído por completo...

Acostumbraba pasear todas las tardes solo. Sin que nunca hubiésemos hablado de ello, sabía yo que todo hombre que trabaja mentalmente debe estar solo una parte del día, debe sentirse en la soledad, libre de toda compañía, aún de la amada. Y nunca le pregunté por sus paseos, por sus visitas.

Fué en Zurich, un día de septiembre, el año de nuestras bodas de plata. Tenía yo que mandar arreglar una cadenita de oro. Estos trabajos nunca los dejábamos hacer en las avenidas principales del centro, sino en las callecitas de la vieja ciudad, donde tenían sus tiendas los viejos artífices.

Caminaba yo por las viejas calles, donde no había tanto movimiento. Llegué hasta un callejoncito angosto que me agradaba mucho. Tenía unos dos metros de ancho y subí en escalones, entre las viejas casas, altas y negras, hasta una plazuelita, donde los tilos daban sombra a una fuente. Se llamaba la Leitergasse, la calle de le Escalerilla, porque en verdad, parecía una escalera muy inclinada, de unos cien peldaños. Me detuve y miré hacia arriba, hacia la luz crepuscular que poco a poco desaparecía y vi bajar a mi esposo.

Caminaba como si tuviese prisa en llegar a la casa. Su cara tenía una sonrisa que desde largo tiempo no había advertido en ella. Que joven parecía, bajando tan ágil, él, que ya había pasado los cincuenta años. Dios mío, y en ese momento mi corazón dejó de latir. Dios mío, ¿de dónde venía?

Y en el momento en que pensaba esto y quería seguir para que no me descubriese y se sintiese observado, levantó los ojos...

Me miró, detuvo sus pasos. Ah, de pie ante la entrada de la callejuela era yo para él una interrogación, un reproche, una queja: ¿De dónde vienes, dónde has estado tan feliz sin mí?

Noté como perdió el color, su boca se tornó en una mueca y desvanecido rodó la escalera, rodó hasta mis pies. Mientras estaba a su lado, ayudada por algunas personas, perdieron sus ojos el brillo y sus labios exhalaron el último suspiro.

Dejadme callar ahora. Un momento...

Pasó un año y volví a Zurich. Todo volvió a ser como antes, solamente sin él...

Era aquel un día triste. Había llovido y las calles se ocultaban entre la neblina. Salí de las calles del centro a la vieja ciudad, dejándome llevar entre la gente. Desde aquella tarde en que él murió repentinamente no había estado aquí. En lugar de visitar estas callejuelas como un homenaje a su recuerdo, me había alejado de ellas. Nunca había pensado en subir la Leitergasse e investigar en dónde había estado, de dónde traía su sonrisa, su satisfacción. Mas ahora... sabía yo donde era.

De pronto saltó mi corazón, la sangre se heló en mis venas, el terror me dominó. Ahí, delante de mí, entre la multitud apresurada, caminaba él... El, a quien yo amaba y amo, él, quien ha muerto, caminaba unos pasos adelante, rápido, apresurándose.

En este momento me dominé y recobré la calma. Otra vez pude respirar, moverme. Perdí el miedo. ¿Cómo puede haber muerto? ¡Arnold!, grité.

—Ah, volvió la cabeza y sonrió, feliz y tranquilo. ¿Por qué lo seguí? No se detuvo, sino prosiguió su camino, rápido, hasta llegar a la callecita empinada. Volvió la vista y señalando hacia arriba, desapareció.

¿Ah, si al llegar no lo encuentro? ¿Si entre en alguna parte? No, no creo que en aquel entonces pensé en ello. No, no dudaba. Y en verdad, cuando llegué a la callecita lo vi cómo subía por ella, como un joven, de dos en dos escalones. Y otra vez volvió la cabeza... vaciló... mas yo ya llegaba. ¡Arnold!, repetí, ¡Arnold! ¡Escuchaba su risa, aquella risa débil y querida de horas felices?

Ya lo alcanzaba yo, cuando llegó a la plazuelita donde canta la fuente bajo los tilos ya amarillentos. En verdad, lo veía claramente, un ser viviente.

Aún recuerdo cómo se detuvo ante una casita, aún le oigo tocar en una ventana. Los golpes rasgaron el profundo silencio que reinaba en la solitaria plazuelita. El terror me sobrecogió, más ansiaba llegar hasta él, hasta el amado que había vuelto...

Y aquí desapareció. Aún veo la ventana, a la cual ha llamado. Se abrió desde adentro y una niña se asomó gritando asustada: ¡Padre... padre!

Dejadme callar otra vez un momento.

Diez años han pasado desde entonces, más parece como si ayer hubiese sucedido. Estaba yo ante la ventana, a la cual se asoma una niña de diez años. Una niña el pelo negro, los ojos oscuros, pálida, aterrorizada. Al verme en la débil luz crepuscular se asustó y retrocedió. Para tranquilizarla me acerqué a la ventana y traté de sonreír.

La niña pronto recobró el valor y me preguntó, apenas si temblando, si yo había llamado, pues así solía golpear su padre en la vidriera...

Mis buenos amigos, esta es la historia. Esa niña es Antonia, la hija de mi esposo y de una muchacha que sólo la vió para morir. Antonia vivió con su abuelita, pues así lo habían querido los dos.

Ah, me miráis asombrados; bajáis los ojos ante el dolor y la pena de mi corazón. ¡Ah, no! Yo lo amaba. ¿No comprendéis? ¿Por qué enojarme si alguna vez fué feliz con otra, si recibió de otra lo que yo no le pude dar con todo mi cariño? Así es el amor, es más grande que el ser que lo alimenta.

¿Créis que no sé por qué él calló esta niña, por qué hizo un secreto de su hija? No me quiso causar ningún dolor. No debía yo saber que otra mujer le había podido dar algo más que yo. Este secreto era lo más hondo de su cariño hacia mí. Era la única pena en nuestra existencia. El sufrió por mí, yo nunca por él.

Cuando encontré a su hija, guiado por él mismo, no sentí ningún dolor. Así cumplí la última misión de nuestra vida.

Después dejé a la niña con su abuelita, que la quería mucho. Mi esposo había cuidado por las dos; yo no podía ayudar en nada. Me recibieron con la bondad y el cariño que mi esposo merecía. La abuelita, una sencilla campesina del Langer See, tenía la nobleza del ser que puede amar verdaderamente y puede sufrir sonriendo. Había permanecido en la ciudad sólo por la niña, para poderla educar mejor. Y ahora, muerta la viejecita, he traído a Antonia. Sólo conoció a su padre, ahora ha encontrado a su madre.

Y mi amado esposo nunca más ha vuelto. Me ha guiado y ahora me ha dejado sola, apenas acompañada por un espíritu: el cariño, que en cualquier forma que se presente es tan maravilloso, como natural.

Las canciones del límite

¿O te habrás muerto, ya, con mis recuerdos?

PARA "FRAY MOCHO

Mueren mis días llenos de angustia
de fiebre extraña;
mueren enfermos, como las rosas
abandonadas;
llevando todas mis ilusiones,
mis esperanzas;
llevando siempre
girones de alma.

En horas mustias, en horas lentas,
horas amargas,
cuando las luces de mis quimeras
— tristes — se apagan,
al cementerio de mi pasado
— como impulsadas
por el misterio —
se van mis ansias...

Y, por las sendas del cementerio
— marchitas, áridas —
vaga mi espíritu, como una sombra,
como un fantasma;
mientras persigue con sus pupilas
sin luz, cansadas
las negras cruces de los recurdos
y así camina, camina siempre,
sin alcanzarlas...
porque las cruces
se alejan, marchan.

Luego la noche que lo sorprende
lo envuelve todo con su mortaja;
y el alma — ciega — detiene el paso,
triste, agobiada;
mientras relucen, allá, a lo lejos,
del fuego fátuo las llamaradas...
y en el misterio de las tinieblas,
altos fantasmas
— en un conjunto dantesco — agitan
mantos de altares en locas danzas.

Francisco A. PAGANO

Las edades del amor

Por A. Sánchez Ramón.

De cuantas pasiones esclavizan el corazón humano, el amor es la que con mayor frecuencia ha cambiado de carácter en el curso de la historia, y sobre todo, al pasar de la sociedad y de la literatura moderna. Chateubriand, principalmente preocupado con la influencia que el cristianismo ha ejercido sobre el amor, ha dividido la historia de esta pasión en dos grandes períodos, el del amor pagano y el del amor cristiano. Pero en la historia del amor puede encontrarse la misma división que nos presenta la historia general: antigua, de la Edad media y moderna.

¿Se quiere conocer el amor antiguo? Basta leer a Ovidio, Tibulo, Propercio... Sus amadas fueron coquetas, infieles, venales; ellas no buscaban a su lado más que los placeres materiales, y se puede creer que nunca tuvieron idea del sentimiento que, trece siglos después, hizo palpitar el corazón de Eloísa.

Téngase en cuenta, ante todo, que el amor antiguo sólo se fija en los exteriores; la belleza de Helena seduce hasta la ancianidad; Dido iguala a Venus en atractivos; Camila supera a Diana en ligereza; Nerea es más blanca que el ave de Leda... Nada que pase de lo físico. La venus que el poeta adora no es la diosa de la belleza moral e intelectual.

Uno de los rasgos más notables de la sociedad griega y romana, es que la mujer no inspira amor en el sentido que hoy damos a esta palabra; puede ser buscada por su belleza física, honrada por los ciudadanos que dé a la república, por el esposo a quien confiera la dignidad y la autoridad paterna... Pero por sí sola, no es el objeto ni el fin del amor; no es verdaderamente amada.

¿Y por qué no es amada? Porque es débil, y por lo mismo juzgada incapaz de dignidad, de sinceridad, de valor, de firmeza, de perseverancia; pues entre los antiguos, la admiración no pasa de la forma, y a la idea de fuerza se unen en su espíritu las de virtud, nobleza, genio y aun la de belleza.

Lo que en la antigüedad correspondía verdaderamente a nuestro amor de hoy, apasionado, capaz de todos los sacrificios, era la amistad. La guerra en los tiempos heróicos, la ciencia pura y la dialéctica en los tiempos que se pueden llamar metafísicos, constituyeron para los hombres una vida aparte en la antigüedad.

Las costumbres de los campos, los usos de la palestra, más tarde las discusiones académicas, la enseñanza de la política, de la elocuencia, de la física, favorecieron la separación establecida entre la vida de los hombres y de las mujeres. Reesultado de estas costumbres fué que el amor y el sentimiento de lo bello revistieran en la imaginación del hombre formas ajenas a la mujer, y la delicadeza de sentimiento que hoy admiramos en aquellas, sacrificóse al culto de la belleza viril.

El arte imitó la forma del hombre como la más perfecta y la reprodujo sabiamente con todos sus caracteres en las estatuas de Marte, Apolo, Mercurio, Hércules o Baco. La ciencia, por su parte, dió siempre a la mujer un papel en la Creación subordinado al del hombre; los sentimientos que en el mundo cristiano han producido la caballería, la galantería y todas las instituciones referentes al amor, el hombre y la belleza, se desplegaron entonces principalmente en las relaciones y en la sociedad exclusiva de los hombres.

Débese notar que si el hombre de la antigüedad no se enamora de la mujer, y si el sentimiento que ésta inspira, en vez de ennoblecerlo, le envilece y constituye para él una debilidad, casi una cobardía y una vergüenza, la pasión, el amor, en cambio, puede interesar a la mujer.

Así vemos en la historia antigua mujeres amantes, pero amantes desdeñadas, abandonadas; l a s Ariadnas, las Fedras, las Medeas, las Didos...

El amor, en la antigüedad, no era un derecho que se pudiera reivindicar, porque no tenía sentido social, ni jugaba ningún papel en la vida pública. El amor era para ellos una fatalidad, no un sentimiento noble y elevado.

En la "Ilíada" vemos que el rapto de una mujer provoca una guerra entre griegos y troyanos; pero en medio de esta memorable guerra encendida por el amor, ¡qué papel tan insignificante, tan despreciado, el del audaz París y el de la hermosa Elena!

En los trágicos griegos, apenas si conceden un lugar al amor; cuando más antiguo es el poeta, menos se muestra aquella pasión en sus dramas. No hay amor en el viejo Esquilo y apenas si se manifiesta en Sófocles.

El antiguo teatro representaba al amor más bien como un divinidad que como una pasión; cantaba con terror su poder irresistible, pero no expresaba sus angustias y sus placeres. El coro era el encargado de decir cuan terrible era el amor para los humanos, pero ni los mismos amantes lo revelaban con sus transportes.

Dos grandes influencias han contribuído a transformar el amor antiguo: el cristianismo y las costumbres de los pueblos del Norte.

El cristianismo ha dado a la mujer una personalidad al darle una conciencia; le ha dado derechos al darle deberes... Respecto a las costumbres de las naciones bárbaras presentan dos rasgos notables; por una parte, el respeto general que inspiran las mujeres; por otra, el ascendiente particular que ejercen las heroínas y las sacerdotisas. Estos dos rasgos han contribuído a establecer en la sociedad germánica la idea de la igualdad entre el hombre y la mujer.

La mujer, en la sociedad antigua, aparece encerrada en el gineceo, no solo para asegurar su pudor, sino también para defender su debilidad de los peligros y de los cuidados del exterior, reservados a los hombres, como los únicos capaces de soportarlos

La mujer del Norte es verdaderamente la compañera del hombre, en el trabajo y en el peligro, en la paz y en la guerra, en la vida y en la muerte. Del cristianismo y de las costumbres germánicas nació el amor caballeresco; nada en la antigüedad se asemeja, ni aun remotamente, a esa idea del amor caballeresco, que lo erige en principio supremo de la moralidad.

Con la Edad media concluye el amor caballeresco propiamente dicho, y bajo la influencia del Renacimiento se confunde con el amor platónico, honrado por los eruditos del siglo XV; entonces se transforma en amor romántico, en galantería.

La entrada de la mujer en el mundo, o para hablar más exactamente, en la buena sociedad que se forma a medida que se extiende el gusto de las letras y de la conversación, es el acontecimiento más importante de la historia del amor en esta época.

Esta preponderancia creciente de la mujer, que comienza en el siglo XVI y termina a mediados del XVII, tuvo, por decirlo así, tres grados principales, marcados por tres grandes novelas que ejercieron gran influencia en las ideas y en la manera de ser del mundo galante: el "Amadís", que representa el amor caballeresco, que se dulcifica y aún se afemina; la "Astrea", que mezcla el amor platónico y el caballeresco bajo el nombre de amor pastoral; la "Clelia", en fin, que es el código de la honrada galantería y que marca el apogeo de la preponderancia de la mujer en el mundo y en la literatura.

No ya el amor caballeresco de la Edad media, ni la galantería del siglo XVII, ni el libertinaje elegante del siglo XVIII... Es el amor melancólico y soñador; el amor sediento del infinito, que se desvía de su fin natural; el amor que se mezcla a dos sentimientos vagos e indeterminados, el sentimiento de la naturaleza y el de la inquietud metafísica o religiosa; el amor que conduce al desprecio y al odio de la acción, de la realidad, al fastidio y al disgusto de la vida; el amor que goza cantando su eterno dolor, su incurable herida; que analiza su delirio, poniendo siempre a su deseo una valla infranqueable... Este es el amor que sirvió de germen a la "Nueva Eloísa", de Rousseau, y que los autores de "René y Atala" y de las "Meditaciones" contribuyeron a poner de moda.

El mismo Goete, a pesar del carácter realista de su genio, pagó su tributo a esta enfermedad del siglo.

Anecdota

Don José Sánchez Guerra es hombre de la más exquisita galantería. A ella estuvo a punto de faltar en cierta comida que se celebraba en el palacio de una linajuda familia madrileña. Asistían a la mesa varios caballeros a quienes no conocía muy bien don José.

Comenzada la comida, reparó entonces don José en un señor con quien había tenido unas desagradables diferencias políticas. Dejándose llevar de su franqueza, don José dijo a la dama que estaba a su lado:

—¡Oh! Ahora veo a aquel caballero que está allí, en el extremo de la mesa.

—¿Le conoce usted?

—¡Ya lo creo! Y le aseguro que le profeso tanto desprecio como odio.

—Caballero — exclamó la dama. — Le advierto que ese señor es mi marido.

Sánchez Guerra, sorprendido por la gaffe, salió del atolladero, diciendo:

—Lo sé, señora. Justamente por eso le odio.

La dama tuvo que mostrar a don José una de sus más claras sonrisas.

CURIOSIDADES

Varios hombres notables jamás quisieron dejarse pintar; entre otros, citaremos al poeta Aecio, al filósofo Plotino, Gataken, célebre teólogo inglés. El jurisconsulto Velsen, y Florián, que era muy feo, sólo se dejaban retratar para disimular su fealdad.

* * *

Según Snelison, los animales, sin excepción alguna, padecen a veces ilusiones muy semejantes a la demencia y se comprueba principalmente en los pájaros, los gatos, los perros, los monos, el ganado en general y los caballos.

* * *

La más baja temperatura es la del oxígeno líquido, que es de 69,5 grados bajo cero.

* * *

Las jóvenes de la tribu de los kachins, de Birmania, llevan el cabello rizado como indicación de que se hallan solteras. Al cambiar de estado renuncian al ondulado.

* * *

Sandino, célebre erudito florentino del siglo XV, falleció en 1504, a la edad de ochenta años, siendo enterrado en un palacio (que le fué donado por un erudito, comentador del Dante) en Florencia. Su cuerpo no se ha corrompido y aún se exhibe; puede ser considerado como el cadáver mejor conservado de Europa. Una inscripción de ocho versos italianos, recuerda la vida, las obras de Sandino y el fenómeno de su cadáver incorrupto.

* * *

Las ardillas almacenan mucha cantidad de simientes, avellanas, etc., antes de que lleguen los fríos para alimentarse en invierno.

* * *

El aceite extraído del maíz es uno de los mejores iluminantes que se conocen; pero no se le fabrica en gran escala debido a su elevado costo.

* * *

Muchas arañas son venenosas; pero rara vez el tóxico es peligroso para el hombre.

* * *

Para cada tonelada de carbón que se queme en el horno se precisan cerca de 14 toneladas de aire para su combustión.

* * *

Voltaire corrigió su Edipo en la Bastilla. El procurador general Chalotais, encerrado en el castillo de San Malo, escribió su primera Memoria con un palillo, con tinta compuesta de agua, hollín vinagre y azúcar, sobre papeles que habían servido para envolver azúcar y chocolate.

* * *

La mayoría de los fluídos soldadores contienen cloruros. Se ha comprobado que éstos se descomponen en clorhídrico, el cual, a su vez, lleva al aire entre los metales, lo que facilita al soldador para entrar en ellos y hacer una fuerte soldadura.

* * *

El barómetro más grande que hasta ahora se ha construído está en la torre de Saint-Jacques, en París. Mide cerca de diez metros de alto. El tubo de cristal tiene dos centímetros de diámetro. Está lleno de agua teñida, y para que no le entre polvo, flota sobre ella una ligera capa de aceite.

* * *

Koening y Baur, fueron los inventores de la presión cilíndrica, que reemplazó a la plana en las máquinas de imprimir, usándose este sistema por primera vez en máquinas de vapor en Londres, el 14 de noviembre de 1814, en la impresión de "The Times", de Londres.

* * *

La gruta más grande del mundo se encuentra en la comarca de Clack Hills, al Sur de la curva que describe el Missouri, en los Estados Unidos; mide 83 kilómetros de largo.

* * *

Cierta clase de anguilas en el río Amazonas tiene la particularidad de producir descargas tan fuertes que son capaces de aturdir a un hombre.

* * *

El climajo es un medicamento antiespasmódico que se emplea en Cuba. Se hace de tabaco, cáscara de plátano, salvia y otros ingredientes.

El caballo necesita comer más a menudo que el buey.

* * *

Entre los indígenas del Tibet es costumbre, cuando se tienen invitados, atarse la lengua, como prueba de respeto.

* * *

La dalia se llama así por haber sido dedicada a Dalil, botánico sueco, que la trajo de Méjico a Europa en 1789.

* * *

En la época anterior a la conquista de los normandos, los pobladores de la Gran Bretaña no usaban apellido.

* * *

Entre los animales que poseen los ojos más grandes están los caballos, los elefantes y el pez espada.

EN EL CLUB DEL PROGRESO





Como un homenaje a la memoria del señor José C. Paz y en reconocimiento a su acción en favor del Club del Progreso, la comisión directiva de esta prestigiosa institución social acordó colocar en su sala de sesiones un retrato al óleo del ilutre fundador de "La Prensa". — A la izquierda: el retrato, obra del pintor Paul Mattia, que acaba de colocarse en la sala del Club del Progreso. — A la derecha: el presidente de dicha institución, doctor Carlos F. Melo, el doctor Alberto Gainza Paz y los miembros de la comisión directiva del Club, durante la realización del acto.

Administración del Ejército



El coronel Ernesto Baldasarre, recientemente nombrado Director General de Administración del Ejército acompañado de altos jefes de la repartición, después de tomar posesión de su cargo.

Asociación Camuatí



Festejando el triunfo obtenido en el Concurso Municipal de Literatura, la Asociación Camuatí ofreció un banquete en honor de los intelectuales premiados en el mencionado certamen. Vista de los obsequiados y de los concurrentes al acto.

EXPOSICION DE TULIPANES



El ministro de Holanda pronunciando su discurso, durante el acto inaugural de la exposición de tulipanes holandeses.

Fallecimiento del señor Mihanovich

Acaba de fallecer el señor Nicolás Mihanovich, destacado "pioneer" de la industria nacional a cuyas vastas iniciativas y perseverante labor, se debe en gran parte el progreso y desarrollo de nuestra marina mercante. — La desaparición del señor Mihanovich, ha sido honda y sinceramente lamentada en nuestros círculos sociales y navieros.





Don Francisco Anibal Riú

Desaparece, con su muerte, una prestigiosa figura nacional



Francisco Aníbal Riú ha muerto. Lo decimos con el dolor conmovido que su deceso inesperado produjo en todo el país.

no perseguía sino la realización de su ideal de bondad. De ahí que a lo largo de toda su obra se eche de ver harto evidentemente una vibración de piedad casi religiosa. Luchó con desinterés amplio, con energía, con verdadero patriotismo. Y luchó, también, con inteligencia que sorprendió a menudo por su profundidad, por su exactitud.



Doctor Francisco Anibal Riú

Había adquirido una cultura considerable; pero la llevó convenientemente, con exquisita discreción para no parecer un elemento forjado antes en el gabinete de estudio que en los azares duros de la experiencia diaria. Por eso era difícil sospechar en Francisco Aníbal Riú el temperamento educado en la severa disciplina de la biblioteca y de la cátedra cuando, con elocuencia revolucionaria, se erguía sobre el mar tumultoso de



las muchedumbres, o cuando con armonioso acento levantaba al son de su guitarra el espíritu del pueblo en las horas de incertidumbre y depresión cívica.

No se borrará en el tiempo la huella de su paso. Deja detrás suyo un recuerdo de acciones buenas que, en el impuso de la amistad leal, cobrará fuerza y significación con el andar de los días; y deja asimismo la labor perdurable de sus ensayos, de sus poesías y de sus fogosos discursos parlamentarios. Un poema inconcluso y cuyos capítulos bellos y substanciales conocen ya sus íntimos, es suficiente para perpetuar su nombre en nuestras letras. Alma delicada y noble de artista y de hombre de acción, Francisco Aníbal Riú será siempre un ejemplo digno de citarse entre los ciudadanos que, en vida, colaboraron a la perfección espiritual y social de la patria y, muertos, son todavía una caudalosa expresión de lo que fueron.



El presidente de la República, doctor Hipólito Irigoyen, el vice, doctor Enrique Martínez, los ministros del Poder Ejecutivo y otras personalidades, que acompañaron a su última morada a los restos del extinto.

Tenía, sobre cualquiera otra virtud, una delicadeza de alma superior. Poeta, legislador, político, y jurisconsulto, Francisco Aníbal Riú fué, principalmente un hombre bueno. Consignenos esto, así en claros caracteres, para elogiar su extraordinaria condición de amigo en un momento en que asistimos, según Kayserling, al crespúsculo de la piedad humana. Francisco Aníbal Riú tuvo en su vida un fin noble que colmó con creces: desparramarse espiritualmente en simientes de generosidad, de comprensión de tolerancia, de amor para todos los seres y las cosas que, por el hecho mismo de existir sufrían. Lo demás era accesorio en él, aunque complementario de su espíritu. En el verso, en el libro enjundioso, en el comité, en la banca de diputado nacional, Francisco Aníbal Riú



La carroza fúnebre conduciendo el cadáver del ex diputado nacional y prestigioso poeta, doctor Francisco Aníbal Riú al ponerse en marcha el cortejo, desde la casa mortuaria, situada en el Tigre.

La organizaciòn del raid Buenos Aires - Sevilla debe ser confiada enteramente al gobierno de la nación. - La ingerencia personal extraña puede resultar de deplorables consecuencias

LA VERDAD SOBRE EL CASO

Volvemos al tema predominante en los círculos cultos del país: la situación creada por alguien que se titula financiador del proyectado raid Buenos Aires-Sevilla. El tópico está sobre el tapete después de las claras y enérgicas declaraciones del aviador civil D. Diego Arzeno a quien se habría excluído de la tripulación del aparato destinado a la empresa, precisamente por la condición indicada de su brevet profesional y no obstante ser el iniciador del vuelo y su organizador y animador directo.

Los cargos formulados en carta abierta por D. Diego Arzeno, más los que concretara a FRAY MOCHO era un reportaje que conocen nuestros lectores, no han sido levantados. La persona aludida en ellos no consideró prudente defenderse, y esto nos obliga a atenernos al proverbio antiguo: "quien calla consiente". Queremos decir, pues, que la verdad está de parte del distinguido piloto, mientras quien debe hacerlo no nos demuestre lo contrario.

EL RAID COMPROMETE A LAS INSTITUCIONES ARMADAS DEL PAIS

Para ponerse a cubierto de la consiguiente responsabilidad del raíd, el titulado financiador del mismo aparece decidido a colocarlo en manos de expertos militares, según se desprende manifiestamente de las declaraciones de D. Diego Arzeno.

Sería noble y hasta simpático confiar enteramente la realización del vuelo a nuestras instituciones armadas si — como es notorio — el mencionado financiador no se propusiera al propio tiempo mantener sobre el aparato su título de propietario particular y ejercer así una presión absurda sobre el plan de la empresa y la información pública que debe darse al mismo. Dicho financiador, con su patente de dueño del avión, quiere que se cumplan sus órdenes, que se acepten todas sus indicaciones, que no se adelanten detalles oficiales de la organización del raíd sino a los diarios y publicaciones que él, particularmente, prefiera.

Como se trata de un comerciante y no de un perito técnico, no es difícil prever que su influencia, en este sentido, no puede ser sino deplorable. Acaso determine con inmiscuirse en el raid, en la forma en que lo hace, el fracaso del mismo. Muy a pesar nuestro nos colocamos en el último caso, y planteamos las consiguientes preguntas:

—¿Quién sufrirá las consecuencias de un desastre? ¿el comerciante de referencia? ¿tiene él algo que perder, si no es su dinero? Las afectadas por un contraste serán nuestras instituciones armadas. Sabemos que el teniente Mejía, llamado a pilotear el avión, es un militar de recias virtudes y de excepcionales condiciones técnicas; sabemos, también, que nuestras instituciones armadas son una garantía moral de triunfo en las empresas que encaren cualquiera sea su magnitud. Pero como el factor suerte interviene en un cincuenta por ciento en concepciones como las del proyectado raid Buenos Aires-Sevilla, bien pudiera suceder el fracaso que nuestro optimismo rechaza. En circunstancias semejantes no sería el comerciante aludido el perjudicado, aún cuando su intervención personal en el asunto pueda ser la causa del contraste que sobrevenga. La tal persona compromete entonces a las instituciones armadas de la Nación.

He ahí un aspecto de la cuestión acerca del cual merece recapacitarse seriamente.

INEXPLICABLE

Es explicable que el Ejército o la Armada se hagan cargo de una situación como la que planteamos, en el supuesto de que sólo ellos, exclusivamente ellos, encaren la empresa. Peró no se explicaría en un caso como este, en que es harto sabido que el repetido comerciante a pesar de su ignorancia técnica, se toma una ingerencia que honradamente no le pertenece, ni siquiera como dueño del aparato destinado al raid.

No es posible que, gratuitamente tal vez para servir, sin quererlo, intereses particulares de determinada persona, dignos militares argentinos expongan su vida y aún el bien ganado prestigio de nuestras instituciones armadas en una arriesgada proeza.

Insistimos, desde luego, en que el financiador del raid debe demostrar su simpatía al país y su absoluto desinterés confiando absolutamente la organización del vuelo al gobierno de la Nación.

Es la actitud que le corresponde para ponerse a salvo de un prejuzgamiento popular que no lo favorece en nada y, que, por otra parte, restará a la empresa el calor público que necesita. De otro modo, nos parece que las instituciones armadas argentinas no deben prestarse a colaborar en el raid, comprometiéndose con una generosidad que — por lo visto — no fué interpretada a la recíproca por el financiador de la empresa.

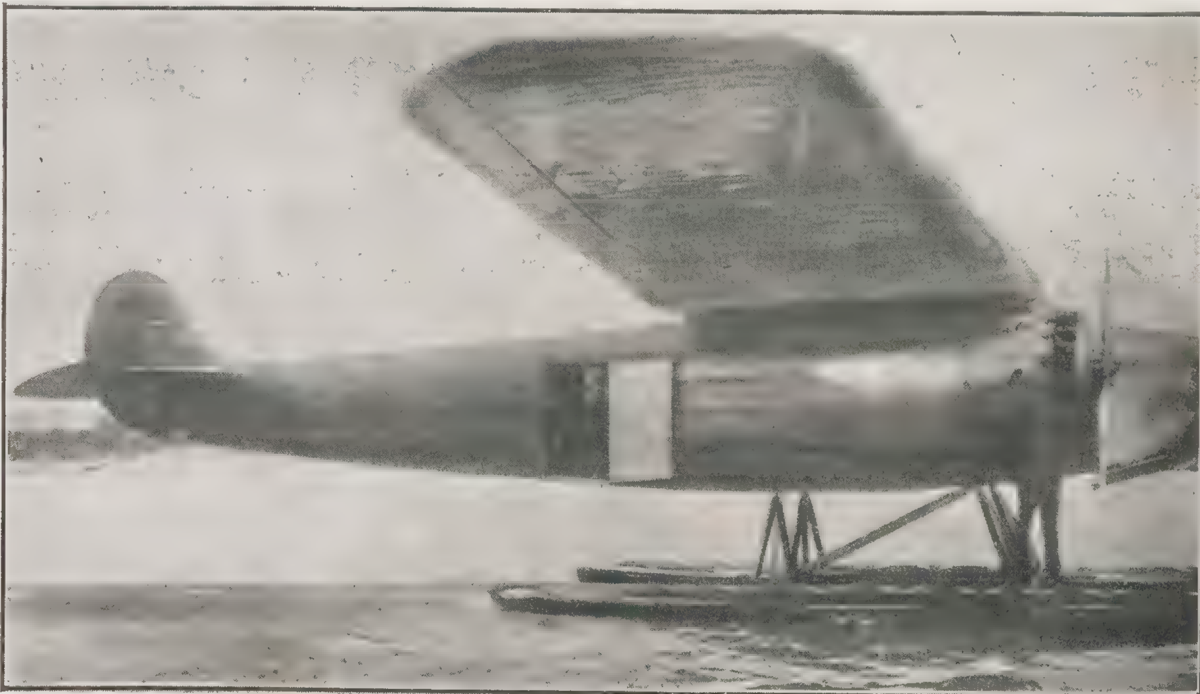
¿EL GOBIERNO DE LA NACION SOSTENDRIA UN CRITERIO IDENTICO AL NUESTRO

Agreguemos finalmente una información de fuente bien fidedigna. El gobierno de la Nación habría sostenido al respecto un criterio idéntico al nuestro Sabemos, en efecto, que ello fué comentado en las esferas oficiales.

El señor Presidente de la República, doctor Irigoyen, habría manifestado, oportunamente, que entendía que no cabía, bajo ningún concepto la oficialización de una tentativa particular. A estar a la versión que recogemos, el Primer Magistrado sostuvo que cuando un militar hubiera de realizar una empresa como la proyectada, debía ser en un aparato de la Nación.

Influencias que no queremos citar por la consideración que nos merecieron en todo momento, decidieron, sin embargo, al doctor Irigoyen, a autorizar la organización del raid por un deber de gengentileza inexcusable.

Con todo, es al comerciante financiador a quien le toca evitar cualquiera probable contingencia entregando el aparato al valor y a la pericia que caracteriza a las autoridades del Ejército Argentino.



El avión "12 de Octubre" destinado al raid Buenos Aires-Sevilla, con el cual el teniente Claudio Mejia, piloto del mismo, acaba de realizar satisfactorios vuelos de ensayo.

AVENTURAS DE UN GRILLO

(POR EL DR. ERNESTO CANDÉZE)



Dib. de *P. Rojas*

(*Continuación*)

Dispon'ame a prestarle auxilio, cuando de repente le ví alabearse con fuerza apoyándose tan sólo en las dos extremidades de su cuerpo; luego, aflojándose como un resorte, golpeo el suelo con el lomo, lo cual le hizo dar un salto asaz extraño y quedarse nuevamente en pie. Estos ejercicios llamaron en alto grado mi atención, pues jamás había visto saltar de aquel modo ni esperaba que el insecto pudiera levantarse como lo hizo.

Después de dar algunos pasos se me presentó delante un bombardero: a la sazón me era desconocido el nombre de este lindo coleóptero, pero lo supe más tarde. El bombardero es un elegante insecto de la forma de un cárabo, aunque mucho más pequeño, que tiene el cuerpo rojo y los élitros de un bonito color azul. El que yo estaba contemplando tenía una hormiga entre sus mandíbulas, a la cual sin duda acababa de dar muerte: al llegar junto a una piedra encontróse frente a un destacamento de hormigas que venían en dirección contraria y que al verle se detuvieron bruscamente. las hormigas eran diez. La situación del bombardero, tomado en fragante delito de asesinato, no era nada halagüeña que digamos. Apresuré el paso para ver el desenlace, de un encuentro que, según opinaba, había de ser fatal para el asesino; mas confieso que las cosas pasaron muy distintamente de lo que yo me imaginé.

Poco tiempo emplearon las hormigas en la contemplación de aquel que ya consideraban una presa: dada la señal por una de ellas, se desplegaron en círculo alrededor de su enemigo, luego atacáronle de frente; el bombardero, apoyado en sus patas traseras, descargó sobre la enemiga más cercana un chorro de humo azulado que salió de su cuerpo jadeante, y haciendo pirueta tras pirueta rompió el fuego sobre todos sus adversarios. Aterrorizadas las hormigas ante tan extraordinario sistema de defensa, huyeron a toda prisa, dejando libre el campo al bombardero.

—¡Bravo! exclamé maravillado de tan alta hazaña: ¡bravo, amigo mío! Os felicito de veras por vuestra destreza y por tener a vuestro servicio un arma sin igual.

—Sólo despido humo, contestóme el bombardero, pero ya véis que esto es suficiente.

¡Vaya si es suficiente! Me gustaría ver el arma de que os valéis para defenderos.

—Imposible. Está en el interior de mi cuerpo, y consiste en una bolsa repleta de un líquido muy ligero que al contacto con el aire se trasforma en vapor.

—Sin duda que dicho vapor es bastante cáustico y pestilencial, ya que a las hormigas les faltaban piernas para correr.

—Vás a juzgarlo prácticamente, profirió el bombardero.

Y esto dicho, el traidor dió media vuelta y envióme en pleno rostro una descarga a boca de jarro, descarga que me dejó medio asfixiado. Aquel vapor tenía un olor ácido y desagradable.

Al recobrar mis sentidos ví al farsante y mal criado que se alejaba riendo del chasco que me había dado.

—¡Insolente! grité con todas mis fuerzas; no puedes negar que por tus venas corre sangre de cárabo. ¡Te aseguro que algún día nos veremos las caras, canalla! ¡Maldito seas tú y todos los de tu especie!

Lancé una mirada en torno mío para ver si había tenido testigos el insulto de que acababa de ser víctima, lo cual me mortificara aún más, pero por dicha no asomaba por allí alma viviente. Las hormigas fugitivas estaban muy lejos, de lo que me alegré.

* * *

Hab'ame separado un poco del hormiguero, y como el día empezaba a declinar, pensé en desandar lo andado para que no me tomara la noche en mitad del camino. Gracias al aislamiento en que estaban los árboles que servían de refugio a las hormigas, veíalos perfectamente bien; así pues, no había miedo de que me extraviara

En las inmediaciones del hormiguero divisé, encaramados sobre matas no muy altas, lindos coleópteros de formas rechonchas; sus élitros, color amarillo claro, estaban manchados de negro. Si he de ser franco diré que la presencia de tales insectos en aquellos sitios me sorprendió, y no pude meno de decirles:

—Grande es vuestro atrevimiento, amigos. ¿Por ventura ignoráis que estáis al lado de un hormiguero? Me parece que peligra vuestra existencia.

—Nada tenemos que temer por parte de las hormigas, me dijo uno de ellos, pues nos conocen de larga fecha y estamos en muy buena armon'a. Hasta os diré que la mayor parte del tiempo vivimos con tales insectos. En estado de larvas habitamos su ciudad.

—¡Ah! siendo así, nada he dicho: yo ignoraba todo esto.

—Nosotros les prestamos algunos servicios, añadió mi interlocutor. Siempre han vivido en buena inteligencia los clitros y las homigas.

Despedíme de los clitros asegurándoles que sólo el interés que me inspiraban me impelió a advertirles el peligro a que les creía expuestos, pero ya que, según ellos, dicho peligro no existía, suplicáıales me dispensaran.

Al oscurecer me metí en el hormiguero, satisfecho de cuanto había visto y aprendido durante mi paseo, si se exceptúa la mala jugada que me hizo el bombardero.

Gracias a las indicaciones de las hormigas que circulaban por las calles de la ciudad, sin mucho trabajo pude encontrar la celda donde dormí la primera noche, y después de tapiar bien la entrada me tendí cuan largo soy y entreguéme en brazos de Morfeo.

CAPITULO XVIII

Los hu'spedes de las hormigas

Aquella noche dormí más tranquilo que la anterior, pues que no turbó mi sueño ningún ruido ni accidente desagradable. Si alguien rondó, confieso que no le oí. Como la víspera, Meg vino a despertarme y me trajo el almuerzo, es decir, un buen terrón de azúcar. Preguntela donde se había metido el día anterior, y me contestó que figuraba en el número de los oyentes de mi concierto, habiendo presenciado por lo tanto el triunfo que alcancé, lo cual la complacía en extremo; también me dijo que hab'a sido objeto de no pocas felicitaciones por parte de sus compañeras, ya que a ella se debía el que yo habitase entre las hormigas.

He de advertiros, sin embargo, que os habé's creado algunas enemigas. Parece que anoche presenciásteis una batalla habida entre un bombardero y diez de las nuestras, batalla que terminó con la derrota de éstas, y que en vez de ayudarlas acogísteis con un bravo al vencedor. Es cierto lo que os digo?

—En parte sí, contesté, pero protesto contra la interpretación que se quiere dar a una exclamación que irreflexiblemente proferí, y que en todo caso más bien se aplicaba a su maravilloso sistema de defensa que a aplaudir la victoria por él alcanzada. ¿Conoc'is a los bombarderos?

—Perfetamente bien. Las v'ctimas de ayer son unas jóvenes inexpertas que no sabían con quien tenían que habérselas. Con todo, os amonesto para que en lo sucesivo os mostréis más prudente. Las hormigas son susceptibles, y en particular las jóvenes, y sin pensarlo podríais encontraros metido en un berengenal.

En aquel momento acudió a mi mente esta frase de la araña: "¡Cuidad de no irritarlas!" y comprendí su exactitud.

Dí a Meg palabra de honor de que en lo sucesivo emplearía la mayor circunspeción en mis relaciones con sus conciudadanas, lo cual mereció su aplauso.

Terminado el almuerzo, salimos de mi habitación para continuar la visita de la píspera, pues de la ciudad de las hormigas, según se recordará, sólo había visto los cuarteles superiores, reservados a los huevos, a las larvas y a las ninfas. En esta ocasión me fijé más en los detalles arquitectónicos.

Ya he dicho que mi habitación estaba situada en los cuarteles bajos de la población, es decir, al nivel del gran departamento directamente apoyado sobre el enorme tronco de haya que constituía el suelo. Noté que en su conjunto el hormiguero hallábase establecido, parte debajo y parte sobre el nivel del terreno.

Las calles, las viviendas y los almacenes de la sección hab'an sido abiertos entre la mezcla de tierra y de humo acumulados en el transcurso del tiempo sobre la



base. En cuanto a la parte superior, era por completo obra de los habitantes, quienes la habían edificado con leña menuda entrelazada de tal suerte que formase corredores, salas, cuartos y celdillas, todo ello no solamente muy sólido sino también a prueba de agua o poco menos.

—Nuestra ciudad, me digo Meg, es muy antigua; su fundación se pierde en la noche de los tiempos. Mudas están suestras tradiciones tocantes a la época, siquiera aproximada, en que se verificó dicha fundación.

—¿Acaso su historia, pregunté, nada ofrece de notable? ¿Ningún suceso ha interrumpido alguna vez la pacífica existencia de sus moradores?

¡Oh, sí! me respondió la hormiga. En ella ha habido revoluciones frecuentes, motines y hasta golpes de Estado; las calles han se visto teñidas de sangre de sus moradores. Tampoco han faltado degüellos, asesinatos alevosos y todo género de atentados. Hemos estado en guerra con la vecina república: muchas veces han sido invadidos nuestros dominios, y en ocasiones alcanzamos la paz a costa de grandes sacrificios. No todo son flores en la existencia de las hormigas, no. Cierto día (esto aconteció mucho antes de que yo naciera, pero el suceso me ha sido contado por algunas ancianas, a quienes se lo contaron sus antecesoras), cierto d'a, una espantosa catástrofe puso nuestra ciudad a dos pasos del abismo. Acababa de amanecer, y la mayor parte de las hormigas estaban ocupadas, según costumbre, en el transporte al piso superior de las ninfas, las larvas y los huevos; de repente un fuerte golpe conmovió la ciudad toda: aún duraba el estupor causado por la primera sacudida, cuando otra más fuerte evidenció a los despavoridos habitantes que era inminente un cataclismo. El efecto, casi en el acto derrumbáronse en parte los cuarteles superiores, no quedando de ellos más que un montón de escombros. Pronto nadie se llamó a engaño tocante a tan extraño acontecimiento: nuestras antepasadas tenían que habérselas con el enemigo más terrible de las hormigas; habían sido atacadas por un hombre.

¡Por un hombre! ¿Y con qué objeto?

Para apoderarse de las ninfas.

¿Y de qué podían servirle?

-Quer'alas para darlas a los pájaros. Supongo que no ignoraréis que diversas aves, en particular los faisanes jóvenes, los ruiseñores, etc., son muy aficionados a nuestras ninfas, y que los hombres, que mantienen en cauteverio dichas aves, nos persiguen para que las sirvamos de pasto. Volviendo, pues, a nuestra catástrofe, habéis de saber que se pasaron varios años antes de que las cosas de la ciudad volviesen a su ser y estado primitivos.

—Esos monstruos que llaman hombres no guardan la menor consideración a los insectos...



aunque, a decir verdad, con el rasero que nos miden les medimos a ellos.

—Apellídanse y se creen de veras los reyes de la creación.

—Como nadie puede contradecirles...

—Preciso es confesar, añadió Meg, que son más fuertes, y, no lo dudéis, tienen más inteligencia que nosotros. Nuestro poder está en el número. He oído decir que en ciertos pa'ses, gracias a esta circunstancia, el hombre ha tenido que cedernos el puesto.

—En lo que nos concierne, objeté, no tengo noticia de que hombre alguno haya tenido que ceder el puesto a los grillos, pero se me ha asegurado que muchas veces le dan que hacer, y no poco, nuestros primos los criquetos.

¿Y esto es cierto?

—Como lo oís. A veces se presentan en número tal que velan la atmósfera; devostan cuanto tocan, dejando tras sí la desolación y la miseria. En este caso no sólo sufre el hombre, sino que también padecen muchos otros seres.

Platicando de esta suerte habíamos recorrido varios sitios del hormiguero, nuevos para mí, y que Meg se proponía mostrarme detenidamente.

* * *

-Voy a enseñaros nuestros huéspedes, dijo mi compañera, y entonces os convenceréis de que no hay el menor fundamento para tachársenos de inhospitalarias. He aquí una larva de cetonia; en nuestra ciudad viven unas veinte.

Acostada en una vasta cavidad ví la blanca y velluda larva que ya había divisado la víspera.

Meg me aseguró que de tiempo inmemorial las larvas de la cetonia vivian en compañía de las hormigas.

—¿Conocéis las cetonias, amable grillo?

—Sí por cierto. Son unos lindos coleópteros verdes y brillantes, muy aficionados a las flores. Lo que no sabía es que esas larvas viviesen en buena armonía con las hormigas.

—Una de sus especies, así como sus ninfas, pasan toda su vida (dos o tres años) entre nosotras.

—¿Y os son de alguna utilidad?

—No sé que sirvan para nada.

—Siendo así me sorprende que las déis albergue.

(*Continuará*)

Elegido de los dioses, Jorge Raúl Rodriguez ha muerto en la plenitud de su vida



Diputado nacional, doctor Jorge Raúl Rodriguez.

La muerte de Jorge Raúl Rodríguez ha sobrecogido de pena el sentimiento nacional.

Desaparece con el joven y distinguido parlamentario una figura de recios caracteres personales, de alta dote intelectual, de cultura sólida, y exquisita. Para quienes hayan seguido de cerca las sinuosidades políticas de los últimos tiempos, Jorge Raúl Rodríguez era una noble demostración de desinterés y de talento: se le veía brillar en medio de la aguerrida lucha proselitista, en la tribuna del Congreso y desde los altos cargos directivos del partido, con esa vislumbre elocuente de los amaneceres. Porque esa fué, en verdad, la impresión que dejó en el ánimo del país al extinguirse entre el cariño de sus amigos y la simpatía y admiración del pueblo.

Jorge Raúl Rodríguez fué un resplandor inmenso de claridad de espíritu: un alba de contornos magistrales que seguramente pudo llegar a ser un mediodía intenso, pródigo de luz vivificante. Un golpe anónimo y traicionero lo rasgó del cuajo, y su fronda densa de frutos cayó esparciendo aún el perfume, como el tronco que generosamente humedece el filo del hacha enemiga. No por esperado, su fallecimiento dejó de herir con la aguda sensación de la sorpresa ingrata. Y es que el alma del hombre se resiste a las injusticias de los elementos eternos. No había consuelo, ni perdón, para esta muerte con la cual se va un ciudadano que honraba al país y a su partido con la expresión de su inteligencia y el temple dinámico de su temperamento político. Mucho había que esperar aún de Jorge Raúl Rodríguez. Tuvo tiempo apenas para iniciar su obra, tan vasta que inconclusa aún es, desde luego, perdurable. ¡Cuánto le restaba por cumplir en su vida! El empeño que le permitió engrandecerse y elevarse por sí mismo, escalando las más altas posiciones públicas con dignidad y sacrificio, desde el obscuro anonimato de su humildad, eran una garantía indudable del porvenir que le reservaba el destino.

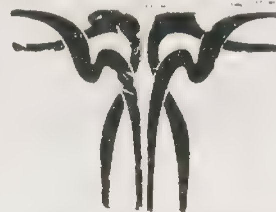


El presidente de la República, doctor Irigoyen formando parte del acompañamiento.

Elegido de los dioses, Jorge Raúl Rodríguez desaparece en plena juventud y en plena actividad. Hay que llorarlo, pues, por el dolor de saber que perdemos a un hombre de cualidades superiores, que deja una formidable obra pública, de proporciones todavía más imponentes en la perspectiva de futuro que la muerte clausuró de golpe.



El cortejo fúnebre saliendo del palacio del Congreso, donde fueron velados los restos del extinto.



Actualidades cinematograficas



Ramón Novarro en "Juventud de principe", ("Viejo Heidelberg") producción extraordinaria de Ernest Lubitsch que la Metro Goldwyn Mayer estrenará esta semana.



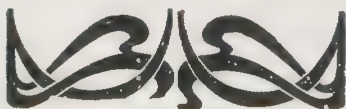
Jacqueline Logan y Arthur Rankin, en "Barcos de la noche", película que la New York Film exhibe desde el jueves último.



Bárbara Kent, compañera de Gleen Tryón en la cinta cómica Jewel "Soledad", que la Universal exhibe desde la semana anterior.



Earle Foxe y Víctor Mc. Laglen en "El pirata del río", cinta super extra que la Fox Film estrenará pasado mañana.





Ramón Novarro y Norma Shearer en "Juventud de príncipe", escenización de una célebre obra teatral alemana, que nuestro público verá con agrado en la pantalla.



Dolores del Río y Leroy Masón en "La indomable", producción extraordinaria que Artistas Unidos comienza a exhibir.



"El pibe del Circo Argentino", argumento de asunto social de la Anselmi Film. Víctor Domínguez y Paco García en una escena de dicha película





Señor Intendente:

VISITE USTED LOS BARRIOS DEL SUD. — MAS SOBRE LOS TERRENOS DE LA DIAGONAL. — LA LOCALIZACION DE ESPECTACULOS INSANOS.



LA CLAUSURA DEL KIOSKO DE BAURET Y DACHARRY

Para el transeúnte cotidiano de la Diagonal Roque Sáenz Peña, habrá sido motivo de explicable satisfacción hallar cerrado herméticamente el kiosko de los señores Bauret y Dacharry.

"Estos, Fabio, ay dolor, que ves agora — campos de soledad, mustio collado — fueron un tiempo Itálica famosa". Vale la pena recordar, con buen humor, los versos del clásico. La otrora pródiga barraca de ferias y mercaderes, donde la policromía fantástica de los cacatúas y de los loros uníase al amarillo claro de las naranjas paraguayas y el ubérrimo verde de la uva moscatel, presenta desde hace algunos días el aspecto de los locales definitivamente abandonados. Las vidrieras vacías, los caminos desnudos, los canteros limpios, los árboles podados.

En verdad, nada pierde con ello la grande artería céntrica de Buenos Aires. Si el lugar contrasta con los admirables jardines colindantes de la casa Costantini, resulta, por ejemplo, más hermoso que el aspecto de los terrenos municipales que lo enfrentan. Aquí se explota todavía la generosidad de la Comuna, violándose, descaradamente, los términos de la concesión y explotándose los recursos gratuitos que le proporciona la misma Comuna. ¿Para qué insistir en esto? El público tiene noticias por FRAY MOCHO de lo que acontece con respecto al usufructo de dichos terrenos por parte de las personas a quienes les fueron cedidos para exposición de plantas y flores y embellecimiento consiguiente de la Diagonal Roque Sáenz Peña.

Pero el público no ignora que, por intermedio de FRAY MOCHO, así como se hizo amplia justicia en el caso de los señores Bauret y Dacharry, también se pondrá en línea a los restantes concesionarios que se consideran con suficiente "influencia de comité" como para alzarse contra las autoridades municipales y los intereses superiores de la población.

El éxito de la prédica de FRAY MOCHO tendrá, pues, otras repercusiones tan saludables como la que evidencia el kiosko referido, herméticamente cerrado y — si no rodeado de jardines, como lo deseó en principio la Intendencia — limpio, al menos, de los desperdicios y de los mostradores de feria franca con que lo habían cercado sus aprovechados poseedores.



El kiosko de Bauret y Dacharry, recientemente clausurado por la Municipalidad, con cuya acertada medida se ha hecho un señalado servicio a la estética edilicia y a la higiene pública.

SE SIGUE VIOLANDO LA ORDENANZA SOBRE VENTA DE FLORES

Repetimos el subtítulo: se sigue violando la ordenanza sobre ventas de flores. A pocos pasos no más de importantes casas del ramo, los floristas ambulantes, que pagan un derecho ridículo en comparación a las cargas que agobian a estas y que contribuyen a encarecer un artículo de adorno, pero no de lujo, han establecido su estación diaria sin que nadie los moleste.

Ni las autoridades municipales, ni las policiales — en cuyas manos debía librarse la vigilancia en lo que respecta al cumplimiento de ordenanzas como las que comentamos — parecen haberse percatado de la infracción que, ostensiblemente, adquiere caracteres crónicos.

Llamamos nuevamente la atención sobre el caso. Se trata no sólo de mantener la fuerza, de vigencia de una ordenanza, sino, además de protejer la garantía de un comercio que se vé seriamente lesionado en sus intereses como consecuencia de la desidia de los encargados de velar por las disposiciones superiores.

Por otra parte, se nos advierte que el establecimiento de los floristas molesta a diveros negocios. En efecto, a las puertas de las grandes tiendas y joyerías de la ciudad es visible el espectáculo, poro grato, de los riegos que hacen los floristas para conservar la frescura de sus artículos. Esto humedece constantemente las aceras y, con el tránsito de los peatones, suele formar verdaderos charcos de barro que, desde luego, no son los propios floristas quienes limpian.

Se impone, pues, por muchas razones, la aplicación estricta y severa de aquella ordenanza que seguramente ha sido creada a los fines indicados y no para conservarse en los archivos del Concejo Deliberante.

VISITE, SEÑOR INTENDENTE LOS BARRIOS DEL SUD

La población de los barrios del Sud espera tener mejor suerte bajo la Intendencia del señor Cantilo.

Se justifica el optimismo. En su anterior administración Comunal el señor Cantilo hizo frecuentes incursiones a los barrios del Sud, incursiones que se tradujeron en fructíferas mejoras de todo orden, y que aún se recuerdan como una saludable práctica que sus sucesores en el gobierno municipal echaron a menos. Para estos — y para muchos señores concejales que, sin embargo, se deben a las exigencias de sus respectivas parroquias, Buenos Aires tenía y tiene sus límites en el perímetro céntrico.

Ignoraron absolutamente a los grandes núcleos urbanos del Sud, que si progresan es sólo merced al esfuerzo propio.

Visite, usted, señor Intendente Cantilo, los barrios del Sud. Constate directamente lo que le decimos. Sabemos de su entera dedicación a los intereses colectivos, de su espíritu de bien público, de sus actividades en favor del progreso de Buenos Aires. Por eso nos permitimos invitarlo a efectuar esa gira.

INSISTIMOS EN NUESTRA PREDICA POR EL SANEAMIENTO DE LOS ESPECTACULOS DE CABARET

Otro suceso sangriento tuvo lugar en un cabaret céntrico. Hay que agregarlo a los anteriores, y recordar cuanto hemos dicho acerca de la necesidad impostergable de que las autoridades correspondientes se hagan cargo del caso. El vecindario y las salas de espectáculos sanos se ven perjudicados seriamente por la ubicación céntrica de los cabarets y de los teatros que explotan el género libre. Tanto es así que, según podemos afirmar a raíz de una encuesta que estamos haciendo al respecto entre los empresarios, estos serían los primeros en cooperar con la Municipalidad en la obra que se impone de localizar en un radio apartado los locales dedicados a aquellos espectáculos. En tal sentido se espera que las autoridades de la Comuna tomen la iniciativa que por momentos, se torna más imprescindible.

El robo de los lingotes de oro

Por Nelson Cóleman

[illegible] práctica, el gerente de la "Aseguradora Universal" — la Compañía Minera de Africa del Sur aseguró en nuestras oficinas una partida de oro en barras, consignada a los grandes establecimientos de joyería de Minton y Borwell. El oro fué traído a bordo del "Labady", y a su tiempo descargado en Bellhaven, donde se hicieron cargo de él los agentes de los joyeros. La caja que contenía las barras fué cargada en el tren, para ser conducida a Anchester, que es donde Minton y Borwell tienen sus talleres. Pero el tren no va directamente a Anchester, siendo preciso hacer trasbordo en Carbridge, una pequeña estación situada en la desembocadura del río Crouch. Aquí la caja fué sacada del tren y el jefe de la estación la guardó bajo llave en su escritorio hasta que llegara el convoy que había de conducirla a su destino definitivo. El jefe de estación anduvo de un lado para otro, entregado a las obligaciones de su cargo, y cuando llegó el tren de Anchester sacó la caja e hizo entrega de ella al jefe del mismo, quien, a su vez, la puso en manos de un empleado de los talleres cuando llegó a su destino. Al abrirla se encontraron que, en lugar de oro, contenía plomo.

—Me imagino — le interrumpió Nelson Cóleman — que no sería la caja originaria.

—No — contestó el interlocutor; pero la imitación era perfecta. La etiqueta y las marcas eran correctas y hasta los sellos de lacre. Evidentemente, el cambio fué hecho mientras la caja estaba en la oficina del jefe de la estación de Carbridge, pues aunque la puerta estuvo cerrada con llave, hay una ventana que fácilmente puede abrirse desde afuera.

—¿Cuándo ocurrió el hecho?

—Anteayer; nosotros lo supimos esta mañana.

—Me parece — dijo el detective — que no se trata de un robo improvisado. La caja con que substituyeron la que contenía el oro fué preparada con mucha anticipación por alguien que conocía con exactitud hasta los menores detalles del asunto. Bien; no tengo inconveniente en hacerme cargo del caso, aunque sé que el inspector Badges ha hecho ya algunas diligencias. ¿Quiére usted darme una carta de presentación para la compañía naviera y otra para los consignatarios del oro?

El gerente de la "Aseguradora Universal" escribió las cartas pedidas y se despidió del detective.

—¿Por dónde piensa usted empezar sus investigaciones? — le preguntó desde la puerta.

—Por Bellhaven; mañana mismo, temprano, estaré allí y trataré de investigar en la aduana si efectivamente llegaron las barras de oro. Quiero atar bien todos los cabos. Es mi sistema.

* * *

En la aduana de Bellhaven fué recibido al día siguiente Nelson Cóleman, a quien acompañaba el fiel sargento Smith.

—Comprendo lo que usted desea — le dijo. — Quiere saber con certeza si las barras de oro estaban todavía en la caja cuando ésta salió de aquí. Creo que no será difícil satisfacer su deseo. Cuando una mercadería de este género viene consignada al Banco de Inglaterra o a la Casa de Moneda las cajas pasan por la aduana sin ser abiertas. Pero cuando se trata de consignaciones particulares debemos verificar su contenido. Jeffsson — continuó dirigiéndose a un subordinado suyo, — ¿quiere mostrar a estos señores el informe referente al oro desembarcado del "Labady"?

—¿Podríamos — preguntó Cóleman — hablar con el empleado que abrió la caja?

—No hay inconveniente ninguno.

Los dos detectives siguieron al empleado hasta una de las oficinas de la aduana, donde pusieron a su disposición el informe que buscaban. Los datos indicados por éste eran los siguientes: La caja tenía 13 pulgadas de longitud, 12 de anchura y 9 de profundidad, con un peso bruto de 117 libras con [illegible] onzas, y contenía cuatro barras cuyo peso neto era de 113 libras y 2 onzas.

Una vez efectuada esta diligencia siguieron a míster Jeffson a través de un dédalo de cajas, barricas y mercaderías de todas clases, hasta que encontraron al empleado que buscaban. Después de hecha la presentación, Jeffson se retiró discretamente.

—¿Pesaron las barras separadamente [illegible] — [illegible] Por [illegible] contestó el empleado. — Así lo exige el reglamento.

—¿Todas juntas o cada una de por sí?

—Todas juntas.

—¿Qué aspecto tenían las barras?

—No ofrecían nada de particular.

—¿Tenía mucho relleno la caja?

—Muy poco; las barras estaban envueltas en arpillera gruesa. La madera de la caja tenía como pulgada y media de espesor y venía sujeta con abrazaderas de hierro.

—¿Selló usted la caja después de cerrarla?

—Sí, señor; así fué entregada al representante de los consignatarios.

Cóleman guardó en el bolsillo el cuaderno donde había anotado las respuestas, y, seguido de Smith, salió del edificio de la aduana.

—Me alegro haber venido aquí antes que a ninguna otra parte. Como usted ve, Smith, hemos obtenido importantes datos.

Smith, miró con ojos asombrados a su compañero, pero nada dijo. Realmente él no acertaba a comprender la importancia de los informes que acababan de obtener.

En la agencia de la compañía de navegación fueron recibidos de manera que hacía bien poco honor a la civilidad del gerente de la casa. Este, que fué quien les atendió, mirándolos de arriba abajo con una mirada hostil y les dijo con entonación bastante brusca:

—Si ustedes están haciendo investigaciones acerca del robo de las barras de oro, donde deben buscarlas no es aquí seguramente. ¿No sería mejor que investigaran en Carbridge, que es donde se cometió el robo?

Cóleman no tenía por costumbre perder la paciencia por tan poca cosa; así fué que le contestó



con la mejor de sus sonrisas:

—Tiene usted muchísima razón; pero desearía hacer algunas averiguaciones p r e l i m i n a r e s. ¿Tendría usted inconveniente en mostrarme el conocimiento de embarque de esa mercadería?

El ogro lanzó algunos gruñidos, se dirigió a un casillero y extrajo el documento pedido, que entregó al detective. Este lo examinó detenidamente, tomó algunas notas en su cuaderno y lo devolvió.

—Supongo dijo al entregar el documento — que tendrán aquí una buena copia del manifiesto del buque.

—Sí — contestó el gerente; pero en el manifiesto no existe más que una copia exacta del papel que usted acaba de ver.

—¿Tendría inconveniente en mostrármelo?

El hombre aquel dirigió una furiosa mirada al detective; pero la sonrisa plácida de éste lo desarmó. Sin decir palabra se dirigió a una habitación inmediata volviendo poco después, con un voluminoso mamotreto, que puso sobre la mesa.

—Aquí está el manifiesto del barco — dijo. — La entrada referente a la mercadería robada es una copia exacta de lo que usted acaba de leer. El resto del documento se refiere a la demás carga, con respecto a la cual no creo tenga usted gran interés.

El hombre se equivocaba de medio a medio en su apreciación, porque el detective, después de haber comprobado la anotación referente al oro, comenzó a recorrer de una manera rápida y sistemática todas las entradas del mismo. Esta actitud puso fuera de sí al empleado.

—Si usted piensa leerse de cabo a rabo el manifiesto — exclamó con tono alterado, — le ruego que me disculpe. El arte es largo, pero la vida es breve — agregó con una agria sonrisa.

Cóleman, sin darse por aludido, continuó su trabajo.

—Pero, señor mío — exclamó el gerente, — ¿querrá usted decirme qué interés puede tener para su investigación ese fardo de pieles de búfalo que acaba de anotar? ¿No se da cuenta también que la mayor parte de esa mercaderías se encuentran todavía sin desembalar?

—Indudablemente — contestó Cóleman con toda su fuerza; — y esa es una de las razones que me han movido a anotarlas, lo mismo que estas otras. — Y señaló con el dedo algunas otras partidas.

El gerente siguió el dedo indicador y, cuando vió que éste se detenía en una bolsa de goma en pal, una caja que contenía muestras de cuarzo y un cajón con velas de sebo, empezó a pasear por el escritorio jurando como un loco mal criado.

Pero Cóleman no se dejó conmover por aquellas manifestaciones. Con calmosa deliberación copió cada una de aquellas entradas, anotando cuidadosamente todas las particularidades.

Por último el detective cerró su cuaderno y el gerente dió un profundo suspiro de satisfacción.

—¿No hay nada más que hacer, señor? — preguntó dando a sus palabras una entonación marcadamente sarcástica. — ¿No querrá, acaso, examinar también el barco?

—Por el momento no precisa subir a bordo — contestó el detective; — pero, ¿sería abusar de su bondad si le pidiera una tarjeta para poder hacerlo?

El hombre estuvo a punto de dar un estallido, pero la calma del detective lo desarmó y, acompañando su acción de estruendosos gruñidos, escribió la tarjeta que se le pedía.

—Bien — dijo Smith a su compañero cuando salieron de la agencia de navegación; — usted ha sacado una porción de informaciones curiosas, pero que el diablo me lleve si comprendo en qué puedan serle útiles.

Nelson Cóleman le dirigió una mirada de intenso reproche.

—Smith — exclamó — usted me asombra. Pero, ¿es posible que no haya comprendido todavía para qué pueden sernos útiles los informes que acabo de tomar? Tome mi cuaderno de notas y seguramente cambiará de opinión en cuanto pase la vista por ellas.

—Es inútil — dijo. — No puedo ver el menor rayo de luz.

Nelson Cóleman sonrió benévolamente. El viejo Smith era todavía una criatura de pecho en el arte que constituía su especialidad.

—No importa — dijo. — Ya comprenderá después. Ahora nos apearemos en la estación de Carbridge, a la que estamos llegando. Mire, en la plataforma veo a un antiguo conocido nuestro.

Smith sacó la cabeza por la ventanilla y vió la silueta seca y desgarbada del inspector Badger, persona por quien no sentía las mayores simpatías.

—Pues bien podíamos pasarnos sin él — gruñó malhumorado.

—Sin duda alguna manifestó Cóleman; — pero creo que en esta ocasión su presencia aquí nos va a servir de algo. ¿Cómo le va, inspector? — continuó dirigiéndose a Badger, quien, al ver a los dos detectives bajar del tren, se había dirigido, aunque con visibles muestras de contrariedad, a su encuentro.

—Lo esperaba por aquí — dijo el inspector. — Sé que la "Aseguradora Universal" ha interesado a usted en el esclarecimiento del robo de las barras de oro. Pero éste no es el tren de Londres...

—No; venimos de Bellhaven, adonde fuimos para tener la seguridad de que las barras habían salido de la aduana.

—Lo veo completamente desorientado, amigo Cóleman — dijo el inspector con aire de superioridad. — El robo se ha cometido aquí, en la oficina del jefe de estación. Los ladrones penetraron por la ventana y substituyeron la caja que contenía las barras de oro con otra que sólo tenía plomo. Aquella misma noche varias personas vieron a dos hombres de aspecto sospechoso que se dirigían hacia el río, llevando un pesado paquete que tenía aproximadamente las dimensiones de la caja que buscamos. Pero la pista termina aquí. El oro parece haberse desvanecido en el aire. Sin embargo, como estoy seguro de que todavía se encuentra en los alrededores he ordenado a mi gente que no pierda de vista la media docena de barcas y gabarras que están ancladas en el río. En el momento en que noten algo sospechoso las registrarán.

Mientras el inspector hablaba, el grupo compuesto por los tres hombres había caminado en dirección al pueblo, que se encontraba al lado opuesto del río. Al llegar a la mitad del puente que unía ambas orillas, Cóleman se detuvo y dirigió una mirada al río y a la abierta llanura pantanosa que se extendía a ambas orillas del mismo.

—He aquí el lugar ideal para un robo de este género. Un río por donde penetran ampliamente las mareas y con una verdadera red de esteros, en los que fácilmente puede ocultarse un barquichuelo, que, en un momento dado, sale a alta mar sin despertar la menor sospecha. ¿Tiene conocimiento de alguna embarcación extraña a estos parajes y que actualmente se encuentre en ellos?

—Sí — contestó el inspector. — Allí hay una lancha procedente de Peigh. Ayer hicimos un registro en ella sin resultado.

—¿Y qué le parece de aquella barcaza?

—Esa pertenece a la localidad. El patrón es una persona de inmejorables antecedentes. El y su hijo son los únicos tripulantes de la barcaza y no existe ningún indicio que nos permita sospechar de ellos. Allí van en aquel bote. Probablemente querrán hacerse a la mar aprovechando la marea. Pero parece que se dirigen hacia la lancha.

Mientras hablaba, el inspector

EL ANIVERSARIO

Para celebrar el aniversario de su boda, Godolfin, después de pensarlo mucho, decidió llevar a su mujer al cine. Regalándole una joya de fantasía o un par de medias de seda, Godolfin no sacaba otro placer que entregárselo a Fifina, y aquello era una satisfacción bien platónica para lo que iba a costar, mientras que yendo al cine disfrutaba tanto como su mujer, y resultaba mucho más barato.

Feliz con su idea subió a su casa, y abrazando a Fifina le dió la noticia.

—¿Al cine? ¡Qué alegría! Pero... ¿y el niño? — dijo Fifina. El niño era una criatura que hacía dos meses había venido a alegrar el hogar de los Godolfin.

—Podríamos dejarlo con alguna vecina — propuso el marido.

—¡Nunca!

—Pues lo llevaremos con nosotros al cine.

—Eso es mejor.

Fifina le daría el pecho antes de salir de casa, y el pequeño pasaría seguramente la noche en un sueño, mientras los padres veían las películas.

En el cine todo marchó bien durante el primer film; pero a poco de comenzar la segunda cinta, el pequeño empezó a dar señales de inquietud, y acabó por lanzar unos chillidos agudos, que ahogaban las notas del piano del cine.

—¿No se estarán pinchando con algún alfiler? — indicó Godolfin.

No; no era eso. El pequeño seguía gritando con más fuerza, y el público empezaba a dar muestras de impaciencia.

—Los niños pequeños deben dejarse en casa — dijo una voz.

Y siguieron otras observaciones parecidas, hasta que un acomodador se acercó a la pareja:

—Si el niño no se calla, tendrán ustedes que marcharse. En la taquilla les devolvieran el dinero de las localidades, pero aquí no se puede molestar al público.

El pequeño calló de pronto. ¿Era la voz del acomodador? El caso es que ya no gritaba. Fifina, Godolfin y el resto del público pudieron seguir tranquilamente las graciosísimas incidencias de la acción cómica que se desarrollaba en la pantalla.

A mitad de la segunda parte el niño seguía durmiendo. Eran las doce, y la última película, muy dramática, le aburría sobremanera. Miró a Fifina, y vió que tampoco le interesaba mucho.

Entonces se le ocurrió una idea. Se acercó a su mujer y le dijo muy quedo al oído:

—Esto es muy aburrido, Fifina. Dale un buen pellizco al niño para que grite, y así nos vamos y nos devuelven el dinero.

WHIP

había sacado un par de gemelos de larga vista y con ellos observó los movimientos del bote. Dos viejos pescadores que en aquel momento cruzaban el puente, se detuvieron para mirar en la misma dirección. El bote llegó adonde estaba anclada la lancha. Dos hombres salieron entonces de la pequeña cabina de ésta y saltaron al bote, el cual, movido por vigorosos remeros, se dirigió hacia el sitio donde se encontraba la barcaza.

Parece que los tipos de la lancha se han conchabado con el viejo Bill Somers — exclamó uno de los pescadores, al observar la maniobra. — Hacen bien; porque con ese cascarón de nuez medio apolillado les había de ser bastante difícil ganarse la vida.

—¿Registraron bien la barcaza? — preguntó Cóleman al inspector.

—Minuciosamente. Nada sospechoso pudimos encontrar en ella.

¿Tiraron de la cuerda del ancla hasta sacar ésta a flote?

—No se me ocurrió ese detalle.

Los cuatro marineros habían llegado a la barcaza y tres de ellos tiraban con todas sus fuerzas de la cuerda que tenía sujeta el ancla, mientras el cuarto tendía con rapidez todo el velamen de la embarcación.

—El ancla parece que está muy pesada — observó uno de los pescadores.

—Se habrá enganchado al amarre de alguna boya antigua — contestó el otro.

—Fíjese en el ancla; inspector, —dijo Cóleman en voz baja. — Observe si hay algo sujeto a ella en cuanto suba a la superficie del agua.

El inspector lanzó media docena de juramentos muy impropios de la dignidad de su cargo. El ancla acababa de salir del agua, pero no salió sola. Unida a ella, por una cadena, había una caja de madera. En el momento en que esta tocó la cubierta la barcaza comenzó a moverse río abajo. El viento y la marea la impulsaban con rapidez.

Una vez que Badger se hubo desahogado con su pintoresca fraseología, volvióse a los pescadores, y exclamó con tono perentorio:

—Preciso un bote. Ahora mismo.

El más viejo de los pescadores le dirigió una mirada llena de cazurrería y contestó:

—Está bien; por nosotros no hay inconveniente ninguno...

—Vean — contestó Badger un poco más calmado. —Soy oficial de la policía y preciso dar caza a aquella barcaza. Pagaré espléndidamente.

—Bien — dijo el pescador. — Nosotros nos encargaremos del trabajo, y trataremos de alcanzarla, si es que la cosa es posible; pero lo dudo.

El pescador se alejó a buen paso, seguido de su compañero, en busca del bote, y el inspector sacó del bolsillo un pito que hizo sonar estrepitosamente, mientras agitaba los brazos como si estuviera poseído de un ataque de locura. Así llamaba la atención de los polizontes que tenía esparcidos por los alrededores, y que poco a poco fueron acudiendo. Mientras tanto, Cóleman contemplaba plácidamente, ayudado de su anteojo de larga vista, la barcaza que se alejaba.

—Y nosotros, ¿qué hacemos? — preguntó Smith, admirado de su inacción.

—¿Y qué vamos a hacer? interrogó a su vez Cóleman, en lugar de contestar directamente a la pregunta.

—Badger perseguirá a la barcaza, y yo estoy muy cansado para acompañarle. Además, tengo que hacer en Londres. Si usted tiene gusto en acompañarme...

En aquel momento volvía Badger seguido de dos agentes vestidos de particular; y simultáneamente atracaba al muelle próximo al puente una lancha tripulada por los dos pescadores.

El inspector dirigió a Cóleman una mirada inquisitiva.

—¿Vienen ustedes? — preguntó.

—El sargento Smith tendrá placer en acompañarle, pero yo pienso volver a Londres. Por otra parte, creo que sin mí la lancha irá suficientemente cargada.

Sin esperar más razones el inspector saltó a la lancha, seguido de Smith y de sus dos acólitos, y el barquichuelo se puso de inmediato en marcha. La embarcación que perseguían les llevaba por lo menos tres kilómetros de ventaja.

—¿Los alcanzaremos? — preguntó al cabo de un buen rato de persecución el inspector.

El más anciano de los pescadores movió la cabeza con ademán de duda.

—Lo creo muy difícil — contestó. — Dentro de un cuarto de hora estarán en pleno canal, y una vez allí...

El pescador hizo un gesto significativo.

Badger multiplicó sus juramentos, pero como la lancha no caminaba con palabras más o menos gruesas, el resultado fué que la profecía del viejo se cumplió al pie de la letra.

—Bien — anunció el pescador — la barca que perseguimos entró ya en las aguas libres del canal. A nosotros todavía nos falta un cuarto de hora para entrar en él. Además, la marea empieza a subir dentro de diez minutos, en lugar de avanzar, retrocederemos.

Badger se entregaba a todos los demonios, cuando vió venir en dirección opuesta a la de la lancha, un pequeño buque de vapor. El ojo práctico del pescador reconoció inmediatamente en él a uno de los vaporcitos del servicio aduanero.

Por orden de Badger se le hicieron señas y la embarcación se acercó. Minutos después el inspector era izado a la manera de un fardo a bordo del vapor y exponía el caso al oficial que lo mandaba. Esto se puso a su disposición para perseguir a los fugitivos. Inmediatamente el vaporcito se lanzaba hacia el canal.

La persecución no ofreció mayores incidentes y antes de media hora los cuatro tripulantes de la barcaza se encontraban maniatados a bordo del buque aduanero. El inspector Badger estuvo a punto de enfermar de alegría cuando tuvo ante su vista la misteriosa caja que contenía las barras de oro. Los sellos de la aduana de Bellhaven estaban intactos, lo que demostraba que los ladrones o no habían tenido tiempo de abrirla, o bien seguros de su presa no habían querido hacerlo.

El inspector desembarcó con su preciado tesoro en el pequeño muelle de Carbridge y, acompañado de Smith, quien, ante el triunfo de aquel hombre que le era tan antipático lamentaba la mala suerte que habían tenido los ladrones, tomó el primer tren para Londres.

Cuando Smith penetró en la oficina de su jefe, Nelson Cóleman, encontró a éste tranquilamente sentado delante de su mesa, repasando las notas que tomara aquella mañana durante su excursión a la aduana de Bellhaven.

—El asunto está concluído — dijo Smith al entrar. — La caja de las barras de oro obra en poder del inspector Badger. Nos ha ganado el tirón esta vez.

—Veremos — se limitó a decir Cóleman, sonriendo enigmáticamente.

Al día siguiente, a eso de las 11, Nelson Cóleman, acompañado de Smith, penetraba en la oficina del superintendente Miller, de Scotland Yard, donde se hallaba depositada la caja rescatada el día anterior. El inspector Badger se encontraba presente. Este se apresuró a saludar a Cóleman con la sonrisa del zorro.

—Ya me parecía a mí — dijo el superintendente — que Cóleman no se daría por satisfecho hasta no ver la cosa con sus propios ojos. Ha venido para ver la caja, ¿no? — prosiguió dirigiéndose al detective.

—Sí — contestó éste. — Es una mera formalidad; por supuesto, y si usted no tiene inconveniente...

—De ningún modo. Pase, señor Cóleman.

Y el superintendente abrió una puerta que conducía a un cuarto en el que se veía una mesa y sobre ella la famosa caja. Cóleman la examinó detenidamente, confrontándola con las notas de su cuaderno.

—¿La han abierto? — preguntó.

—¿Para qué? — dijo Miller. — Los sellos de la aduana están intactos.

—Sin embargo — dijo Cóleman — desearía verificar el contenido.

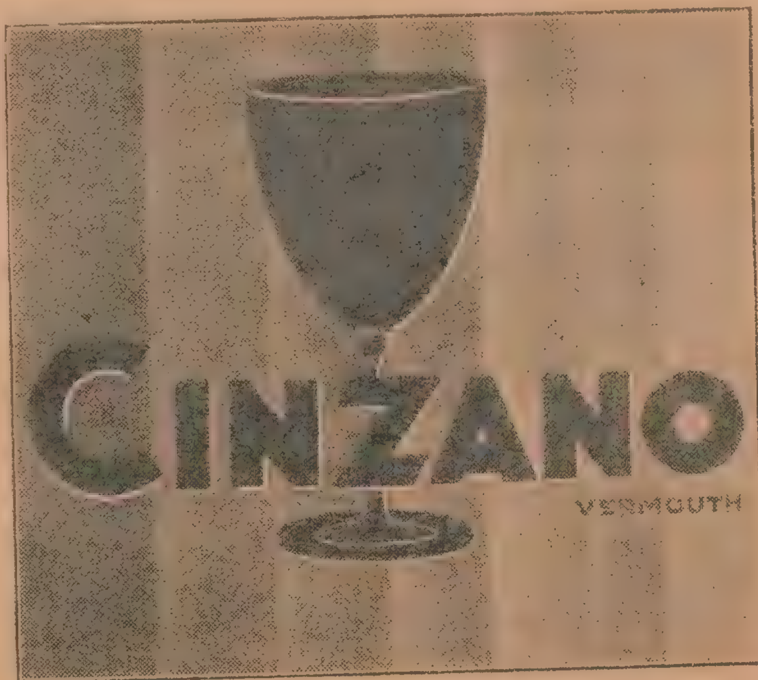
Badger le dirigió una mirada fulminante, pero el superintendente, que conocía bien a Cóleman, salió por un momento de la pieza regresando provisto de un martillo y un cortafrío.

En pocos minutos la caja estuvo abierta. Envueltas en arpillera, que a su vez fué preciso descoser, aparecieron dos barras de color amarillo pálido. No había lugar a dudas. El oro estaba allí.

—¿Está usted satisfecho ahora? — preguntó Badger con una sonrisa de triunfo. — O precisa ver las otras dos barras?

Cóleman examinó atentamente las dos barras, sacó del bolsillo una cinta de medir y tomó con gran cuidado las tres dimensiones de una de las barras.

¡Merece confianza esta ba-



lanza? — preguntó señalando una que se veía a un extremo de la ...

—Absoluta.

Sin decir palabra Cóleman colocó en la balanza una de las barras que había medido.

—¿Y bien?... — preguntó el superintendente.

—Veintinueve libras con tres ... — contestó Cóleman.

—¿Y eso qué quiere decir? — repitió el superintendente intrigado.

Cóleman le miró impasible un momento y luego, con la voz más natural del mundo, contestó:

—Plomo.

—¡Cómo! — exclamaron al unísono el superintendente y el inspector Badger acercándose a la balanza y mirando con ojos dilatados por el asombro la barra de metal.

El primero en reponerse fué Badger, quien dirigiéndose al detective dijo con voz alterada:

—Usted quiere, sin duda, burlarse de nosotros. No hay más que mirar la barra. ¿No ve que es oro?

—Lo que veo es que está dorada. — Se trata de un punto de física elemental. Esta barra tiene 72 pulgadas cúbicas de metal y pesa 19 libras con 3 onzas; por consiguiente es una barra de plomo. Por si aún tienen ustedes alguna duda, permítame que corte un pedacito.

Cóleman sacó un cortaplumas y, aplicándole a la barra, golpeó secamente sobre él con un martillo. La hoja de su acero atravesó fácilmente el metal blando separando un pedazo del mismo. El color blanco brillante, característico del plomo recién cortado disipó todas las dudas.

Rendido ante la evidencia, el superintendente dirigió una expresiva mirada a Badger, quien no pudo disimular la contrariedad que le producía aquel imprevisto resultado. Después de examinar detenidamente el pedazo de plomo que tenía en la mano, interpeló con acritud al detective:

—Y si usted sabía esto, ¿por qué me hizo perder un tiempo precioso persiguiendo la barcaza?

—Mi querido señor Badger — le contestó Cóleman con la mejor de sus sonrisas, — ¿no comprende usted que era de absoluta necesidad el que las barras de plomo cayeran en nuestro poder? Esto prueba que el oro no ha salido del barco y que a lo sumo se encuentra todavía en los docks.

—¿Sabe usted dónde se encuentra el oro? — preguntó el superintendente dirigiéndose al detective.

—Me parece que sí, y si usted quiere acompañarme a los docks de Londres confío en que no nos será difícil dar con él.

El grupo formado por los cuatro hombres salió de Scotland Yard y siguiendo por Mark Lane Fenchurch Street llegaron a Wapping penetrando en los docks. Aquí cambió Cóleman algunas palabras con un empleado, quien se retiró volviendo algunos momentos después acompañado de otro de mayor graduación. Este saludó al detective y a sus acompañantes y luego a una pregunta de aquél contestó:

—El bulto de que usted habla no será difícil encontrarlo, pues todavía no ha sido entregado. ¿Quieren seguirme?

El empleado condujo a los funcionarios de la policía a un gran depósito en el que, después de algunos minutos de búsqueda, se encontró una caja de madera de tamaño un poco mayor que la secuestrada a bordo de la barcaza.



—¿Me quiere decir, doctor, qué es el trigémino?
—Un nombrecito que tenemos ahora todos los médicos metido en la cabeza.

—Esta es la caja porque usted pregunta — dijo dirigiéndose a Cóleman. — Para mayor seguridad, vamos a confrontarla con el manifiesto. He aquí la entrada: "Una caja que contiene 17 docenas de tuercas de bronce con sus correspondientes pernos. Dimensiones: 16 x 13 x 9 pulgadas. Peso bruto, 119 libras; peso neto, 113 libras. Consignada a Jackson y Walker, 303 Great Alie Street, Londres, E." ¿Es ésta?

—Esa misma — contestó el detective. — ¿Podríamos abrirla y echar una mirada a esas tuercas de bronce?

Un momento después la caja estaba abierta. El inspector Badger no pudo contener un gesto de satisfacción al dirigir la mirada al contenido de la misma.

—Esta vez se ha equivocado usted, amigo Cóleman — exclamó. — Aquí no hay más que tuercas de bronce. El oro no aparece por ninguna parte.

—¡Tuercas y pernos de oro!, mi querido señor Badger — corrigió plácidamente el detective. Y sacando uno de la caja se lo alargó a su asombrado colega. — ¿Ha visto usted en su vida bronce tan pesado como éste? — le preguntó.

—Cierto: pesa de una manera endemoniada — dijo Badger.

Cóleman, mientras tanto, había sacado del bolsillo una pequeña balanza de resorte, en la que pesó una de las tuercas.

—Ocho onzas y dos tercios — dijo. — Pues bien: si fuera de bronce, sólo pesaría 3 onzas y 4 quilates. Fíjese también en que el peso contenido de la caja es de 113 libras, mientras que el de las barras que buscamos es de 113 y 2 onzas. Estas dos onzas se han perdido probablemente al fundir las barras para hacer con ellas las tuercas. ¿Se ha presentado el consignatario a retirar esta mercadería?

—Está esperando afuera — contestó el empleado de la aduana.

—¿Quiere hacerlo pasar?

Fué inútil; en cuanto el tipo que iba a retirar las barras se dió cuenta de que algo anormal ocurría, desapareció como por arte de encantamiento.

* * *

Una hora después Nelson Cóleman saboreaba su inseparable pipa cómodamente arrellanado en el sillón de su escritorio en Scotland Yard. Smith lo acompañaba.

—Todo se ha reducido a un pequeño problema de física, — decía entre espirales de humo. — Lo primero que hice fué calcular el volumen que, dado el peso, debían tener las barras. Esto me indicó de inmediato que la caja robada en la estación de Cabridge no contenía el oro que buscábamos. Entonces fué cuando pedí y examiné el manifiesto del barco. Al recorrerlo me encontré con una caja cuyo peso neto coincidía, con la diferencia de dos onzas, con el oro robado. Esta caja contenía, según allí se detallaba, tuercas y pernos de bronce; pero yo no podía concebir que de las colonias enviaran a la metrópoli un cargamento de tal naturaleza. Entonces examiné con mayor detención la entrada y encontré, dividiendo el peso neto por el número de tuercas, que cada una de éstas pesaba nada menos que media libra, peso que sólo puede concebirse siendo tales objetos de oro o de platino.

—Y las anotaciones que hizo, tomándolas del manifiesto con respecto a las pieles de búfalo, a la goma de copal, etc., ¿para qué diablos pudieron servirle?

Cóleman dirigió a su subordinado una de aquellas miradas de las que sólo él poseía el secreto.

—Para nada, absolutamente; pero sí sólo hubiera anotado lo que necesitaba, habría revelado la naturaleza de mis sospechas. Veo que todavía tiene que aprender mucho en el oficio, amigo Smith.

El mayor dique

Se acaba de inaugurar en Bhatgar (India) un dique de mampostería de dos kilómetros de largo, formando un verdadero mar interior de 770 kilómetros cuadrados destinado a riegos en tiempo de grandes sequías. Ha durado la construcción de este dique quince años, siendo la mole de mampostería más voluminosa que existe en el mundo.

Mendigo de almas

Por Giovanni Papini.

No recuerdo a punto fijo quién me refirió lo que sigue:

—Había gastado, en las primeras horas de la noche los últimos cinco sueldos que me quedaban, en café, sin que la taza habitual, me prestase aquella inspiración que perseguía, y de la que tenía necesidad apremiante. En aquellos tiempos padecía hambre; hambre de pan y de gloria, y ningún hombre o hermano estaba en el mundo para mí. El director de una revista — un director pálido y taciturno, — aceptaba mis narraciones cuando no tenía cosa mejor que publicar, y me daba de vez en cuando cincuenta liras, ni más ni menos; fuera mayor o menor la longitud o la bondad de lo que llevaba. En aquella noche de enero el ambiente estaba cargado de aire y de campanas; de viento, nervioso y gruñidor de campanas horriblemente monótonas. Había entrado en el inmenso café repleto de luz blanca y caras soñolientas, y había saboreado con deleite mi taza de café, esforzándome por grabar en la mollera alguna metáfora borrosa de extrañas aventuras, obstinándome en martillear mi fantasía para que pariese alguna bonita historia que me alimentase durante algunos días. Tenía absoluta necesidad, aquella misma noche, de escribir un cuento, para ir a la mañana siguiente a la casa del pálido director, que, seguramente, me anticiparía lo bastante para comer hasta la ansiedad. Me encontraba dolorosamente atado a la madeja de mis pensamientos, pronto a lanzarme sobre la primera idea, sobre la primera visión que se prestase a llenarme el haz de blancas cuartillas ya numeradas, que tenía delante de mis ojos. De esta suerte pasaron cuatro horas y pico en inútil y amarga expectación. Mi espíritu estaba vacío, tarda la mollera, fatigada la fantasía. Renuncié al cuento, dejé caer sobre la mesa mis cinco sueldos y salí del café. En la calle se apoderó súbitamente de mi pensamiento una frase. Una frase, que por cierto he oído repetir varias veces, y de la cual ignoraba la procedencia. La frase era ésta: "Si un hombre vulgar cualquiera sabe narrar su propia vida, escribiría una de las novelas más interesantes que han de leerse". Durante diez minutos, esa frase me llenó y me dominó la mente, sin que me sintiera capaz de sacar deducción alguna de ella. Y ya me dirigía a casa cuando me detuve de repente y me pregunté:

—¿Por qué no hacer esto mismo? ¿Por qué no contar la vida de un hombre cualquiera, de cualquier hombre común que se me ponga a tiro? Yo no soy un hombre común; además, me he referido a mí mismo tantas veces, me he explotado tanto en mis relatos, que ya no sabría decir cosa de enjundia. Necesito encontrar ahora mismo, de pronto, un hombre cualquiera, que no conozca, que no trate; un hombre ordinario; y tengo que darme maña para obligarle a que me cuente lo que hace.

¡Tengo absoluta necesidad esta noche de una vida humana! ¡No quiero pedir a nadie limosna en dinero contante y sonante; pero exigiré con la fuerza una limosna en biografía! No extenderé la mano, pero aguzaré el oído; y con la historia de una vida ajena prolongaré mi propia vida.

El proyecto era tan singular y primitivo, que decidí realizarlo a continuación. Volví las espaldas a mi casa y me dirigí hacia el centro de la ciudad, donde, en aquella hora tan avanzada, encontraría seguramente hombres.

De esa laya, nuevo y extraño mendigo fuí en busca de la víctima que yo trataba de penetrar hasta lo más recóndito de su alma. Anduve rápidamente, mirando con cuidado, encarándome con los transeúntes, procurando topar con aquel que debía saciar toda mi hambre. Como un ladrón nocturno o un timador vulgar, me puse en acecho en una esquina, aguardando el paso del hombre cualquiera, del hombre común de quien implorar la limosna de una confesión. El primero que pasó bajo el faroluco iba solo, y me pareció de edad curiosa. No quise detenerlo porque se me antojó que su rostro, donde se dibujaban arrugas intensas, era demasiado interesante, y yo quería hacer la prueba con las condiciones menos favorables. Pasó también un jovenzuelo embozado en su capa, pero sus cabellos revueltos, y sus ojos de comedor de haschiche me contuvieron: adiviné en él un soñador, un poeta, un alma no todo lo ordinaria y plebeya que necesitaba. Pasó también otro más, viejo y completamente imberbe, que canturreaba, con aire de queja, un motivo popular español, que le recordaba una vida llena de sol y de amor; una vida dorada, báquica, meridional. Tampoco me interesaba lo bastante, y lo dejé tranquilo en su camino.

Apenas puedo recordar el detalle, la rabia que se apoderó de mí en aquellos instantes. Imaginaos a este singular bandido y harapiento, lleno de hambre, excitado, que espera en una encrucijada a un hombre que no conoce, que desea oír una vida que no sabe, que arde de impaciencia por arrojarse sobre una presa desconocida.

Y por un absurdo y desdeñoso caso, los hombres que pasan no son los que busco, porque llevan en su rostro las huellas de su distinción y de su vida no común. ¡Cuánto hubiera dado por tener delante de mí uno de esos innumerables filisteos, de caritas rosadas y tranquilas, como las de los garrapos, que me habían asqueado y divertido tantas veces!

Pero yo era cachazudo y pachorroso en aquellos tiempos, y aguardé bajo el farol, que poco a poco se apagaba o se encendía, según los vaivenes del viento. Las calles estaban desiertas a aquella hora, y el viento había barrido los noctámbulos. Unicamente algunas sombras rápidas animaban la ciudad. Una de estas sombras pasó al cabo bajo el farol donde esperaba, y vi que me interesaba.

Se trataba de un hombre, ni viejo ni joven, ni bello ni desagradable, con los ojos serenos, vigote muy rizado y cubierto de un pesado gabán en buen estado.

Apenas me adelanté algunos pasos cuando me acerqué a él y le detuve. El hombre retrocedió de miedo y alzó un brazo en actitud de defenderse. Pero en seguida lo calmé.

—No temáis nada — le dije con la más dulce voz: — no soy ladrón, ni asesino, ni siquiera mendigo; sí lo soy, señor, pero no uno de esos mendigos que piden dinero. Quiero pediros una cosa que, realmente, nada os cuesta concedérmela: el relato de vuestra vida.

Mi hombre abrió desmesuradamente los ojos, y nuevamente retrocedió. Pensé que me creía loco, y continué con la calma más envidiable.

—No soy lo que pensáis, señor; no soy un loco. Soy algo por el estilo: es decir, escritor. Tengo que escribir para mañana un cuento. Y deseo que me digáis quién sois y cuál ha sido vuestra vida hasta aquí, para que pueda hacer de todo eso el argumento de mi narración. Tengo absoluta necesidad de ves. de vuestra confesión, de vuestra vida. No me neguéis esta merced; no regatéis esta ayuda a un miserable. Sois lo que busco, y con la materia que me déis escribiré seguramente mi obra maestra.

En aquel instante mi hombre pareció conmoverse. Y ya no me miraba con terror, sino más bien con piedad.

—Si verdaderamente mi vida os es de una necesidad absoluta, no he de poner ningún empeño en ocultarla, si bien debo advertiros que es de una perfecta simplicidad. Nací hace treinta y cinco años, de padres acomodados, honestos y de buenas costumbres. Mi padre era empleado y mi madre poseía una modesta renta. Fuí hijo único y estuve durante seis años en la escuela. A los once años me dieron certificado de primeras letras, sin saber demasiado, ni demasiado poco. A los once años entre en el Gimnasio; a los dieciseis, en el Liceo; a los diecinueve, en la Universidad; graduándome, por último, a los veinticuatro años, sin dar pruebas de una brillante inteligencia, verdad es, pero tampoco de una estupidez irremediable. Cuando me graduaron, mi padre me procuró un empleo en ferrocarriles y me presentó la novia. Mi empleo me ocupaba ocho horas al día; pero apenas si requiere otra cosa que un poco de memoria y otro poco de paciencia. Cada seis años mi retribución aumenta automáticamente, en 200 liras; sé perfectamente, que a mis sesenta y cuatro años cobraré cinco mil quinientas cuarenta y tres liras, con sesenta y cinco céntimos. Me convenía la novia y me casé con ella al año justo. No han existido jamás, entre nosotros, sentimentalis-

mos inútiles. La visitaba tres días a la semana y dos veces al año— por su santo y en Navidad. ; le hacía dos regalos y le daba dos besos. Me ha dado dos hijos: un varón y una mujercita. El varón tiene doce años, y será ingeniero; la nena, nueve, y será maestra. Vivo tranquilo, sin sobresaltos, ni ambiciones. Me levanto todas las mañanas a las ocho, y a las nueve de la noche entro en el café, donde juego una partida o hablo de la lluvia o de la nieve, de la guerra y del ministerio, con cuatro colegas del oficio. Y ahora que os he dado gusto, dejadme tranquilo, porque ya han pasado diez minutos de la hora habitual en que suelo recogerme todas las noches.

Y, diciendo esto, con admirable sangre fría el hombre se puso en camino. Permanecí durante un minuto como petrificado de terror. Aquella vida monótona, común, regular, prevista, medida, vacía, me inspiró una tristeza tan aguda, un temor tan intenso, que estuve tentado de llorar y de huir.

Pero permanecí quieto, sin moverme, una vez más.

—He aquí — me decía —, el famoso hombre normal y común, en nombre del cual los médicos nos desprecian y nos condenan como anormales y degenerados. He aquí el hombre modelo, el hombre tipo, el verdadero héroe de nuestros días, la rueda insignificante de la gran maquinaria, la piedrecilla del empedrado, el hombre que no se nutre de sueños malsanos y de locas fantasías. Yo creía este hombre imposible, inexistente, imaginario, y, sin embargo, aquí lo tengo, delante de mis ojos, medroso y terrible en la inconciencia de su felicidad incolora.

Pero mi hombre no aguardó el fin de mis cavilaciones, y comenzó a caminar.

Sobrecogido aún, pero firme en mi obstinación, fuí detrás de él y le pregunté:

—Pero, de veras, ¿no hay más en vuestra vida? ¿No os ha sucedido nunca nada? ¿Nadie ha tratado de mataros? ¿No os ha engañado vuestra mujer? ¿No os han perseguido vuestros jefes?

—Nada de eso me ha sucedido —me respondió con una cortesía demasiado forzada—; nada de eso de que me habláis. Mi vida se ha deslizado apacible, igual, regular: sin grandes alegrías, ni grandes dolores, sin aventuras.

—Pero, ¡ninguna aventura, señor—interrumpí—, absolutamente ninguna! Procurad ser fiel al recuerdo: escarbad en vuestra memoria. Me resisto a creer que nunca os haya sucedido algo, siquiera una sola vez. ¡Vuestra vida será ciertamente horrible!

—Forme a aseguraros que jamás me ha sucedido aventura alguna — respondió el hombre común, con un último esfuerzo de galantería. — El encuentro con vos, señor cuentista, ha sido mi primera y única aventura. Contad ésta, si os sirve para el caso.

Y sin dar tiempo a nuevas réplicas, se fué, llevando apenas la mano al sombrero. Continué algunos minutos inmóvil como bajo el influjo de una cosa increíble. Después volví a mi cuarto y no escribí mi cuento. Durante muchos días me turbó el relato de esta vida; y, desde aquella, no he vuelto a reírme de los hombres comunes.







—Es un presumido. No le paga al sastre por poder decir que le viste un sastre inglés.

MI CASA VIEJA

(Versos del recuerdo)

Especial para FRAY MOCHO

Entré temblando de emoción sincera;
mi padre y mis hermanos — menos uno—,
la estaban remozando...
(y fué el ausente el que llenó mis ojos
de lágrimas calladas...
¡y aún sigo llorando!)

¡Mi casa vieja! ¡Mi templo santo!
donde hilvané mis iniciales versos
y la primera carta que le hice a "ella",
con palabras suaves
como su alma blanca,
que a través del tiempo sigue siendo estrella!

Anduve por las piezas, despaciosamente,
así como un sonámbulo
recorrí la casa donde amé la vida,
donde juntos todos hicimos proyectos
de cosas futuras
que jamás se olvidan...

Y un día dejamos la casona vieja:
yo formé mi nido con la amada santa,
y otro hermano bueno
que también formara su nidal lejano
vivió una vida breve, tuvo un hijo...
y se lo llevó consigo Jesús Nazareno.

(Por él hoy al verte mi casona vieja:
que en vano te pintan mis otros hermanos
y quieren remozarte por la luz presente:
tú llevas adentro la vida que fuera:
mis primeros versos, la primera carta
y el hondo recuerdo del que vive ausente!

(Hermanita mía... noviecita buena
¡y tengo el alma de emociones llena!)

José Primo SARACCHI

LA ASTRONOMIA ENTRE LOS MAYAS

El Zodíaco era ya considerado entre los indios "mayas" como un "círculo de animales"; sin embargo, los animales que allí se hacían figurar eran completamente distintos de los que entran en nuestros signos zodicales: Las Pléyades formaban parte de lo que se llamaba Serpiente de Cascabel.

Los "mayas" llegaron a conocer mucho de lo referente al movimiento de los planetas y establecieron ciclos, al cabo de los cuales se repetían las posiciones relativas de los mismos El ciclo de ocho años de Venus lo conocían ya en una época que no bajaría del siglo VI antes de Jesucristo. Más tarde lograron asimismo hallar un ciclo muy exacto de doscientos cuarenta y tres años.

Se asegura que un Zodíaco contenía trece signos, y que en su calendario el año se dividía en trece meses de veintiocho días, precisamente una de las tantas fórmulas propuestas recientemente para la reforma del calendario.

Los "mayas" adoptaban para sus computos astronómicos una numeración correlativa de días, a partir del 630, antes de Jesucristo, parecida a la numeración de los días "julianos". Ese modo de computar el tiempo facilita mucho el tratado de ciclos de recurrencia, que resultarían, en cambio, mucho más complicados si para ellos se hubieran empleado calendarios de tipo lunar.

MUSICA ESPECIAL

Con ocasión de inaugurarse en París el Instituto de Altos Estudios Chinos, se ha hallado allí, por personal competente de la música en el Celeste Imperio. La música de cámara es la más extendida, y se toca en un laúd, acompañado de otros instrumentos.

En China no existe el compositor de música. Los libretistas de obras teatrales toman las canciones populares, y a sus notas adaptan los cantables. En la Sorbona dió a conocer el gramófono una aria de la Gruta, a la orilla de las olas, un dúo de la Cuarta Puerta y una fantasía ejecutada por la banda militar china.

Cada estación ejerce su influjo sobre la música. La del invierno no se parece a la de verano, y la de primavera es distinta del otoño.



La Semana Médica



LA PROFILAXIS DEL CANCER

Una palabra en favor del cobre

El cobre es un elemento normal de nuestro organismo y nuestros alimentos lo contienen en cantidad apreciable. He aquí, en milígramos, el peso de cobre contenido en un kilogramo de materias frescas, según Armand Gautier:

El trigo contiene de 5 a 10 milígramos de cobre; pan de trigo de 4,4 a 5,5; harina de centeno 1,5 a 4; arroz 1,6 a 6; cebada 10,8; avena 8,4; papas 1,8 a 2,8; fécula de papas 0,8; porotos secos 11; porotos verdes 2,2; porotos verdes reverdecidos con cobre 49 a 99; arvejas reverdecidas con cobre 11 a 210; lentejas 6,8; leche, vestigios; Carne de vaca, 1; sangre de vaca, 0,7; cacao marañán, 40; cacao caraque, 9 a 13: película de la almendra de marañan, 225; chocolate fino, 5,5 a 30; chocolate ordinario, 125; café 6 a 14; vino ordinario en París, 2,7 a 4,5.

Al cobre, que procede de los alimentos se agrega aquél que deriva de los utensilios de cocina en cobre, en los cuales nuestros alimentos son preparados o servidos. Esta cantidad antes era considerable. Hoy está reducida a nada, después que la moda ha reemplazado las vasijas de cobre con las de esmalte o de aluminio.

Ahora bien, el cobre, siendo un anticanceroso seguro, se comprende como la impregnación lenta y continua del organismo, tal como era consentida un tiempo por los utensilios en cobre, creaba un terreno desfavorable a la evolución cancerosa y aseguraba una inmunidad hoy desaparecida. La recrudescencia actual del cáncer deriva de esa circunstancia.

Una profilaxis racional debe, entonces, dirigirse a restituir al organismo el cobre deficiente, y esta higiene debe ser particularmente observada por los individuos de descendencia cancerosa.

En cuanto al cáncer ya declarado, su tratamiento exige dosis de cobre llevadas y mantenidas al límite de la tolerancia fisiológica, y, por ende, muy superiores que aquellas suficientes como medio preventivo. — *Dr. Vignier.* — (De "La Presse Médicale").

UN BANQUETE DE FEDERICO EL GRANDE AL FRENOLOGO GALL

Gall, el precursor — según escribe Georges Morin en "Paris Médical" — de la teoría de las localizaciones cerebrales, vió sus doctrinas hostilizadas en Austria, Alemania, Inglaterra y hasta en Francia, negado cuanto había de bueno y verdadero en sus descubrimientos anatómicos y fisiológicos, y puesto en ridículo todo lo que se refería al que llamaban "invento de las protuberancias frontales" Entre los enemigos de Gall, uno de los más encarnizados y por cierto el más desapiadado y el más poderoso, fué Napoleón, cuyo odio no valieron a dominar ni las denodadas defensas de Corvisart, el médico personal del Emperador, ni ele interés más o menos manifiesto de Josefina.

Pero en Alemania fué otro cantar. Gall y sus doctrinas tuvieron amplia y clamorosa acogida. Los sabios más grandes fueron sus partidarios: en Jena la duquesa Madre y su Corte; en Weimar, Goethe y Wieland. Entre 1895 y 1807, Gall dió numerosas lecciones demostrativas en muchas ciudades alemanas, y el concurso de público fué brillante por cualidad y cantidad El éxito de Berlín fué tal, que en aquella ocasión acuñáronse medallas conmemorativas, reproduciendo la efigie de Gall y representando unas escenas frenológicas.

Federico el Grande había oído hablar de los descubrimientos de Gall, y habíase interesado por ellos, en una fiesta, que él daba en Postdam, y en la que — cuenta Hollander — Prusia entera hacía gala de sí, un hombre solo, un gran anciano, vestido de negro, con su figura huesuda y su original cabeza, atraía las miradas y la atención del Rey. Federico no le conocía, y habiendo preguntado noticias al Mariscal de Corte, supo que se trataba del célebre doctor Gall. — ¡Ah! Gall. Quiero cerciorarme yo mismo de cuánta exageración hay en lo que se cuenta de él. Dígale en mi nombre que venga mañana a comer conmigo.

Al día siguiente, a eso de las seis de la tarde, una comida exquisita reunía alrededor de la mesa, al Rey, al doctor Gall y a numerosos convidados de aspectos más bien singulares, ostentando todos cruces y condecoraciones.

Al final de la comida, el Rey rogó al médico que leyera las respectivas inclinaciones en el cráneo de cada uno de sus convidados.

El ruego del Rey equivalía, por supuesto, a una orden. Gall empezó palpando la gruesa cabeza morena de uno de sus vecinos de mesa, a quien todo el mundo daba el título de general; y parecía que cierta cortedad, cierto empacho, se adueñara de él a medida que el examen procedía.

—Puede usted hablar sin embozo — alentóle el Rey.

—Parece que Su Excelencia ama la caza y los placeres; parece también que ama el campo de batalla; sus tendencias revélanse muy belicosas, su temperamento sanguinario en grado sumo.

El Rey se reía. Gall, algo confuso, púsose a examinar al otro vecino de mesa un joven con los ojos y la mirada atrevida.

—El señor debe de lucirse en los ejercicios gímnicos, y ser buen corredor, insuperable en los ejercicios físicos.

—Basta, mi querido doctor; no se me ha dicho bastante sobre la sagacidad de sus diagnósticos óseos. El general es un asesino y este joven el primer granuja de Prusia. Y en diciendo esto, el Rey dió tres golpes es la mesa. La Guardia entró en la sala. — Vol véd a llevar a estos señores a la cárcel, mandó Federico. — Luego volvióse al médico asombrado de cuanto estaba presenciando: — Tratábase de una prueba: ha comido usted en compañía de los peores bandidos del Reino. Sírvase registrar ahora sus bolsillos.

El médico odebeció, pudiendo así darse cuenta de que le habían robado el pañuelo, la bolsa, la tabaquera, todo lo cual le fué devuelto al día siguiente. Federico añadió un presente suyo personal, una preciosa tabaquera adornada con diamantes.

¡Quien sabe cómo debía de alargarse la nariz del célebre frenólogo cada vez que al abrirla recordaba el banquete real. — *Doctor Sol.*

Galeria de médicos célebres



Fallopio Gabriel

Anatomista célebre; nació en Módena en 1523 y murió een 7 de octubre de 1562, a los 39 años.

Hizo sus estudios médicos en Ferrara y en Padua y fué discípulo de Brasavola y de Vesale.

Enseñó la anatomía en Padua, así como la botánica.

Hizo realizar numerosos progresos a la osteología, mereciendo citarse sus descripciones sobre las epífisis, el periotio, los huesos de la cabeza, del oído interno.

Ha dado su nombre al ligamento que de la cresta anterior del hueso coxal va hasta la sínfisis pubiana.

Débese igualmente a él la primera descripción precisa de las trompas uterinas (trompas de Fallopio).

EL TRATAMIENTO DE LAS PARALISIS INFANTILES POR LA GIMNASIA

Moller insiste sobre el interés que tiene hacer más eficaz la acción de las neuronas que han sido alteradas por la enfermedad y que inervan un músculo paralizado. Para obtener este resultado, hay que realizar la gimnasia diaria: la electricidad no le ha proporcionado nada de interés, probablemente porque la excitación eléctrica de los nervios no tiene los mismos efectos químicos (Tigerstedt) que la gimnasia. Los baños muy salados y las envolturas a igual que el amasamiento tienen buenos efectos a condición de no descuidar la gimnasia, que será voluntario con trabajo consciente del cerebro, sin exagerarla ni llegar a irritar el sistema nervioso siempe sensible en el caso de semejante enfermedad. Se comienza por los movimientos pasivos (cuando el enfermo es incapaz de todo, contracción eficaz en un grupo muscular dado) para despertar la atención y para tratar de imitarlo. Importa, mucho, aislar las contracciones y no permitir los movimientos de cadera para elevar la punta de los pies. Cuando hay amenaza de contractura de los antagonistas, debe recurrirse a las medidas ortopédicas o intervencionistas quirúrgicas, sin esperar demasiado tarde. La gimnasia comenzará lo más pronto posible al momento de desaparición de la fiebre y nunca varias semanas después. Será continuada en tanto se comprueben mejoras, o sea durante años, sin faltar casos que basta muy poco tiempo. Moller actúa primeramente sobre los músculos aislados, después en completa coordinación. No descuida nunca los músculos del dorso que pueden originar sorpresas, a veces muy desagradables. — (De "La Vie Médicale").

LA ADIVINA

Por Alberto P. Cortazzo

—¡Otra vez sin verlo! ¡No lo pude hallar por ningún sitio! Y arrojando los guantes y el sombrero sobre cualquier mueble, Sara que entró, nerviosa, de la calle, echóse no sin cierta dificultad fatigosa sobre el largo chaise-longue. Anduvo mucho esta tarde, como otros días anteriores, al encuentro desesperante de un hombre, pero siempre sin resultado. Hace casi tres meses, que él ha optado por el domicilio de sus padres, después de tantos años de vivir juntos. En medio de la tormenta con que los recuerdos buenos de antes y, los malos de ahora, la confunden, ha reconstruído, sin querer, la imagen de una joven, a quien le aseguraron haber visto más de una ocasión, acompañada y pródigamente atendida por él.

Cinco años hace que se aman. A poco de conocerse se instalaron en la misma casa donde en estos instantes suspira Sara. No se casaron acaso porque ni ellos sabían explicarlo, quiza porque no lo creyeron ni urgente ni necesario. Era superior a todos el amor de ambos. El, por su parte, no la descuidó nunca, brindándole lujos, comodidades y solícitas atenciones, haciendo vida intensa con ella. Sara, para agregar posiblemente una distracción más a su alegría y su felicidad, en ratos de ocio, se dió a estudiar el arte de adivinar la suerte ajena, que llegó a ejercer con singular maestría. Sin hacer de tal cosa una profesión, aceptaba de vez en cuando, visitas y consultas, sintiendo un generoso placer en engañar con una esperanza, antes que angustiar con amargas desilusiones. En aquel momento le anuncian la presencia de una joven que insiste en verla. Sara ha tenido que ceder al fin y a pesar de su resistencia, y hace que la introduzcan en la sala de sus oficios. Al tenerla delante observa que se trata de una sorprendente belleza juvenil que denuncia en su semblante y en el brillar de sus negros y grandes ojos, que una pena honda la embarga. Ha llegado hasta allí con miedo. Tiene un novio, de quien le han informado que convive con otra mujer y desea saberlo. La dueña de casa, que en ese preciso instante pasa por un parecido trance, no está en condiciones de atender a nadie, y menos nada que se refiera a los males del corazón, por lo que trata de despedir a su visita para otro momento. Pero la otra ruega, suplica y llora. Sara quisiera mandarla al otro, pero se domina y, más por consuelo que por hábito, se decide al fin a atenderla. Tal vez ella misma encuentre una breve distracción a su pobre ánimo abatido.

—¡Yo lo quiero! ¡El también asegura quererme, pero no sé si me dice la verdad!

La adivina la escucha poco, pero la observa mucho. Le ha clavado la vista encima porque esa figura que tiene al frente, le es familiar. Se la han descripto por algo que su mente agitada no le aclara de inmediato. La invita a sentarse junto a la mesa de sus experimentos y toma el paquete de naipes. Pero antes, necesita orientarse, precisa indicios acerca de esa mujer y de su novio, además de querer descubrir para sí de dónde la conoce, y la interroga de todas maneras. Tira una carta e interroga:

—¡Hace mucho que se tratan?

—Un tiempo.

—¿Su novio se llama? — Parece que las cartas no le dicen nada del nombre del novio y las sigue tirando unas tras otras. La visita, ansiosa, cree ayudar en la tarea a la adivina y dice:

—Se llama Eduardo Noriegas.

—¿Eh? ¡Diga que no!

—Sí, así se llama.

A Sara la ha sacudido horriblemente aquella revelación.

—¡Diga que no es él! La ha tomado con toda violencia, de un brazo.

—¡Me asusta! ¿Por qué se pone usted así?

La adivina reacciona, comprendiendo que ha salido de su verdadera situación profesional se oprime la frente con las manos, luego las pasa nerviosas por sus mejillas encendidas, cierra un segundo los ojos, trata de reponerse, y exclama, temblándole los labios:

—No, no me haga caso. Fué un naipe equivocado... sigamos.. ¿Le ha prometido casarse con usted?

—Me ha pedido formalmente a mis padres. Va con toda frecuencia a casa.

—¡Canalla!

—¿Eh?... ¿Quién?

—¡¡Es un canalla!!

—¡No! ¡Por qué, si conmigo es muy bueno?

—Vuelva a no hacerme caso, son cosas del oficio. El lenguaje de los malditos naipes. Tenga calma y respóndame francamente. ¿Si en verdad, su novio Eduardo tuviera otra mujer, usted lo abandonaría?

—No sé cómo contestarle a una pregunta hecha tan de repente. El me confesó, es cierto, que tenía una amante, pero también me aseguró que la dejaría.

—¡Mentira!

—¡Qué!!

—Esta carta... — enarbolando un naipe cualquiera — dice que no hará tal cosa y que sólo se lo ha dicho para engañarla a usted. Por lo demás, será cruel con otra mujer que ama tanto como a usted.

—¡No! ¡Cómo yo ninguna!

—¡Más qué usted!

—¡Jamás! ¡Y menos si de una amante se trata!

—¿Qué dice? ¡Mida sus palabras! La sacude frenética.

—¡Déjeme! ¡Suélteme! Consigue desprenderse, haciéndose a un lado, toda trémula. ¡Parece qué usted tuviera algo que ver con mi novio, que fuera usted la propia amante!

—Cállese y no me haga caso de nuevo. Ya le he dicho que son cosas de la profesión. Vuelva a sentarse. Los naipes, a veces, son los culpables de estas escenas. ¿Verdad que parezco yo la propia amante? ¡Qué cosa, no! Quiere fingir con una sonrisa que apenas se insinúa forzada, pero quiere también llegar al fondo de aquel noviazgo, saber, si puede, todos sus secretos y si alguna esperanza aún pudiera alimentar, por eso se contiene de todas maneras.

—¡A ver, déjeme ver sus dientes! Los contempla con detención,

Bonaparte y la condesa Walewska

¿Quién no conoce la historia de Napoleón y Josefina y no ha lamentado que el emperador dejase a su primera mujer por la amable María Luisa. Pero no son muchos los que recuerdan su aventura amorosa con la linda polaca, la condesa Walewska.

Cuando el emperador entró en Polonia, el pueblo lo aclamó como su libertador, el que iba a librarlos para siempre del yugo de Rusia, y todos los corazones quedaron a sus plantas. Las mujeres, especialmente, se sintieron conmovidas al ver a este héroe que, a los 37 años, parecía haber consumado su ambición de dominar al mundo.

Se cuenta que Napoleón había dicho en confidencia a Talleyrand, que sus triunfos no estarían completos si no lograba la conquista de una belleza polaca. Probablemente irritado por la indiferencia que mostraba Josefina en sus mayores triunfos, y sintiéndose solitario en medio de las aclamaciones universales, ansiaba encontrar un alma generosa que supiera comprender sus proezas. En una fiesta hizo Talleyrand que Napoleón conociera a la Walewska, y todas las lenguas se desataron en interpretaciones cuando al despedirse de ella le estrechó la mano. Eso equivalía en aquellos tiempos, a una cita.

La condesa tenía entonces 22 años, y estaba casada con un hombre que podía ser su abuelo. Nada tenía, pues, de extraño, que se sintiera desde luego atraída por aquel ser famoso y novelesco, aunque debe decirse en su elogio que no cedió al nuevo amor sin lucha.

Napoleón, por su parte, quedó desde el primer instante enamorado de aquella seductora beldad, rubia, de ojos azules, refinada, graciosa, encantadora y tal vez, más que nada, lo atrajo su reticencia. Sea lo que fuere, despachó a Duroc con tiernas e insistentes misivas para implorar el favor de la bella mujer. Finalmente, sea de propio impulso o persuadida por los amigos del emperador o vencida por la insistencia de éste, la Walewska se decidió a ir a su palacio.

Desde aquel día la condesa fué su fiel compañera. Con él estuvo en Eylau y después en Schonbrunn, pero cuando Napoleón regresó a París, ella volvió a su marido. El 4 de mayo de 1810 dió a luz un hijo y con él se puso en camino de París. Aquí llevó una vida de reclusa rehusando la alta posición social que le hubiera correspondido como amante del emperador.

Aún después de que éste divorció a Josefina y se casó con María Luisa, la Walewska permaneció en París, constante hasta el último momento.

Napoleón en su destierro tuvo, al menos, un consuelo, el de aquella mujer que había amado en sus días de mayor gloria.

Cozette DOUGLAS



—Polito está muy grave, no sé si se salvará.
—Sería un milagro.
—Pues si se salva tendrá que pagar una suma crecida a los médicos.
—Sería otro milagro.

pero no deduce nada; sin embargo ella ha leído mucho sobre las características de las dentaduras, que ahora intenta aprovechar. ¡A ver los ojos! ¡A ver las líneas de las palmas de las manos! Se detiene en estos órganos como lo hiciera con los dientes, pues algo de ellos hubo leído también, referente a sus lenguajes auxiliares de la Quiromancia. Mas no acierta. Es que Sara no está ahora en adivina sino en mujer y en mujer ofendida, desplazada, abandonada y sin poderse salvar ni defender. No tiene en su mente al sujeto novio de su infeliz visita, sino a su propio hombre. Se le turba la vista, se le exalta la imaginación, se le crispan los puños y toda ella es un sacudimiento de odio instintivo, brutal, torturador. Siente ansias de presentarse tal cual es, pero ya el amor de su rival la comienza a conmover, le merece profunda piedad y respecto y trata de dominarse.

—La amante, sin embargo, es buena. De tal suerte, al menos, me lo dicen las cartas.

—¡Pero es una amante!

Ha sentido Sara el castigo en el rostro y se yergue ahora sin poderse contener.

—¡Insultos no! La ha alcanzado a tomar de un brazo y con fuertes tirones la lleva hasta le crucifijo de Cristo, pendiente de la pared.

—¡Jure aquí frente a Jesús, que no ha pretendido ofender a la otra!

—¡No juro nada! ¡Maldita sea la otra que me quiere robar mi amor! Y desprendiéndose resuelta, consigue llegar hasta la puerta, despavorida, saliendo por ella como una exhalación. Sara intenta alcanzarla, quién sabe con qué terribles propósitos, pero ya las fuerzas no le permiten tanto y debe apoyarse contra la pared, para no caer. Ha oído el golpe estrepitoso de la puerta cancel sacudida por su rival en la huída. Y ruge:

—¡Se fué! ¡Se me escapó! ¡La tuve en mis manos! ¡Pude triturarla y fuí cobarde!

Se hace una breve pausa, durante la cual, Sara, permanece muda, estática y sollozando. Mira luego hacia la cruz y con el débil resto de energías que aún conserva, bamboleante y trémula, va hasta ella, para caer de hinojos, presa de llanto desgarrador y, exclamando, en su impotencia:

—¡Señor! ¡Señor! ¿Yo, qué para todos adivinaba, por qué no adiviné todo esto? Y, dime: ¿Qué será de mí?

Grutas maravillosas

Australia no posee cascadas como las del Niágara, y sus ríos y montañas son menguados si se les parangona con el Amazonas y el Misisipí, y las alturas de los Andes y las montañas Rocosas.

En las cuevas calizas de Jenolán, de Nueva Gales del Sur, posee, sin embargo, Australia un fenómeno natural.

Estas cuevas están en las Montañas Azules, en la vertiente oriental de la gran cordillera, que divide las aguas de los ríos Fich y Cox. Son de vasta extensión y muy impresionantes por su estructura caliza, y presentan, cuando las iluminan la luz eléctrica y la magnésica, escenas de portentosa delicadeza.

Las cuevas fueron descubiertas, en 1841, por Mr. Whelen y dos policías montados, que andaban en persecución de un famoso salteador, llamado Mc. Keopu, que se había retirado para su seguridad a los fuertes montañeses.

Muy pronto empezó a hablarse lo suficiente de la escondida belleza de éstos para despertar el entusiasmo de un tal Jeremías Wilson, quien, luego conservador de las cuevas durante treinta y cinco años, exploró y descubrió unos treinta y seis kilometros de canales subterráneos.

Al cundir la fama de las cuevas, creció el número de sus visitantes. Buen número de ellos arrancaron porciones de las estructuras calizas como recuerdo. El gobierno de Nueva Gales del Sur proclamó el distrito en 1876, de propiedad pública, y ha gastado desde entonces, anualmente, considerables sumas en la obra de desarrollo y exploración.

Las cuevas se hallan en una cintura caliza, probablemente de la Edad Deroniana, Media o inferior, que forma un trozo relativamente interrumpido durante unos cinco kilometros de Norte a Oeste, y tres kilómetros del Sur al Este; varía en espesor entre catorce o quince metros, y corresponde a una superficie que tiene de ancho dieciocho y diecinueve metros.

Heroes de la Ciencia

A la gran lista de hombres abnegados que por la Humanidad y la Ciencia han sacrificado sus vidas hay que añadir la de dos héroes: la del doctor japonés Hideyo Noguchi y la de su compañero W. A. Young.

No hace mucho el doctor Hideyo Noguchi, voluntariamente, se jugó la vida en su excursión al Africa Occidental para estudiar las bacterías que son causantes de la terrible fiebre amarilla africana.

Era la misión del doctor japonés, aislar el germen africano y descubrir si era el mismo organismo que producía la fiebre amarilla en la América tropical, para la cual la Comisión Wálter Reed había encontrado una antitoxina.

Lo mismo lo consiguió después de un estudio incesante de noche y de día, en medio del peligro; lo segundo, lo realizó durante la agonía de la enfermedad que lo llevó al sepulcro.

El doctor Noguchi fué inoculado con el suero mencionado y en una solitaria costa africana, lejos de toda civilización, sin amigos, empezó a hacer sus experimentos en monos con los mosquitos portadores de la fiebre.

El único civilizado que le acompañaba en sus pesquisas era el doctor Young, del Instituto Médico de la Costa de Oro.

A los dos meses de llegar, el doctor japonés sintió que la fiebre se había apoderado de él y se convenció de que era una víctima más de los mosquitos que manejaba, pero no dijo una palabra; sufrió en silencio, sin abandonar sus estudios.

Siguió luchando y disimulando; hasta que no pudo más y fué llevado a un hospital.

Allí, en la cama, seguía estudiando y llevó a cabo un interesante experimento, haciendo que extrayesen de su cuerpo debilitado sangre infectada que inyectó en un mono, el cual murió al poco tiempo.

Al salir del hospital ya había enfocado el problema.

La rápida muerte del simio indicaba que el suero americano tenía alguna eficacia contra la fiebre africana, porque el mono había muerto muy pronto y él no, vacunado, contrajese la enfermedad, probaba que la antitoxina americana había contenido algo el mal, pero no había destruído por completo los gérmenes africanos.

Pero por otra parte, el que él,

Lo que ahora tenía que hacer era aislar el microbio enemigo.

A todo esto el enemigo que le ocupaba seguía minando su débil cuerpo.

En marzo último escribía:

"Creo que he descubierto la causa de esta enfermedad mortal. Lo irónico es que probablemente la tengo conmigo".

Tenía razón: el 21 de mayo, cuando sus estudios acaban de ser coronados por el éxito, y dos días después de la fecha que había fijado para regresar a su país, murió víctima de la fiebre.

Dos meses después moría de lo mismo el doctor Young, que seguramente se contagió con la compañía del doctor japonés.

Barcos de papel

Un día mojado de Julio, siendo yo niño, hice un barco de papel y lo eché al arroyo. Yo estaba solo... ¡y era tan feliz con mi juego!

...Y eché mi barco de papel al arroyo.

Las nubes se pusieron negras, pasó el vendaval y cayó del cielo un diluvio. Y el agua fangosa, ancha y violenta, se llevó mi barco.

Pensé amargamente que la tormenta había venido sólo contra mi ventura; que todo su daño había sido sólo para mí.

Hoy, día nublado y largo de Julio, meditaba yo en esos juegos de la vida en los que siempre perdí. Reñía a mi destino por tanta y tanta pena, cuando, de repente, recordé el barquito de papel que se me fué en el agua del arroyo...

Rabindranath TAGORE

Un viaje involuntario

Por Luciano Biart

(*Conclusión*)

Pero hace quince días, al ver que nuestras monedas de cien sueldos, que aquí llaman pesos, volaban lo mismo que pajarillos, empecé a reflexionar y me dije que en una ciudad como Veracruz no debía ser muy difícil encontrar trabajo. Confieso que pensaba bien, pues haría apenas una hora que estaba rondando por el muelle cuando atracó un bote norteamericano. El patrón necesitaba de una persona para acarrear las barricas que habían de desembarcarse; en el acto ofrecile mis servicios, y al oirme el marino hablar inglés, no tituheó en aceptarlos. Desde aquel día he estado dedicado a la misma faena, y le aseguro a usted que el oficio no me cansa.

—¡Que no te cansa! exclamó el señor Pinsón. ¡Oh intrépido muchacho! ¡hace rodar bultos más grandes que él bajo el sol de la zona tórrida, y...! Vete a sentar, hijo mío, a la sombra; descansa un rato: ahora me toca trabajar a mí.

—Señor, replicó Azogue, vuélvase usted a la fonda y no se exponga a una recaída; por otra parte, esta clase de faena no es de su incumbencia.

—Te engañas, amiguito, te engañas. El trabajo siempre honra, y de ello tengo una muestra patente en ti. Vamos a ver: ¿se trata de hacer rodar estas barricas por el muelle hasta en frente de la aduana?

—Sí, señor; pero, deje usted para mí esta tarea: una vez la haya terminado le acompañaré a la fonda.

—Pronto habremos acabado, puesto que yo voy a ayudarte.

Y el señor Pinsón, sin hacer caso de las reclamaciones ni de las súplicas de Azogue, quitóse la levita y ayudó a éste. Al ver a un hombre de raza blanca ejecutando un trabajo que en los países hispanoamericanos suele estar confiado a la gente de color, empezaron a agruparse curiosos, entre los cuales figuraba el cónsul francés, que acababa de salir de la aduana.

—¡Usted aquí, caballero! exclamó el funcionario estupefato... ¡y ocupado en...! ¡Como está usted pálido! ¿Por ventura ha estado usted enfermo?

En pocas palabras informó el señor Pinsón al cónsul de su partida de Veracruz, de la enfermedad que le había aquejado, y del proceder de Azogue

—¿Y cómo no pensaste, hijo mío, en venir a verme para participarme vuestras cuitas?

—Ignoraba, señor, si sería bien acogido por usted; por otra parte, la tía Pitch, que me quiere mucho, me ha dicho una y otra vez que es preferible, cuando uno se encuentra necesitado, trabajar a pedir limosna. Si los marineros no me hubiesen ocupado, en tal caso antes que dejar al señor Pinsón perecer por falta de recursos, me habría dirigido a usted.

A todo esto el cónsul había llevado al ingeniero y al muchacho



El señor Pinsón quitóse la levita y ayudo a Azogue...

al pie de la aduana, donde no daba el sol.

—Creyendo que usted estaba en Jalapa, dijo el cónsul, hace tres días que le escribí. Ya sabrá usted que el vapor inglés que esperábamos ha naufragado.

—Lo ignoraba, respondió el señor Pinsón mirando a Azogue.

—No quise anunciárselo a usted, señor, dijo éste medio avergonzado, pues sabía que la noticia había de disgustarle, y...

—¡Bueno! Hénos aquí condenados a otro mes de cautiverio.

—¿Y qué importa esto? objetó el muchacho. Ahora ya no tiene usted que temer la fiebre amarilla...

—¿Y tú, picaruelo?

—¡Vaya! no se ocupe usted de mí. Parece que el vómito negro no gusta de los chicos.

—Y por eso los mata, murmuró el cónsul. ¿Quiere usted, caballero, añadió volviéndose hacia el señor Pinsón, venir a verme mañana? Compláceme usted, y hablaremos.

El ingeniero dijo que sí iría a ver al cónsul, y luego, a pesar de los ruegos de éste y de Azogue para que regresara a la fonda, obstinóse en ayudar a su compañero hasta que estuvo terminada la faena que le había sido encomendada.

El día siguiente, a la hora señalada, penetraba el señor Pinsón en casa del cónsul.

—Hé aquí, dijo el funcionario público tomando un papel enrollado y alargándolo al ingeniero, un proyecto de reconstrucción del dique de Veracruz. En este informe hay cálculos sobre la fuerza de resistencia que pueden ofrecer a las olas el hierro, la madera, las piedras, cálculos que a mi entender no son del todo exactos, por lo cual me he propuesto hacerlos examinar por un hombre competente. ¿Quiere usted encargarse de este trabajo y participarme sus observaciones?

—Para complacerle suplico a usted me conceda cuatro días, dijo el ingeniero después de hojear los documentos que tenía en la mano.

—Puede usted emplear en el examen el tiempo que sea necesario, respondió el cónsul, pues el asunto no corre prisa.

De vuelta a la fonda el señor Pinsón, que cada día cobraba más fuerzas, se puso a trabajar. Como estaba seguro de que el cónsul le recompensaría debidamente por su trabajo, opúsose a que Azogue volviese a ocuparse en el puerto.

—Deja, muchacho, deja; en caso de necesidad los dos trabajaremos en todo lo que se nos presente. Mientras tanto estudia el español.

—Ya conozco algunas palabras, dijo Azogue.

Efectivamente, gracias a la facilidad de que están dotados los chicos para aprender los idiomas extraños, sobre todo cuando ponen un poco de buena voluntad, Azogue ya se hacía comprender en castellano.

A los cinco días de recibida la Memoria, el señor Pinsón la devolvió al cónsul llena de notas y de observaciones. El funcionario entregó de momento doscientas pesetas al ingeniero, dejándole entrever que tal vez se le confiarían las obras en proyecto; empero, trascurrieron quince días sin que nuestro conocido oyese una palabra sobre el particular, durante cuyo tiempo había recobrado completamente las fuerzas, mientras que su apetito cada día iba en aumento.

—Te digo, muchacho, profirió cierta mañana hablando con Azogue, que cuanto más se ahoga nuestra bolsa mas crece mi apetito. Como el cónsul no da señales de vida, creo que lo más acertado será que vayamos al puerto en busca de trabajo.

—Si usted me hubiese creído, señor, a la fecha tendríamos algunos pesos ahorrados.

A la noche presentóse un mulato de parte del cónsul, para decir al señor Pinsón que el funcionario público le esperaba a las nueve de la mañana siguiente, a cuya cita no faltó nuestro ingeniero.

—Háse confirmado la pérdida del vapor correo inglés, que fué a estrellarse en los arrecifes llamados Escorpiones, dijo el cónsul al ver entrar en su casa el señor Pinsón: doy a usted la noticia sin preámbulo, pues gracias a

este accidente su partida para Europa se atrasará unos seis meses.

Al oir esto el señor Pinsón se puso triste: pensaba en la calle Nollet, en Boisjoli, en Liverpool, en el *Fulton*, y se mantenía callado.

—Es usted ingeniero, e ingeniero muy hábil, repuso el cónsul; lo sé perfectamente bien, pues he sometido la Memoria que usted me entregó al arquitecto municipal, y después de lo que éste me ha dicho conozco lo que usted vale.

El señor Pinsón dejó su actitud meditabunda.

—Suplico a usted me dispense estos preliminares, prosiguió el cónsul; pero es el caso que tengo que hacerle proposiciones sobre un asunto muy serio. Ya he dicho a usted, caballero, que le había escrito dirigiendo la carta a Jalapa, en cuyo punto suponía que se hallaba.

—Sí, contestó el ingeniero.

—Si no me engaño, se encuentra usted falto de recursos; y además, han de trascurrir cinco o seis meses antes de que pueda emprender la vuelta a Francia. ¿No es eso?

El señor Pinsón levantó y bajó la cabeza en señal de asentimiento.

—Perfectamente. Ahora debo decirle que un rico propietario de la Tierra Caliente(don Ambrosio Lerdo, trata de introducir en sus dominios todos los adelantos modernos, sustituyendo con ellos los viejos procedimientos que dejan tan atrás a Méjico bajo el punto de vista de la agricultura y del comercio. El señor Lerdo me escribe que haga venir de Europa, de Francia precisamente, un ingeniero capaz de dar cima a sus deseos, al que ofrece seis mil pesos anuales de sueldo. Sabedor yo de su talento, propongo a usted un contrato por tres años como ingeniero jefe de la hacienda del Halcón, persuadido de que sabrá hacer buena aplicación de los millones de pesetas que está dispuesto a gastar en innovaciones don Ambrosio.

El señor Pinsón guardó silencio y parecía meditar. ¡Qué cosas tiene el destino! ¿Hubiese podido creer, ni por asomo, que después de la dilatada serie de aventuras que a despecho suyo le habían llevado de Batignolles a Veracruz, se encontraría como llovida del cielo una de aquellas posiciones que eran el sueño dorado de su amigo Boisjoli?

—¿Tal vez quiere usted tomarse algunos días para reflexionar sobre lo que le propongo? preguntó el cónsul.

Esta vez tampoco contestó el ingeniero. Tenía en perspectiva dos cosas: una comarca por civilizar, digámoslo así, y treinta mil pesetas de sueldo al año. La oferta hubiese tentado a cualquier hombre menos ambicioso de gloria y no tan falto de recursos como el señor Pinsón. Con todo, iba a decir que no aceptaba la posición con que se le brindaba, cuando se acordó de Azogue: con seis mil duros anuales podía asegurar el porvenir del muchacho a quien debía la vida y convertirle en hombre de provecho. Así pues, sin más titubear dijo, levantándose de su asiento:

—Acepto, señor, y doy a usted un millón de gracias por cuanto le debo.

Al cabo de dos horas el señor Pinsón firmaba un documento por el cual se comprometía a llevar a cabo, empleando en ello todo su saber, los trabajos necesarios para convertir el patrimonio del Halcón en hacienda modelo.

—Acaba usted de firmar su fortuna, amigo mío, dijo el funcionario. Don Ambrosio ofrece cien para dar mil; y además, tiene usted la ventaja de ir a vivir en un país virgen, donde jamás ha penetrado la fiebre amarilla.

De regreso a la fonda el señor Pinsón, encontró a Azogue ocupado en desembrollar un tema español: acercóse a él, y sin abrir los labios metió mano a la faltriquera y sacó un puñado de onzas que arrojó indiferente sobre la mesa. A la vista del oro el chico dió un brinco y miró estupefacto a su compañero, el cual abrazóle y estrecóle con fuerza contra su corazón.

—Dígame usted, señor, profirió el muchacho viendo que su ex preceptor sacaba del bolsillo más onzas, ¿a quién pertenece este dinero?

—Es mío y tuyo, amiguito.

—¿Quién se lo ha dado a usted?

—La Providencia, que quiere que seas rico y que pueda pagarte, en parte, la deuda que contigo he contraído.

El ingeniero se sentó e hizo a Azogue el relato de su entrevista con el cónsul, durante el cual el chico ejecutó varias veces su famoso salto mortal.

—De modo, señor, que vamos a vivir en medio de una selva virgen.

—Sí, hijo mío, sí, y hasta tendremos que desmontarla.

—¿Y qué hará usted con este oro?

—Nos servirá para proveernos de ropa y para comprar parte de las herramientas y demás útiles que necesito.

—¿Lo gastará usted todo?

—No lo sé; por otra parte, tenemos abierto un crédito ilimitado.

Azogue empezó a meditar.

Pensamientos

Ningún malo es feliz. — JUVENAL.

* * *

La casa, que es el nido de los niños destinados a convertirse en hombres y mujeres, será buena o mala según las cualidades de quien la gobierna. — SMILES.

* * *

El marido debe sacrificar sus placeres y afectos a su mujer en recompensa de los sacrificios que ella le hace; así como debe ser agradable a la mujer someterse a aquél que ama. — ORFEO.

* * *

Una de las primeras virtudes sociales consiste en tolerar en los otros aquello que en nosotros debe prohibirse. — DUCLOS.

* * *

El hombre sociable no puede pasarse sin deberes ni derechos. — LACORDAIRE.

* * *

La cólera es como una muela de molino que tritura en un momento todo el buen trigo de nuestra alma. — SAINTE BEUVE.

* * *

Los indecisos pierden la mitad de su vida, los enérgicos la duplican. — Ph. GERFAUT.

—Veamos, díjole el señor Pinsón, ¿en qué estás pensando?

—Es usted tan bueno, señor, que no tengo reparo en abrirle mi corazón. ¿Podría usted, si no le han de hacer falta, devolverme los doscientos francos que me regalaron los pasajeros del *Canadá?*

—No hay inconveniente en ello, querido; pero ¿para qué quieres ese dinero?

—Desearía mandárselo a la buena tía Pitch, a fin de que el invierno próximo no carezca de combustible.

Al oir esto el señor Pinsón, dió otro abrazo a Azogue, prometiendo enviar a la pobre mujer no doscientos francos, sino quinientos.

Por espacio de una semana nuestros dos conocidos visitaron todos los almacenes de Veracruz para proveerse de la ropa que les hacía falta y de cuantos objetos creyó el ingeniero útiles al desempeño de su cometido. Después el señor Pinsón escribió una carta muy larga a su propietario y otra a su vieja criada para que no descuidara sus asuntos, entregando las dos epístolas al cónsul. A los quince días, advertido don Ambrosio Lerdo de la próxima llegada del ingeniero a su hacienda, éste y Azogue, acompañados por el cónsul, embarcáronse en una pequeña goleta que había de conducirlos a Alvarado, y remontando el río Papaloapam meterse en las tierras vírgenes. El señor Pinsón estaba resignado con su suerte, aunque una que otra vez solía refunfuñar contra Boisjoli. En cuanto a Víctor Brigaut, alias Azogue, iba más contento que unas pascuas.

Hízose a la vela la goleta; la fortaleza de San Juan de Ulúa se fué perdiendo de vista y, navegando por la costa Sur del golfo de Méjico los viajeros avanzaron en dirección de la *hacienda del Halcón*, última etapa de su extraño viaje.

—¿Y el *Fulton*? ¿y el *Davis*?

Conservaba el señor Pinsón muy gratos recuerdos de las bondades que para con ellos tuvieron el comodoro, los oficiales y hasta el último tripulante de la nave de guerra norteamerican, para no interesarse por su suerte; de modo que al partir de Veracruz había encargado al cónsul que noticiara lo que supiese sobre los dos rivales. Al cabo de tres meses de hallarse instalado en la hacienda del Halcón el ingeniero vió satisfechos sus deseos. El funcionario, fiel a su promesa, escribióle que el *Davis*, sorprendido por el viento Norte y empujado hacia la costa de Tejas, habíase estrellado contra las rocas. Recobrando sus derechos de humanidad, el comodoro y su tripulación habían expuesto la vida para salvar la de sus adversarios, lo cual en parte lograron. El capitán del *Davis*, prisionero del comodoro, era primo hermano de éste, y tampoco faltaban entre los tripulantes del buque pirata deudos y amigos de la tripulación del *Fulton*. Tal es la inevitable consecuencia de las guerras impías, es decir, de las contiendas civiles. El hermano mata al hermano, el amigo al amigo, y cada disparo hiere a la madre común: la patria.

A la vista de los prisioneros que antes quería colgar de una antena, el comodoro sintióse desarmado, de suerte que empleó todo su influjo para que el gobierno federal perdonara a los culpables y tuvo la dicha de conseguirlo.

En cuanto a Boisjoli, ¿sabremos algún día si ha llegado a su noticia la segunda parte de la odisea de su amigo?

Tal vez.

FIN

LOS OBELISCOS

Una de las bellezas más características de Roma es la de sus fuentes y la de los monumentos de piedra que ornan las maravillosas plazas de la urbe.

Famosos en el mundo entero son los obeliscos que embellecen la ciudad de Roma, que es la que posee más monumentos de esta especie.

Egipto, como es sabido, es la patria de estos gigantescos pedestales. La etimología de la palabra es griega y fué Herodoto quien la adoptó para dar nombre a los monolitos, de los cuales vamos a ocuparnos.

Los antiguos egipcios les daban el nombre y la forma de "rayos" en homenaje al Sol, al cual eran consagrados estos monumentos en la más remota antigüedad.

Heliópolis, la Ciudad del Sol, era la que poseía mayor número de estos primitivos "rascacielos", que se erigían principalmente ante el Templo.

Los obeliscos eran, en realidad, monumentos votivos, ofrecidos por los Reyes. El nombre del ofertor era grabado en el granito junto con la dedicatoria y la relación de los beneficios concedidos al rey por el dios Sol.

Los obeliscos eran casi todos monolitos gigantes y en su mayoría estaban cubiertos de jeroglíficos, es decir, de inscripciones compuestas por figuras de animales y diversos objetos, grabados o esculpidos, inscripciones que los sabios se han encargado de descifrar.

Cuando los romanos, bajo el imperio de Augusto, invadieron y conquistaron Egipto, fijaron su atención en estos curiosos monumentos y pensaron en embellecer con ellos la ciudad.

Fué Augusto el primero que ordenó transportar a Roma algunas de aquellas grandes moles; dos de ellas se sabe con certeza que fueron las que se elevaron en el Circo Máximo y en Campo Marzio.

Llena de asombro y de admiración al pensar cómo se ingeniaron estos antiguos romanos para transportar estos monumentos, transporte éste lleno de serias y excepcionales dificultades, aún contando con los medios de la técnica actual.

Cuenta Plinio que para el transporte de obeliscos se construyeron navíos que fueron objeto de la admiración mundial. Uno de estos barcos, el que llevó el primer obelisco egipcio a Roma, fué construído en los Arsenales de Pozzuoli y ofrecido a Augusto como testimonio de respeto y de admiración.

Después de Augusto, otros obeliscos fueron transportados a Roma; uno de ellos en tiempos de Calígula, para ornamento de su Circo en el campo vaticano; dos bajo el imperio de Claudio, para decorar el mausoleo de Augusto, y otros, en fin, bajo Nerón, Domiciano, Adriano, Constancio, hijo de Constantino, etc.

Aún procediendo como proceden estos obeliscos del antiguo Egipto, no todos son auténticos o por mejor decir, no todos pertenecen al períoro que diríamos clásico de aquellos monumentos.

Solo cuatro entre los que se conservan en Roma son considerados clásicos.
rmanos, imitando el estilo egipcio.

Es realmente admirable como los romanos, una vez vencidas las enormes dificultades del transporte, supieron también vencer las no menos difíciles de poner en pie estos monumentos.

Cuando la babarie se apoderó de Roma, arrollando y destrozando cuanto parecía más venerable, ni aún estos obeliscos fueron respetados.

Se derrumbaron, montón informe de escombros, y no siendo fácil al hombre quitarlos de en medio, se hundieron en la tierra y el tiempo fué haciendo su sepultura cada vez más honda.

El Papa Sixto V., el gran restaurador, pensó en la gran belleza que daría a Roma la erección de algunos de aquellos venerables monumentos.

Fué este pontífice, quien, en colaboración con su arquitecto Fontana, intentó y llevó a cabo con el mayor éxito, la empresa de sacar de las profundidades de la tierra el obelisco traído a Roma en tiempos de Calígula, y no cejó en su difícil empeño hasta ver el obelisco milenario elevarse, majestuoso, en la plaza de San Pedro.

Notable entre todos estos monumentos es el de la plaza de San Juan de Letrán. Es éste el más antiguo de todos. Fué erigido en tiempos de Thointinés, en el año 1746, antes de nuestra Era; fué llevado desde Tebe a Roma, bajo el imperio de Constancio.

El ejemplo de Sixto V. fué imitado, afortunadamente, por algunos de sus sucesores. Entre estos, uno de los que más hicieron por conservar la estirpe del obelisco ha sido el Papa Pío VI (1775), el cual hizo erigir el obelisco, que es espléndido ornamento de la casa del Quirinal, logrando con esto un efecto de gran belleza.

El obelisco que se encuentra actualmente en la plaza de Montecitorio, fué traído de Heliópolis, donde fué erigido en tiempos del rey Psammético I, que reinó en el año 654, antes de J. C.

En posición bastante alta también se encuentra el obelisco del Monte Pincio; fué este decorado y esculpido en tiempos del emperador Adriano y restaurado por Pío VII, en 1820. Es una de los más modernos.

El caballero Bernini, pintor, escultor y arquitecto italiano, fué el encargado, en 1665, de restaurar y elevar un obelisco, bajo el pontificado de Alejandro VII.

Provenía el monumento del vecino Temple de Isle y había sido construído por el rey Hophré, de la dinastía de los faraones, contemporáneo de Tarquinio Prisco.

El artista colocó el obelisco, q' solo tiene seis metros de altura, sobre el dorso de un elefante de mármol; el grupo escultórico puede contemplarse todavía en la plaza consagrada a la diosa de la Sabiduría.

Este obelisco de la plaza de Minerva es semejante al que se eleva en la plaza del Pantheón y que decoró también en un tiempo el templo de Iside. Pero mientras el primero data de la época faraónica, el segundo parece que fué una imitación de los romanos, en tiempos de Nerón.

Pablo V. lo había mandado erigir en la plaza de San Macuto, cerca de la iglesia de San Ignacio; pero Clemente XI lo hizo transportar en 1711 ante el magnífico templo de Agripa, para ornar la bella fuente del Longhi.

Si mencionamos los obeliscos de Villa Mattei y de la plaza de Cinquecento, de mucha menos importancia, habremos hecho una breve y sucinta reseña de los obeliscos principales de la Ciudad Eterna.

AVENTURA

Gustavo Brigot dormitaba en el coche del "Metro" que lo conducía a la Puerta de Orleáns. Al abrir los ojos en la estación de Etienne-Marcel vió que frente a él había tomado asiento una mujer, cuya hermosura le produjo gran impresión. Junto a la joven se había sentado un caballero.

Gustavo no podía apartar sus ojos de aquella deliciosa criatura. Con disimulo miraba a la vez al recién llegado. ¿Sería el marido, el amante, un pariente? El caballero y la joven no cambiaban ni una sola palabra, ni siquiera se miraban. Cuando llegó el revisor, cada uno mostró su billete.

No cabía duda de que no se conocían, y Gustavo empezó a mirar a la joven con mayor atención. Sus miradas se cruzaron, y Gustavo creyó ver una leve sonrisa en el rostro de la hermosa viajera. Sonrió a su vez. No se atrevió a dirigirle la palabra. Parecía una señora distinguida, y cualquier libertad podía ser funesta para su pasión naciente. ¿La abordaría en la calle? En aquel momento la joven dejó deslizar lentamente su mano sobre sus rodillas, y Gustavo vió en el ademán una invitación, a una réplica análoga. No vaciló. Sacó su cartera, tomó una tarjeta, escribió en ella unas palabras, la dobló y acercó su mano a la de la hermosa desconocida.

En aquel momento...

Todavía no he dicho que el señor y la señora de Radinot se habían levantado aquel día de muy mal humor, como ocurre con frecuencia en casi todos los matrimonios.

Durante la mañana, los cónyuges habían cambiado algunas frases secas, que barruntaban tormenta. Esta descargó a la hora del almuerzo. Una observación del Sr. Radinot provocó una respuesta desagradable de su mujer. Siguieron palabras violentas, y la señora de Radinot acabó por decir que lamentaba haberse casado y que era mucho más feliz con sus padres; a lo que el marido hubo de responder que podía volver a su lado cuando quisiera. La señora de Radinot prorrumpió en amargo llanto, y su marido acabó por pedirle perdón. Y se reconciliaron.

Pero aquello era sólo una tregua. El cielo conyugal volvió a nublarse cuando el matrimonio salió para ir a casa de la madre del señor Radinot. Empezó la disputa al quejarse la señora de Radinot de lo lejos que vivía su madre política, y después de cruzarse unas frases poco correctas, la señora de Radinot hizo un gesto, y separándose de su marido se adelantó, mientras éste continuó detrás, pensando que su dignidad no le permitía acortar la distancia. Así llegaron a la estación del "Metro", donde cada uno tomó su billete, como si no se conocieran. Subieron en el coche y se sentaron juntos sin hablarse, sin mirarse. Eran dos extraños. Y la señora de Radinot, con el corazón lleno de amargura, dejó con aire de abandono deslizar lentamente su mano sobre sus rodillas...

En aquel momento Gustavo Brigot recibió del señor Radinot un violento puñetazo en la cara.

Adrien VELY

El éjercito romano

Los autores comparan al ejército romano a la falange macedónica, que era un batallón uniformado, con diferentes clases de soldados, llevando cada clase armas distintas.

Después de la época de Camilo, e indudablemente por las reformas que introdujo, la legión fué organizada en tres líneas, teniendo cada una cierto número de filas. La gente jóven estaba colocada en primer lugar; los hombres mayores, detrás de estos y los de más edad, en tercera fila.

Cada línea comprendía diez manipulos, mandados por dos centuriones. Las espacios entre los manipulos servían de paso a los soldados de infantería ligera, que lanzaban sus venablos y se retiraban inmediatamente. Se cree que los manipulos estaban colocados en trasbolillo, de modo que las aberturas dejadas en el frente se tapaban por los manipulos colocados detrás. La caballería estaba dividida en grupos de treinta hambres cada uno, que llevaban una espada y una lanza.

Los contingentes de aliados formaban las alas de las legiones. En principio se formaron legiones distintas, pero después (338 años antes de Jesucristo), cada contingente se convirtió en una cohorte, mandada por un prefecto especial; todas las cohortes se consideraban como una legión única, siendo mandada por tres oficiales romanos nombrados por los cónsules. Es fácil que cada cohorte estuviese subdividida en manípulos y centuriones.

La caballería estaba formada por grupos de sesenta hombres, cada grupo representaba una ciudad aliada, con su estandarte. Toda la caballería aliada estaba bajo las órdenes de un prefecto romano. Los oficiales inferiores eran aliados.

Como en el ejército de Mario, la diferencia de edades fué suprimida: el orden en los combates se modificó. El conjunto de la legión fué dividido en diez grupos, mandados cada uno por un centurión de primer grado. La legión recibió de Mario un estandarte, que era un ágila de plata, y desde la época de César llevó un nuevo distintivo. Desde entonces, cada legión (como los regimientos modernos) conservó su identidad y comenzó a tener su historial.

La caballería, después de la guerra Social (89 años antes de J. C.), no fué ya reclutada en Italia: se compuso únicamente de mercenarios extranjeros.

Un ejército romano acampaba todas las noches en un sitio elegido por los jefes y limitado con cuidado. Se señalaba un gran cuadro, que se fortificaba, por un foso, una trinchera y una empalizada, dejando una puerta en cada lado. El cuadrado quedaba dividido por caminos paralelos en una serie de espacios rectangulares estando cada uno dedicado a cada parte distinta del ejército. Su cuartel general estaba situado en la unión de caminos transversales que estaban enfrente de las puertas. La distancia de una puerta a otra era de unos 700 metros, pero la distribución de detalles del campamento variaba según las épocas. La vanguardia estaba colocada ante las puertas; los custodios, en cada puerta, y los centinelas, en la empalizada. La guardia, por la noche, se hacía por los vigías, que eran relevados cuatro veces.

La contraseña de noche estaba escrita sobre tablillas de madera, siendo comunicada a la tropa por cuatro suboficiales de grado inferior a los centuriones.

El estipendio de la tropa (instituído 406 años antes de J. C.) era de unos 25 céntimos diarios, pagados por anualidades. Los centuriones cobraban el doble, y los de caballería, el triple.

La mayor parte del botín de guerra era repartido entre la tropa. Cada oficial y cada soldado recibía una parte, proporcionada a su sueldo. Los soldados que se distinguían podían recibir condecoraciones (medallas, brazaletes, collares, etc.). Los jefes recibían corazas de diferentes clases. Bajo la República no se daba pensión a los soldados viejos, pero después de la época de Marius los veteranos tuvieron concesiones de tierras en las colonias militares.

El triunfo era la mayor recompensa que Roma concedía a un general victorioso. Para obtenerlo se necesitaba reunir diferentes condiciones:

1.a El general tenía que haber sido cónsul, dictador o pretor.

2.a Haber ganado una batalla al frente de sus tropas y haberla él mismo planeado.

3.a La batalla tenía que haber sido decisiva y haber terminado con ella la guerra.

4.a Los enemigos tenían que ser extranjeros, y haber matado, por lo menos, 5.000 de ellos.

Si estas condiciones estaban cumplidas y el Senado decretaba el triunfo, el general estaba autorizado para introducir tropas en Roma y subir solemnemente al Capitolio.

Otros recibían los honores del aplauso y gratitud pública.

Los castigos (como la degradación, la vejación o la pena capital) estaban ordenados por los tribunales militares y los prefectos, bajo su responsabilidad.

Un medio eficaz

Pouf veía con amargura que Gertrudiz, su mujer, se alejaba cada vez más de él, sin que supiera a qué atribuir aquella indiferencia.

Pouf no era joven, ni buen mozo, ni distinguido ni inteligente. Gertrudis era hermosa, elegante, lista y casi joven. Esta comparación debiera haber bastado para que Pouf comprendiera; pero ya hemos dicho que no era inteligente.

Para averiguar se le ocurrió ir a una pitonisa de la calle de Tholosé, que adivinaba el porvenir y daba excelentes consejos en asuntos de amor.

—Yo sé lo que ocurre — dijo la pitonisa, guardándose los cien francos de la consulta. — Su mujer se aleja porque no sabe usted hacerse amar.

—¿Y qué he de hacer para ser amado? — preguntó Pouf.

—Deme ciento cincuenta francos.

—Tómelos usted.

—Pues no hay más que un medio, pero infalible. Provoque usted los celos de su mujer, y verá cómo cambia de conducta.

¿Qué hacer para que su mujer tuviese celos? Pouf reflexionó mucho, y al cabo encontró una idea que creyó genial. Llamó a Aurelia.

Aurelia era la doncella de la casa, una rubia encantadora.

—¿Llamaba el señor?

—Sí. ¿Quieres ganarte doscientos francos, Aurelia?

—Yo lo creo. ¿Qué hay que hacer?

—Quiero que me ayudes en un asunto mío. Necesito que mi mujer tenga celos de tí.

—¿Qué esté celosa de mí?

—Sí. Eres lo bastante lista para conseguirlo. Cuando yo vea que mi mujer tiene celos de ti te daré los doscientos francos.

—Haré lo posible — respondió humildemente Aurelia.

Una semana después, Pouf encontró a su mujer tendida en una "chaise longue" y llorando con desconsuelo. Varios "bibelots" rotos en el suelo probaban que al llanto había procedido una fuerte crisis nerviosa.

—Querida... — dijo Pouf acercándose cariñosamente a su cónyuge.

—Déjame en paz y no seas estúpido — dijo Gertrudis.

Salió del salón pensando que Aurelia había logrado su propósito y que lo que tenía su mujer era un arrebato de celos. Aquello lo halagó, porque demostraba que la indiferencia de su mujer había terminado.

Fué a la cocina para interrogar a Aurelia.

—Señorito — dijo la doncella —, me debe usted los doscientos francos prometidos y una indemnización, porque la señorita acaba de despedirme.

...—¡Al fin! ¿Qué ha hecho usted, Aurelia, para ponerla en ese estado?

—Muy sencillo. ¿No me dijo usted que procurase que tuviera celos de mí?

—Sí.

—Pues he empleado el único medio que había para conseguirlo.

...—¿Qué medio?

—He hecho que la señora sorprenda a su primo el señorito Antonio abrazándome en el recibimiento.

Roger SALARDENNE

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas; CERRITO 607 — Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 18
Sábados: de 9 a 12

U. T. Mayo 1899

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Capital		En el Interior		En el Exterior	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre	$ 3.—	Trimestre	$ oro 2.—
Semestre	„ 5.—	Semestre	„ 6.—	Semestre	„ oro 4.—
Año	„ 9.—	Año	„ 11.—	Año	„ oro 8.—
No. suelto	„ 0.20	No. suelto	„ 0.25		
No. atrasado	„ 0.40	No. atrasado	„ 0.50		

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Encuadernación de ejemplares:

				En cuero	En tela
Encuadernación	en formato	grande	cada tomo $	12.—	3.70
„	„	chico	„ „ „	8.—	3.—
Tapas sueltas	„	grandes	„ „ „	9.—	2.—
„	„	chico	„ „ „	6.—	1.50

Entretenimientos

CIENCIA RECREATIVA, JEROGLIFICOS, CHARADAS, etc. PARA DISTRACCIÓN DE CHICOS Y GRANDES

N.o 1 — CHARADA

No tiene PRIMA SEGUNDA SEGUNDA CUARTA de nada, porque siempre ha sido TODO y está muy abandonada.

N.o 2 — FRASE HECHA



N.o 3 — COMPRIMIDO

LLAVE
CERRADO

N.o 4 — COMPRIMIDO

C M NOTAS O

N.o 5 — CHARADA



N.o 6 — COMPRIMIDO

PIKROSA

ILUSION OPTICA



Las líneas del triángulo, que cortan los círculos concéntricos, parecen quebradas, siendo perfectamente rectas.

N.o 7 — CHARADA

"Tercia-prima",
"prima-segunda"
a "Todo", con locura.

N.o 8 — COMPRIMIDO

ANIMAL ANIMAL

N.o 9 — JEROGLIFICO

6 100
T

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

N.c 20 — Engracia.

" 1 Casa reedificada.

22 — Se pisó el poncho.

" 23 — Al problema ferroviario:

El tren número 1 se divide en dos: quedan 25 vagones y la máquina sigue con los otros 25 y entra al desvío. El tren número 2 avanza completo hasta donde quedaron los 25 vagones del otro tren. Mientras tanto, la máquina número 1 que estaba en el desvío avanza con sus 25 vagones un trecho suficiente para que el número 2 vuelva con los 25 vagones del otro y luego los empuje al desvío, con lo cual ya tiene vía libre. El número 1 retrocede hacia la izquierda, engancha los vagones del desvío y sigue completo.

" 24 — Esconde.

" 25 Aromas.

" 26 — Entregados.

" 27 — Echar tierra al asunto.

La futura guerra aérea será espantosa

El progreso científico es esencialmente una cuestión de rapidez, de velocidad, en cuestiones militares y en materias de transportes. Sin tardar, veremos los aviones como un medio corriente de comunicación. Se ha cruzado el Atlántico; navíos aéreos se sostiencu varios días en el aire. Hace veinte años que se calculaba que sólo minutos podían estar en el aire, y expertos oficiales declaraban que los aviones no serían útiles ni para atacar ni para la defensa. El avión se ha convertido (para una nación belicosa) en un arma maravillosa, rápida como el pensamiento y capaz de llevar todos los elementos bélicos.

Se gastan sumas importantes para hallar un amortiguador de ruidos de avión y pronto habrá máquinas que no se oirán a 500 metros. Aumentando en dimensiones, los aviones no sólo servirán para transportar explosivos, sino que podrán movilizar rápidamente las tropas.

El enemigo, que los cañones antiaéreos del porvenir tendrán que destruir, será un inmenso avión, llevando pesadas cargas de bombas y de hombres y de gran velocidad y que no se verá. El mismo proyector de los franceses, cuyos rayos alcanzan a 12 kilómetros, será inútil contra esos agresores, que podrán colocarse fuera de su alcance y descargar su peligrosa carga antes que puedan dar la voz de alarma. La sola amenaza de semejante incursión produciría un efecto formidable. Durante la guerra la defensa de Londres estaba encomendada a los mejores técnicos, y, sin embargo, el enemigo dejó caer 50 toneladas de bombas. Hoy día se habla de 59 toneladas de bombas como si no fuese nada. Realmente no es más que una ración de veneno durante diez minutos.

Los técnicos aseguran que los cañones antiaéreos son inútiles y que sólo los aviones de caza muy rápidos serán la única defensa y a veces tampoco lo serán, porque si los aviones enemigos son silenciosos no se notarán hasta que estén encima, y antes que el avión de caza logre una altura de 1.000 a 4.000 metros el enemigo estará fuera de alcance.

El desarrollo de la telegrafía y telefonía sin hilos añadirá un carácter más espantoso, porque el enemigo podrá radiar sus intenciones con el fin de sembrar el pánico, anunciando el envío de gérmenes de tifoidea o de peste bubónica.

Creer que no habrá más guerra es una ilusión; la civilización las habrá reducido pero aún no las ha desterrado.

Han sugerido numerosas ideas para la defensa de las ciudades amenazadas por los ataques aéreos. El "rayo mortal" ha fascinado a muchas personas; sin embargo, hay que ser escéptico con él, porque aún no se ha conseguido enviar las ondas completamente directas. Si realmente inventasen un aparato de ese género la onda que recoge el receptor de radio no sería más que una fracción infinitesimal de la enviada por ese aparato. Se ha hablado de ondas de inducción que harían fundir los obenques de los aviones aunque no es probable que esa fuerza pudiese ser transmitida por el éter, y además los aviones del porvenir serán, probablemente, construídos con materiales infinitamente más resistentes que los que actualmente poseen. Resultaría más eficaz regar la parte inferior del avión con líquidos corrosivos.

Todas las esperanzas deben deconcentrarse en los aviones de caza y en patrullas que vigilasen en las regiones del aire, como hace en el mar la marina.

Es inútil dejar todas las defensas en los aeródromos, porque dada la velocidad de los aviones un "raid" feliz puede durar sólo minutos.

No consiste como única defensa el abolir los aviones por medio de una Conferencia Internacional, sino construir mayor número de aviones civiles (que fácilmente son transformados en aparatos de bombardeo) que puedan transportar pasajeros al mundo entero. Cuando las excusiones aéreas a precios reducidos le lleven a uno a Egipto en una semana, a China en quince días, no existirá ese horizonte individual, que es la causa de las guerras.

Papel y Tinta

"ESCARAPELAS", POR CECILIA BORJA

La autora de "Semillitas", señorita Cecilia Borja, acaba de publicar un nuevo libro de teatro infantil, cuyo epígrafe modesto encabeza estas líneas.

En "Escarapelas", los trabajos se especializan en asuntos históricos y esencialmente patrióticos, en los cuales se notan esfuerzos dignos de encomios, pues por esa senda la autora persigue un noble fin, y es el de elevar y encaminar el teatro de los niños y para los niños, a un nivel que consulte mejor la modalidad de éstos con la escuela donde se educan.

Para llenar esos propósitos, la señorita de Borja divide su obra en varios capítulos. Así por ejemplo en "Fantasías", se evocan con acierto el Himno patrio y el Congreso de Tucumán; en "Comedias" se hablan de la emancipación, de las escarapelas y del desfile; luego, en "Monólogos", interesan todos ellos por la manera de encararlos. Y, por último, en el capítulo de "Poesías", merece destacarse, entre otros, el intitulado "Otros símbolos", en el cual se refiere a los siguientes temas: "Al hornero", "Al ombú" y "a la flor de ceibo".

Con "Escarapelas", la señorita Cecilia Borja aporta para el teatro infantil, una inteligente labor didáctica digna de ser imitada y tenida en cuenta por quien corresponda, dado los fines y el esfuerzo que representa para llevar a feliz término una obra de esta naturaleza.

"UNA ROSA EN EL MAR", POR BARTOLOME GALINDEZ

En el libro de poesías "Una rosa en el mar", el señor Galíndez agrupa trabajos de índoles diversas y de quilates también desiguales.

En sus versos, nótanse a veces, deseos de comunicar al lector, las inquietudes que experimenta el hombre frente al poeta, o éste ante el medio que le rodea. Esas incursiones interiores, que realiza en algunos de sus poemas, resultan casi siempre de interés, pues, por medio de ellos alcanzamos a vislumbrar el estado de ánimo y lo que piensa en ese instate. Pero, a estas clases de composiciones, de carácter más bien filosófico, preferimos las que se refieren al campo, o tocan de cerca los temas rurales.

Antes de citar algunos trabajos muy bien logrados, conviene decir, además, que sus períodos, que sus estrofas corresponden musicalmente al fondo mismo del asunto escogido por el poeta. Y, al lado de éstos, se encuentran otros llenos de inspiración, rebosantes de optimismo.

En "Guía", "Estoicismo", "Sueño" y "Auto análisis", el señor Galíndez se muestra un trascendental, un torturado. En cambio, en "El alma de la niña", "El labrador", "Acuarela de la aldea" y "La pastora", tórnase eglógico, y más que ésto, plácido, sonriente.

En cuanto a la forma ataño, los versos se hallan construídos correctamente, s e ñ a l á n dose un plausible anhelo por sintetizar y no abusar de las metáforas. Por ello, "Una rosa en el mar", del señor Bartolomé Galíndez, es un libro que se lee con agrado.

"EUCARISTIA", POR ARMANDO HERRERA. EDITOR: J. SAMET

"Eucaristía", de Armando Herrera, es una obra poética de altos quilates literarios. Su autor, poeta residente en Mendoza, revela con este libro sobresaliente condiciones en el difícil manejo del verso, cuyos períodos sonoros, a ratos, y cuya experiencia en la construcción de sus estrofas son bien visibles, hacen que sus composiciones se lean agradablemente e inviten a releerlas de nuevo.

Si bien es cierto, que los temas elegidos por su autor son diversos, como así también los méritos que cada uno de ellos acusan, en conjunto, sin embargo, puede decirse que ésta es una obra orgánica, cuyos matices desiguales se amalgaman por la inspiración que les dan vida, y, por ese otro don que los distinguen de otros poetas: la personalidad.

Por eso "Eucaristía", más que de un autor novel, viene a ser una labor madura, un trabajo ejecutado por un hombre de letras; una obra en fin, que poco le falta para ser definitiva, ésto en cuanto se refiere a la carrera literaria del señor Armando Herrera. Y decimos así, porque se advierte en los trabajos aquí reunidos, que hubo antes una rigurosa selección por parte del autor. A esto se debe, sin duda alguna, a que "Eucaristía" contenga versos muy bien realizados y mejor conpre presente para obras sucesivas.

"SUEÑO", POR PEDRO JORJE GARBI

La mayoría de los versos que integran este volumen son sonetos.

Este novel autor se inicia así, por la forma de composición más difícil de descollar. Aún cuando sus sonetos no son del todo clásicos, nos referimos por la disposición de sus cuartetas, el señor Pedro Jorge Garbi demuestra en ellos un temperamento capaz de salir airoso, pues sólo falta al autor un más amplio dominio al sintetizar sus trabajos, en la forma de rematar los dos tercetos con que termina el verso. Esta inseguridad la notamos en muchos de ellos. Por esa falla, quedaron malogradas interesantes composiciones que es de lamentar.

Para guía del autor, vamos a seguirlos.

¡Ojalá! esta manera de encarar su labor literaria, lo tenga siempre citarle algunas de las poesías bien realizadas.

Helas aquí: "Momento", "Vuelo", "Purificación", "Llega la noche", "Juventud", "Retiro" y "Nueva vida".

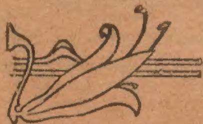
Esperemos ahora, que con la experiencia adquirida en esta obra, ha de darnos en breve otra muestra más acabada de las condiciones literarias que acusa este primer libro de versos.

"RITMOS EN EL CAMINO", POR CLEMENTINA I. AZLOR

En éstos últimos tiempos, los poetas han aumentado extraordinariamente de número, no quedándose atrás las poetisas. Claro está que muy pocos son los que han presentado prueba de sus propios valores. Los restantes, falsificadores del verso, dada la inconsistencia de su labor poética, si es que la labor poética puede así llamarse, caminan en vano aunque su esperanza, o mejor dicho, su débil convicción, les haga ver muy cerca el éxito.

Clementina I. Azlor, es de las poetisas que mencionamos primero, vale decir, de las que dan a luz obra bella, incuestionable, digna de elogio. En "Ritmos en el camino..." su libro inicial, publicado por la Editorial Tor, encuéntrase gracia, suavidad, capacidad léxica y fuerza emotiva. En los versos hay color y sobre todo, sinceridad. No está demás transcribir parte de un artículo del crítico Bernard Marcel Porto, escrito en ocasión de estudiar éste, el valor de uno de nuestros primeros poetas: "Los que creen que sin palabrerío no se puede hacer poesía, los que encuentren del mal gusto la expresión, llama de los sentimientos, son los únicos que elevando el gallardete de banderías de avanzada persiguen el logro de famas baratas, de tertulia, en medio de los bohemios eternos incomprendidos, y de los fracasados que vuelcan la amargura de su impotencia sobre las reputaciones sólidas y sobre la crítica, para la que siempre esbozan una sonrisa de desdén y conmiseración".

Clementina I. Azlor, no se ha dejado seducir por las nuevas escuelas sino que ha querido mostrarnos, honestamente, todo lo que puede hacer de un corazón sensible y sencillo, corazón de mujer inteligente.





TEATROS

"LA SANGRE DE LAS GUITARRAS", en el NACIONAL

Después de una prolongada demora, que hizo así inquietante la espera del estreno, subió a la escena esta pieza de Vicente G. Reta, en el Nacional, no defraudando la espectativa despertada entre el público.

Inspirada, según propia y honesta confesión del autor, en un relato de Héctor Pedro Blomberg, tiene algo de ambiente histórico, pero no domina en la obra esta cualidad, ni se hacen aparecer en ella personajes reales de esos que la verdad o lo leyenda ha traído hasta nosotros, como representantes de aquella época turbulenta y dramática que se llama la tiranía de Rosas.

El autor ha tomado de ella únicamente la zozobra, el espíritu de fuerza y de aventura, el ambiente caldeado, tan propicio para las traiciones del odio como para las más puras exaltaciones del amor. Ya es familiar para el gran público la época aludida, por la cantidad numerosa de obras que han desfilado por nuestros teatros con episodios inspirados en ella, pero el tema no se agota, aunque en muchos casos se incurra en repeticiones de detalle que parece que fueran indispensables para dar la nota de color que se busca.

En "La sangre de las guitarras", el asunto es un tanto desleído, figurando en ella más que un argumento propiamente dicho, una serie de sucesos unidos entre sí por una ligera trabazón que no alcanza a mantener el interés de la acción. Pero en cambio lo tienen los diversos pasajes, animados por sonoros versos, adecuados al carácter de la producción.

En suma, se trata de una pieza muy estimable que agrada y entretiene.

Resultó excelente la presentación escénica, destacándose en la interpretación Milagros de la Vega, Giménez y Caviglia, que realizaron una labor muy atinada, bien secundada en general, salvo pequeñas excepciones.

El público aplaudió con insistencia, obligando al autor a salir a escena y a hacer uso de la palabra, en el que le siguieron los principales actores del elenco.

"EL PROCESO DE MARY DUGAN"

A pesar de tratarse de una obra que acaba de dar a conocer a nuestro público una compañía extranjera y una personalidad de la escena francesa, M. Feraudy, circunstancia que podría hacer pensar en parangones, debemos aplaudir sin reservas la versión que nos ha dado, en castellano, desde el escenario del Ateneo, la compañía Rivera-De Rosas.

"El proceso de Mary Dugan", original de Bayard Veiller, ha logrado en los teatros europeos uno de los más sostenidos éxitos de público y aún se representa en Francia. Aquí, en el Odeón, M. de Feraudy la ha ofrecido varias veces, siempre con mucho público. El elenco de De Rosas ha hecho bien en ponerla en escena. Si bien en resumidas cuentas "El proceso de Mary Dugan" es una pieza policial, hay en ella tanto interés, se desarrolla de manera tan acertada, que posiblemente es una de las escasas obres del género capaces de resistir a la acción del tiempo. Todo cuanto en ella ocurre ha sido bien dosificado y compuestas las escenas tan hábilmente, que el público cree asistir a un auténtico proceso judicial. Los tres actos conducidos diestramente por el autor mantienen el mismo interés en el auditorio, que lo sigue atentamente, por momentos con emoción y apasionamiento.

La versión de De Rosas fué muy sobria, muy correcta. Los personajes actuaron con ponderada eficacia. Matilde Rivera, sobre todo, rayó en gran actriz dramática en los pasajes culminantes. De Rosas, con la necesaria pujanza y exaltación que exige su papel. Los demás, bien. Fué muy celebrada la obra, que ha de mantenerse en el cartel del Ateneo.

NOVEDAD EN EL AVENIDA

Por falta de espacio, tenemos que diferir para el próximo número nuestro comentario de "El canto del trovador", zarzuela de Armando Olivero con música del maestro Acevedo. Este elenco está dando sus últimas funciones y ofreciendo veladas en honor de sus primeras figuras. Así, se realizó el benefici de Gimeno y el de la tiple cómica Enriqueta Conti, que tantas simpatías tiene en el público.

DEBUTO Y ESTRENOS EN EL NUEVO

Un nuevo conjunto de género chico nacional ha salido al campo de las actividades teatrales cuando ya las otras compañías comienzan a sentir los rigores de la competencia. Dura es la temporada y hay que luchar denodadamente para conseguir el favor del público. Sin embargo, el teatro por horas lleva ventaja en la liza y tiene asegurado el triunfo si cuenta con algún mérito, aunque sea parcial y relativo.

La presentación de la compañía Cicarelli en el Nuevo, demuestra lo que aseveramos. Había una sala repleta y un entusiasmo desbordante. Se rió y se aplaudió mucho. Promesa de éxito. Si se sigue con buena mano, el público solito hace todo lo demás.

Se estrenaron dos piezas: "Pascuale Vermicelli", de Carlos R. de Paoli y "Tangos, mujeres y Champán" de Julio F. Escobar.

Carlos R. de Paoli ha demostrado ya en muchas oportunidades que es un autor experto en el manejo de los muñecos. En "Pascuale Vermicelli" lo confirma, pues con un asunto baladí logra entretener y divertir al espectador, mediante una serie de escenas graciosas, con esos tipos de sainete que ya son tradicionales en el género chico.

Por su parte, Julio F. Escobar ha arrancado sus personajes del mismo ambiente, pero en otro medio. Escenas de la vida nocturna son las de "Tangos, mujeres y champán" y con ellas ha conseguido también su propósito de divertir al respetable auditorio.

Cuenta el conjunto del Nuevo con un eficaz plantel de intérpretes, bien conocidos ya en el género que cultivan. Citaremos a Gregorio Cicarelli, Herminio Yaccuci, Susana Vargas, Viviana de Mendoza, María Pla, Tina Rainelli, Julia Alonso, Carlos Morales, Enrique Roldán y Pepe Cicarelli y Marcelo Molina, cantores, acompañados por el guitarrista Gregorio U. Rivero.

El debuto constituyó una buena noche para todos.

"PONCHO DE CERRAZON", EN LA COMEDIA

La vida de nuestra campaña sigue tentando a los autores teatrales, y eso que ya cuenta una infinidad en el acervo escénico. En realidad, de veinte años a esta parte se ha modificado mucho el campo argentino. Muchos de sus problemas han sido solucionados, bien hayan surgido otros. Los señores José M. Vázquez y Salvador Riese han escrito su pieza en dos actos: "Poncho de cerrazón", que termina de estrenarse en la Comedia por el conjunto de Olinda Bozán, con la pupila puesta en el interior de nuestro país de hace un par de décadas. Es, en ese sentido, una visión un tanto lejana del campo criollo. Ya no existen apenas algunos de los personajes que aparecen en la obra; pero no hay duda que los tales han sido bien trazados y aquellos que conozcan la vida campera pasada, los reconocerán. Por lo demás, tratándose de una obra sin mayor asunto, los autores han tenido que ponerlo todo en el diálogo y en los tipos, y a fe que lo han conseguido. Son buenos pintores los señores Vázquez y Riese, y han sabido imprimir vida a sus muñecos. Por eso la obra no está despojada de calor de humanidad, ni falta la emoción auténtica, de buena ley.

El público gustó de "Poncho de cerrazón" y sancionó un éxito para la nueva producción de los referidos autores, quienes, en este momento, son dos bellas promesos para la dramaturgia nacional.

TEMPORADA GOLONDRINA

La falta de apoyo del público ha determinado la bancarrota de la temporada que apenas había inaugurado la compañía italiana Fano - Mosca en el Marconi y que nos había prometido entre otras cosas interesantes la versión de "La mujer más honesta del mundo", de Enrique Gustavino, la interesantísima pieza que estrenó meses atrás, en el Nuevo, la compañía del malogrado Casaux.

RUGGERO SE TIRA A MUERTO

Entre los papeles, diversos y numerosos, asumidos en la actual temporada por el popular actor Marcelo Ruggero, los más abundantes han sido los pintorescos, pero siempre en calidad de vivo. Ahora, por primera vez le ha correspondido hacerse el muerto. Y lo ha hecho, como todo, muy bien. Esta innovación pertenece a la pieza de Carlos E. Ossorio titulada "Haceté el muerto, Varela", estrenada últimamente en el Smart. Obra dislocada y traviesa da margen al citado actor para hacer de las suyas, con gran complacencia por parte del público.

GRAND SPLENDID

El cine parlante continúa atrayendo numerosa concurrencia. "La divina dama". Si bien es más humana que divina, gusta como si hubiera descendido de los cielos.

La casa Max Glücksmann, la primera que ofrece este género de espectáculos, ha logrado un verdadero éxito que perdurará por mucho tiempo.

CAPITOL

Las funciones de esta sala se caracterizan por la excelencia de público y la bondad de las películas que se exhiben en la pantalla. Se anuncian nuevas e importantes producciones para la semana que se inicia.

GLORIA

Un bonito cartel ofrecerá en estos días este acreditado cine, que atrae a mucho público.

PARC

Llenos completos ha tenido este salón de Palermo en sus últimas funciones, dados los programas preparados.





SOCIALES



Señorita Enriqueta Basavilbaso, cuyo enlace con el señor Roberto Vázquez Mansilla se efectuó recientemente en la iglesia de la Merced.



Señorita Ofelia Virginia Prato, que acaba de desposarse con el señor Reinaldo C. Durante. La ceremonia se realizó en la iglesia de las Victorias.



La señorita Emma Paccagnella, acompañada del cortejo nupcial, después de la bendición de su enlace con el señor Augusto H. Sturla. El acto tuvo lugar en la iglesia de las Victorias.

Fots. Pérez.

"Mi único y exclusivo cigarrillo"





No hay otro que satisfaga tanto como un Camel

M'F'D by R.J. REYNOLDS TOBACCO CO.
Unicos Agentes MASSALIN & CELASCO
TACUARI 560. Bs. Aires.

Talleres gráficos de DAVID GURFINKEL — Montevideo 421 — Buenos Aires